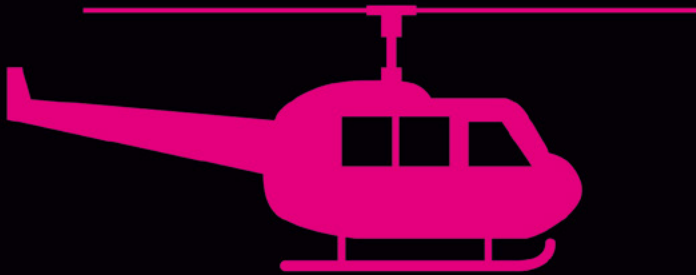


LITIN

AUTOCRUZADOS



cuento

AUTOCRUZADOS

AUTOCRUZADOS

LITIN

LABORATORIO DE IDEAS Y TEXTOS INTELIGENTES

LITIN, autocruzados / Ulises Cremonte ... [et al.]; dirigido por Marina Arias; Ulises Cremonte. - 1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-1394-4

1. Literatura. 2. Realismo. 3. Narrativa. I. Cremonte, Ulises II. Arias, Marina, dir. III. Cremonte, Ulises, dir.
CDD 807

AUTOCRUZADOS

LITIN / LABORATORIO DE IDEAS Y TEXTOS INTELIGENTES



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN N.º 978-950-34-1394-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2016 - Edulp

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo	6
Vivir para no controlarla (Autobiografía de Sofía Feinstein)	8
Cruzado de Ezequiel Maestú a Sofía	15
Autobiografía de Florencia Di Paolo	19
Cruzado de Matías Cerletti a Florencia	29
Descubren agua en Marte (Autobiografía de Facundo Solfa)	33
Cruzado de Silvana Casali a Facundo	40
Autobiografía de Matías Cerletti	45
Manual del perfecto suicida (Cruzado de Florencia Di Paolo a Matías)	51
Autobiografía de Silvana Casali	54
Silvana Casali: biografía no autorizada de una escritora kirchnerista (Cruzado de Facundo Solfa a Silvana)	65
Autobiografía de Ezequiel Maestú	70
Los invadirá el pánico (Cruzado de Sofía Feinstein a Ezequiel)	80
Autobiografía de Lisandro Monzón	85
Autobiografía de Chori Aramburu	89
Cruzado de Juan Manuel a Chori	97
Autobiografía de Guillermina Lopumo	100
Cruzado de Lisandro Monzón a Guillermina	115
Autobiografía de Juan Manuel Vera	118
Juan está gordo (Cruzado de Chori Aramburu a Juan)	132
Autobiografía de María Flammini	135
Bichos verdes (Cruzado de Alejandro a María)	151

Prólogo

Un nuevo libro del LITIN. De esta frase nos alegran dos cosas. Por un lado que el nivel de producción de los jóvenes estudiantes no se detenga y por otro que ya no haga falta aclarar las siglas del LITIN, porque su nombre ya es un sello, un sello editorial sostenido en el catálogo que hemos realizado en todos estos años.

Esta vez el ejercicio de escritura se estructuró en torno a un tipo de registro que decidimos llamar “autoficción” y que consistió en narrar, dividido en tres bloques cronológicos, la vida (o una vida). El aula, las hojas, los mails, los estados de Facebook del LITIN se inundaron de recuerdos. Esa era la idea. Esa fue la idea. Pero no con el propósito de cubrir el cuatrimestre de un color sepia melancólico, sino mas bien para que cada uno de los integrantes de esta fase del taller pudiera hacer un recorrido introspectivo que le permitiera ya no solo revisar su historia, sino sobre todo reconocerse, ver de qué se trata ese conjunto de emociones, fragmentos de sucesos y fotografías ancladas en el álbum de la mente.

Se sabe que toda escritura ficcional parte de los resortes que el sujeto escribiente posee. En esta ocasión decidimos hacer literal esta relación. El resultado fue increíble, porque el proceso lo fue. El siguiente desafío fue alienar al narrador (¡tomen distancia de lo narrado! ¡más distancia! ¡más!) seguramente escuchaba quien pasaba por la puerta del aula en nuestro horario.

En todos y cada uno de los casos sentimos que estábamos por primera vez frente a relatos auténticos. Voz y vos, escritas iguales.

La tercera parte del experimento consistió en que cada estudiante eligiera una escena de la autoficción del otro y la convirtiera en un texto independiente. Y si la perfección existiera, podríamos decir que esa segunda tanda de relatos -colectivos, sagaces y comprensivos- resultaron así.

Gracias a Florencia Di Paolo y Sofía Feinstein por el gran trabajo de edición.

Y felicitaciones a todos los participantes por el esfuerzo de mostrarse y la generosidad de mostrar al otro.

Marina Arias y Ulises Cremonte

DIRECTORES DEL LITIN

Vivir para no controlarla (Autobiografía de Sofía Feinstein)

"forsan et haec olim meminisse iuvabit."

"Quizá algún día nos será grato recordar estas cosas"

Aen. 1, 203

Yo nací con el neoliberalismo. Mis viejos no habían terminado el doctorado, así que los obligué a turnarse para terminar de escribir la tesis. Mi papá se doctoró primero y mi mamá después. Si yo no hubiera existido, se hubieran podido doctorar a la vez. Me llamo Sofía, en griego significa sabiduría, además, es la palabra modelo de la primera declinación del griego. En otras palabras: es una palabra perfecta. Los nombres hacen todo lo posible para predeterminar a las personas, las personas hacen todo lo posible para escaparse del *fatum*.

A los cuatro años, mi mamá me contó que había entrado a la Anexa, la escuela primaria que tiene la UNLP, así que gracias a eso iba a poder ir Colegio Nacional, cuando terminara la primaria, y después iba a estudiar en la misma universidad, donde ellos también trabajan. Años después aprendí lo que significa la palabra microcosmos, en esa época no tenía ni idea.

Nunca entendí la diferencia entre los "paros docentes" y los feriados, eran más o menos lo mismo. Tampoco aprendí los días patrios, la independencia, el día del trabajador, son todos nombres que me suenan pero que no me dicen nada. El día que había que jurar a la bandera, no lo hice. En el momento que había que responder "Sí, juro"

no dije nada, porque me daba miedo la parte del himno que dice “o juremos con gloria morir”. Hoy el himno no me da miedo, pero todavía lo canto con recelo, siento que me pide demasiado.

Todos en mi casa son astrónomos. Por el trabajo de mis viejos me pasé varias noches en cúpulas, rodeada de telescopios. Mi planeta favorito siempre fue Saturno. Mis compañeros en la escuela dibujaban a sus superhéroes favoritos, tipo Batman o Superman, yo dibujaba a Saturno, me gustaba que fuera el único que era distinto. Hoy me sigue gustando por eso.

Una vez en la escuela nos preguntaron de qué trabajan nuestros papás, la idea era hacer una lámina con todas las profesiones. La maestra les ponía a todas las mamás, además de su profesión, “ama de casa”. Yo quería que conmigo hiciera lo mismo, pero ella sólo puso “astrónoma”.

Cuando tenía 8 años, se murió mi hermano. Mi hermano era 5 años más chico, pero seguro les hubiera caído mucho mejor que yo, era muchísimo más inteligente. Nunca voy al cementerio porque no me gusta verlo en ese cementerio rodeado de muertos, lápidas y ese tipo de cosas. Cuando hay sol no es tan terrible, pero cuando llueve ¡Dios! todos los que están en el cementerio corren hacia sus autos, eso es lo que me pone mal, todos pueden meterse en sus autos, prender la radio y después irse a cenar a algún lugar... todos menos él. Cuando hay sol no es tan deprimente, pero el sol sólo sale cuando se le da la gana.

En quinto grado me operaron de la vista porque tenía estrabismo. En realidad, a los seis años se dieron cuenta de que lo tenía. Tuve que hacer por un montón de meses cosas raras, como mirar la televisión tapándome un ojo. Mis papás me preguntaron si quería operarme y les dije que no. Recién a los 10 años, yo decidí hacerlo.

Me pusieron anestesia total. Cuando salí de la clínica y miré a la calle, vi dos autos, rojos, iguales. Era uno solo. Estuve muchos meses viendo así. Veía todo doble, había dos lámparas, dos sillas, dos oculistas, dos todo. Siempre me pregunté qué hubiera pasado si un día viera cosas distintas de cada lado. En esos meses me las rebusqué para reaprender a leer, el mundo era demasiado doble para poder entenderlo.

Es como levantar un pie y que el escalón esté en dos lugares distintos. Muchas veces me quedaba mirando cómo el escalón se movía, hasta que algo me obligaba a volver a la realidad.

El primer mes tuve los ojos con derrames y cuando la gente me preguntaba qué me había pasado, yo respondía que me había mordido un vampiro, pero algo había salido mal durante el proceso y podía estar a la luz del sol, pero sí, me alimentaba con sangre. Hoy tengo que usar anteojos siempre.

Cuando tenía diez años hablamos con mi mamá de que sería divertido tener un perro o un nene más chico en la casa. Unos meses después de eso, mis papás me preguntaron si me acordaba de la charla que habíamos tenido, les dije que sí y les pregunté si por fin íbamos a comprar un perrito.

Mi hermana nació dos meses antes, así que la conocí a través de un vidrio, porque estuvo en una incubadora unos días. Mi hermana se llama Zoe, significa vida en griego, no vida biológica, vida vital. Los nombres buscan predeterminar a las personas.

La primaria la terminé a los once años. Tuvimos una fiesta de egresados donde todos cantaban la canción "Un amigo es una luz" de Los Enanitos Verdes y los padres se pusieron en pedo y terminaron poniendo "Somos los piratas" y revoleando un poncho. Además, el viaje de egresados fue un campamento de una semana en Santa Teresita al que no fui, porque implicaba dormir una semana en una carpa y perderme el estreno de "Harry Potter y la piedra filosofal", la película.

Para el secundario tuve que hacer un curso de ingreso horrible en febrero. Toda mi familia había ido a esa escuela. Nunca supe por qué decidí ir, me dijeron que era lo mejor y a mí siempre me tenían que gustar las cosas mejores. En la escuela, por lo menos el primer tiempo, me gustaba que me fuera bien, muy bien. Los nombres y los apellidos suelen pesar demasiado.

Ir al nacional no es sólo ir al nacional es ir a EL NACIONAL, "el Nacio", el Colegio más famoso, más todo. Íbamos al Nacional y el Nacional siempre arma bardo. La palabra bardo viene de balurdo, que

significa lío, embrollo, etc. en lunfardo. Se empezó a usar en los noventa. Un uso común es su forma verbal “bardear” que es sinónimo de insultar o de armar lío.

En la escuela tuve una época en la que el del gabinete me llamaba todo el tiempo y me preguntaba si me sentía bien o qué me gustaba hacer. Lo peor es que el tipo se quedaba mirando y anotaba, yo la mitad de las veces no le decía nada. Una vez me preguntó si sabía a dónde iban los patos en invierno. Después de que gané el premio de poesía en la escuela, había encontrado tema de conversación y me preguntaba si me gustaba escribir. De la nada me dejó de llamar y nunca más lo volví a ver.

En la adolescencia tuve ideas ridículas sobre la escritura, creía en la inspiración, en escribir a mano durante una noche de lluvia, en el cigarrillo y el whisky. Evidentemente fueron los años menos fructíferos en cuanto a eso. Sobre todo porque el whisky me resultaba espantoso. Todos los viernes a la tarde, por bastantes años, iba a todas las librerías que están cerca del centro de La Plata, rutinariamente, y casi nunca compraba nada, porque sabía de memoria todo lo que tenían.

Más o menos a los 15 años decidí que quería estudiar Letras, porque leí *La Odisea* entera. Ese mismo año casi me llevo Literatura. El año que siguió también. En mi casa siempre les pareció bien. Las demás personas me preguntaban por qué no estudiaba Astronomía, que Letras les parecía raro. Y yo no entendía por qué alguien podía estar tan obsesionado con el cielo como para poder volverlo su profesión. Los libros eran otra cosa.

En mi vida nunca empecé nada en ningún lado sin conocer a otro, o sea, cuando empecé la escuela, en cualquiera de sus versiones, alguien sabía quién era yo, quiénes eran mis padres y cualquier imaginario ridículo que se pudieran formar en relación a eso. En el secundario tenías los que, mientras pasaban lista la primera vez, lo intentaban disimular, pero vos sabías que se frenaban en el apellido. También tenías los que te decían “Ayyyyyyyy ¿sos la hija de Fulanito?” No, tengo el mismo apellido porque lo gané en una rifa. La UNLP es

un pueblo chico, donde se esconde un infierno grande. Por eso, cuando tenía que empezar la facultad, lo pensé, y sólo pensé, si tenía que seguir acá.

En el primer día del curso de ingreso a Letras, los del Nacional éramos una secta, sólo nos hablábamos entre nosotros. Durante el curso no dimos nada interesante, no hicimos nada útil. La primera clase de Letras que tuve fue de griego y en la segunda había 500 personas en la sala de esgrima del Jockey y la profesora fumaba. Al otro año hice el curso de ingreso a Periodismo, pero no empecé a cursar porque tenía novio.

En el primer año de la facultad tuve la crisis de mi vida y dejé de creer en el mañana, en la trascendencia del futuro y en el sentido de la vida. Entre paréntesis: la vida no tiene sentido. Fui a la psicóloga, en la primera sesión me dijo que, si quería, podía dibujar, le dije que no sabía dibujar. Hice bastantes años de terapia con ella, hasta que leí su testimonio de la noche que la secuestraron los militares.

A las sesiones de terapia me llevaba temas para hablar, por ejemplo había días que tocaba Borges y charlábamos de su obra. Me armaba las sesiones de antemano y hablábamos de lo que yo tenía ganas. Muchas veces le llevaba escritos mis sueños y ella me hacía una interpretación re profunda que usualmente tardaba unos veinte minutos en explicar. Yo siempre le decía que nada que ver. Me pasaba demasiado que la psicóloga me repetía que el problema era que yo era muy exigente conmigo misma, yo no entendía cómo no serlo.

Después de que corté con el pibe con el que salí una gran parte de mi adolescencia, me busqué psicóloga nueva. Cortar con un novio es bastante similar a dejar de ir al mismo terapeuta, maté dos pájaros de un tiro. A la nueva, por suerte, no la habían secuestrado los militares o, en todo caso, no había declarado su secuestro. Por las dudas evité googlearla. Me costó bastante igual encontrar psicóloga nueva y tardé un par de sesiones en decidir si le gustaba Salinger o si sólo lo decía para hacerme sentir bien.

Cuando retomé Periodismo, o decidí empezar, Letras me había aburrido y necesitaba pelearme con gente. La primera materia que

cursé fue el Seminario de Discursividad Ficcional y Ulises Cremonte dijo que nos iba a convencer de que un cuento era una mierda. Yo nunca había escuchado la palabra mierda en una clase en la facultad, pero a mí me había parecido una mierda el cuento.

Cremonte nos dijo que teníamos que escribir una escena de sexo entre una vieja, una nena y un perro. Yo había estado demasiados años llevando un apellido de 9 letras y aprendiendo Latín y Griego. Me pusieron texto correcto. Cuando leímos Fogwill, yo tenía el tomo de los cuentos completos y Ulises me preguntó si me gustaba. Le conté que también estudiaba Letras. Cuando terminé su materia, empecé en el laboratorio de escritura de la facultad y conocí a Marina Arias. A Marina, al principio, no entendía cómo le caía, porque a mí todavía me costaba muchísimo escribir y romper con la academia que me pesaba después de tantos años y a Marina le molestaba que yo no escribiera. En sí, este párrafo está bueno, porque ninguna de las autobiografías o autoficciones que escribimos en el Litin se refieren al Litin y me parece que era necesario. Volvamos.

Muchas veces sueño que repito cosas en latín, tipo ROSA ROSA ROSA ROSARUM ROSIS ROSIS o el principio de la Égloga IV, me acuerdo versos en hexámetro, pero los sueño en escandido. Lo más difícil es sentir que hacés dos cosas que son totalmente opuestas, sentir como si tuvieras, todo el tiempo, que convencer a cualquiera que te rodea de que los opuestos no son perjudiciales.

A la gente de Letras no le gustan los periodistas y a los periodistas no les gusta la gente de Letras, es como jugar a dos a puntas. Una vez, una amiga de mis viejos me preguntó de cuál de las dos carreras quiero trabajar. Nunca se me ocurrió que se pudiera trabajar sólo de una.

Siempre tengo fríamente calculados los horarios de todo, es la única forma que tengo de llegar a todos lados. Me levanto a la misma hora y me acuesto a la misma hora.

Hace dos años, en octubre, un día me desperté y escuchaba raro. Estuve todo el día escuchando raro y, al otro día, decidí ir a la guardia. El médico que me vio me dijo que debía ser un tapón de cera y me dio

unas gotitas. Igual, ese fin de semana, pedí turno con un otorrinolaringólogo y, cuando me vio, me dijo que no tenía un tapón de cera. Puso cara de pánico y me dijo que me hiciera una audiometría, ya, en ese momento, en el consultorio de al lado. Estuve como 20 minutos repitiéndole palabras a una mujer que me miraba con indiferencia y le daba igual si yo acertaba o no. Me contaron que tenía disfunción del oído medio pero que por alguna razón me había aumentado. Me había aumentado algo que ya tenía. Desde ese día entendí que no puedo controlar todo lo que me rodea, porque muchas veces no escucho, ni veo, todo lo que pasa. Igual, sigo intentando controlarlo, porque el nombre, el apellido y la familia te predeterminan.

Cruzado de Ezequiel Maestú a Sofia

Ese día caminaba por la calle sola. Siempre veo que todos llevan paraguas los días de lluvia, pero yo todavía no me acostumbré a ese hábito porteño y prefiero mojarme. Dejé de ser tan hippie me dice Julia, te vas a enfermar. No es de hippie, es de vaga le contesto.

Llegué a la parada del colectivo y la vi ahí. Desesperada, estaba de los pelos. Se sacaba los lentes y los limpiaba, pero volvían a mojarse y puteaba. Sacó un estuche y los guardó meticulosamente tapándolos con un pañuelito. Yo tenía los auriculares puestos pero la música apagada, escuchaba todo lo que decía.

—La puta madre, ya son y 23 y el colectivo de mierda no viene— apretaba los dientes, casi susurraba.

Ella sí tenía un paraguas y estaba algo inquieta. Caminaba dos pasos para un lado y dos para el otro. Como si eso acelerara el tiempo. Tenía una mochila que parecía una bolsa sin fin, de la que no paraba de sacar cosas, pero ninguna le servía y volvía a guardarlas.

Eran y 25, y el colectivo no pasaba. A mi mucho no me importaba. Saqué un cigarro y le di mecha. Claro está que a ella el humo no le cayó para nada bien y mucho menos el olor. Me miró de reojo y se movió varios pasos atrás esquivándolo. No sé si esquivaba el humo del

porro o el color violeta de mi pelo. Hacía menos de dos días me había teñido y parecía un payaso de circo. Sumado a que por ese entonces tenía las pupilas demasiado dilatadas. Daba miedo.

—4 minutos tarde... no lo puedo creer. Esto es una locura— bajó su cabeza mientras terminaba de pronunciar las palabras. Quizás se olvidó de que había alguien más y esta vez fue casi un grito.

—Tranquila... hay cosas peores— fueron mis palabras mientras largaba el humo al mismo tiempo que guardaba el fuego en mi bolsillo.

Ella miró para todos lados, con la esperanza de que mis palabras estuvieran dirigidas a alguien más. Tardó bastante en responder, creo que en su cabeza pasaron mil cosas. Pero finalmente, por cortesía, respondió.

—¿A mí me decís?

—Sí... quedate tranquila que no te voy a robar.

Quizás mis palabras fueron agresivas. Fue una especie de contestación instantánea a su mala onda. Además, en estas ciudades "grandes" viven con la paranoia del robo constante. Creo que tienen que dejar de mirar tele por un tiempo y salir más a la calle.

Miró de reojo, con cara de sobradora. El colectivo por fin apareció. 5 minutos tarde y yo me quedé fumando bajo la lluvia. Minutos después pasó otro colectivo al cual me subí. Goteando y con olor a porro. Me costó poner la SUBE en el aparato. Apenas me senté saqué mi pequeño anotador y la dibujé. Al lado puse: 1,65m. Lentes grandes. Zapatillas también. No le gusta el faso. Cerré la libreta y encendí la música.

Muchas veces pienso que los hombres son verdaderamente todos iguales. Hoy me desperté con un mensaje de mi hermano diciéndome que mi viejo se hizo un arito. Cada tanto les pinta el pendeviejo. Ropa colorida, tatuajes, selfies.

Me desperté, también, pensando en un café negro sin azúcar, en un baño caliente y en salir a respirar el aire de la mañana. Pensé en

ella. Le agregué algunos detalles al dibujo y quedé más que satisfecha. Ahora solo necesitaba volver a verla. Encajaba perfecto en lo que estábamos buscando.

Suena una especie de música monofónica que recordé como celular:

—La encontré.

—Hola... ¿No? ¿Estás segura? Me parece raro. Hasta ayer querías tirar todo a la mierda.

—Te saludo todos los días, no rompas las pelotas. Ayer fue ayer. Hoy es hoy. Y te digo que la encontré.

—Vos y tus humores... Mmm no sé. Me suena raro.

—Te digo que sí... tenía libros de griego en el bolso. También de lingüística. Además...

—Pero libros de griego tiene cualquiera...

—¿Me estás jodiendo? ¿Quién tiene libros de griego? ¿Vos tenés alguno?

—No... pero es...

—No seas pelotudo. Nadie tiene libros de griego. Es ella. Lo huelo. Además... ¿A qué estudiante de veinte y tantos años no le gusta el porro? Es ella.

—¿Dónde y a qué hora?

—No. Voy yo sola. Te llamo a la noche.

No sabía si iba a poder encontrarla. Pero tenía el presentimiento de que debía ir a la hora justo a la parada del colectivo.

Ahí estaba. Parada al lado del caño. Practicaba movimientos de espada con su muñeca, poniendo las piernas en posición. De repente sonó en su celular la canción de Star Wars y lo buscó sin ningún apuro en su bolsillo. Sonrió. Algo que no esperaba ver.

—Hola— Le dije.

—Hola— Respondió.

—Creo que sos perfecta... para un trabajo que estoy necesitando...

—¿Un trabajo? Y... ¿por qué perfecta para hacerlo? no me conocés. Era de esas personas que contestaban de atrás para adelante. Y me encantaba:

—Te gusta el griego... ¿o no?

— Me gustaba. Ya no me gusta más.

—Tengo unas cartas... en griego. Las descubrí hace meses. Tardé semanas en saber qué idioma era y más aún en darme cuenta que son importantes.

—¿Y...?

—Quiero que las traduzcas...

—¿No probaste con Google?

—No sirven esas cosas. Una maquina no tiene sensibilidad... Ni entiende el lunfardo...

—¿Lunfardo? ¿Dijiste lunfardo?

—Si nena... dije lunfardo. —Pude sentir en sus ojos una especie de magia. De interés en mi persona. Todo después de la palabra lunfardo. Una especie de amor a primera vista. —¿Te parece si vamos a comer una pizza a Pelis?

—Me parece bien.

—¿No vas a llegar tarde a ningún lado? Mirá que ya son y veintitrés...—Dije bromeando.

—Puedo no llegar alguna vez...

Ella guardó su sable invisible en su bolsillo y yo anoté mil cosas más para el dibujo de mi libreta. Su celular de Star Wars sonó varias veces, pero no contestó. Yo, esa noche no fumé porro.

Autobiografía de Florencia Di Paolo

Recuerdo haber sido retratada en una cama inmensa, mi piel arrugada cubierta de abrigos de lana tejidos a mano. Ningún bebé es lindo cuando nace y menos si lo hace antes de tiempo, yo no fui la excepción. Cuatro años después tuve una hermana que, hoy en día, al hablar parece mayor que yo.

Me acuerdo de pedir muchos disfraces para navidad, reyes, cumpleaños, día del niño y toda ocasión que ameritara regalos. Inventaba obras de teatro y le destrozaba los lápices labiales a mi tía, que tomaría revancha años después, cuando mi prima tapara los míos sin cerrarlos primero. En mi niñez, la mayor parte de mis mañanas transcurrió entre mujeres que me cuidaban mientras mis padres trabajaban. A la que le guardo mayor aprecio es a una señora que hacía una chocolatada horrible, demasiado azucarada quizás, que no podía tomar ni aguantando la respiración: “Te voy a poner una grabación de mi voz diciendo: Flor tomá la leche, Flor tomá la leche...”, decía. Yo lo encontraba bastante divertido y algo espeluznante.

Dejé de tener amigos imaginarios un día de lluvia en el que estuve horas diciéndoles a mis padres que mis amigos estaban esperándome en la Plaza y teníamos que ir porque se iban a enojar. Entonces

mi papá me subió al auto y me llevó, aún diluviando, a la parte de los juegos, abrió la puerta y dijo: “Bueno, bajate y te vengo a buscar cuando termines de jugar con tus amigos”. Supongo que él sabría que el frío, el día gris y el aspecto desolado del lugar me harían decir que mis amigos ya no estaban ahí.

Entendí la influencia que los medios de comunicación tienen en la gente un día al despertarme por los gritos de la última señora que me cuidó – y la peor de todas. La mujer mantenía una animada discusión con el locutor de la radio más escuchada de Pringles. Y lo mejor de todo era que el hombre parecía responder a todo lo que ella decía. Siempre le hablaba mientras planchaba, levantando su tono de voz, que ya de por sí era elevado. Era un proceso gradual: primero le hablaba, después le gritaba y el momento épico era cuando levantaba la plancha por los aires como recitando una plegaria o en medio de un ritual.

Me di cuenta de que vivía en un pueblo cuando mi tía y mi mamá trabajaban en la misma escuela primaria a la que yo iba: mi tía fue quien hizo que desaprobara mi primer examen y mis pocas cualidades en matemáticas. Lo cierto es que este ser bipolar mutaba ni bien pisaba el edificio educativo: de tía a vieja de matemáticas. En aquel tiempo mi madre era directora del establecimiento, lo que hacía todo más difícil. Si me iba bien, era obvio que estaba acomodada y si me iba mal, era para disimular. Mi tía me ayudaba a hacer la tarea mientras almorzábamos, minutos antes de que su personalidad mutara, entonces se puede decir que no era mi tía quien me desaprobó, sino la vieja.

La vida en Pringles era tranquila, a veces demasiado. Nada quedaba a más de diez cuadras de distancia, o sí, pero todas ellas miden cien metros y aun así las personas van y vienen en auto. A mí todo me quedaba cerca, tomaba clases de inglés a la vuelta de mi casa. “El inglés es el idioma del futuro”, decían todos. Mi profesora daba particular en su comedor, me acuerdo que sus gatos se movían con total impunidad por los rincones. Cada vez que iba, había felinos nuevos con nombres como “Dengue” o “Mesigue”. Mesigue había seguido a mi profesora desde quién sabe dónde hasta su casa y por eso lo bautizó de esa forma.

Ella hacía los mejores merengues del mundo, no me importaba que las condiciones de salubridad llevaran a que un día, yendo a la cocina, haya sorprendido a Dengue descansando de la forma más indemne posible sobre la tapa del horno, mientras los merengues se cocinaban dentro. A partir de ahí aprendí dos cosas: los merengues se hacen con el horno abierto y los pelos de gato les sientan muy bien.

De chica era alérgica al chocolate, a las picaduras de mosquitos y abejas, y me daban fobia los sapos –todavía los detesto–, los caracoles y las serpientes, todos animales muy comunes en el campo. Una vez, en la chacra de mi abuelo, pateé un escuerzo descalza, estaba muy camuflado entre los pastos largos, al lado de la pileta. Podría pensar que ese episodio fue el causante de tanto horror, pero creo que los odiaba desde mucho antes.

Recuerdo a mi abuela llamando al teléfono fijo, a las tres de la mañana, para avisar que en el programa de trasnoche del canal trece nadie adivinaba que la palabra oculta era “linterna”.

—Llamá, te podés ganar dos mil pesos.

Este episodio se repetía como mínimo una vez a la semana. Recuerdo un carnet blanco con mi número de socia de la Biblioteca Popular Pringles y una foto horrible. Lo mejor que pudo haber hecho la biblioteca es sistematizar todos los datos en una computadora, contribuyendo a que ese cartoncito salga de circulación. No saqué muchos libros sino hasta el 2001, cuando ya no podía comprarlos. Aun así, siempre que la visitaba, iba directo a la segunda sala, estantería de la izquierda, tercera fila de libros: ahí estaban los pringlenses, César Aira y Arturo Carrera.

Una vez con un amigo estábamos hablando de los pringlenses – así los llamamos hasta el día de hoy cuando conversamos sobre literatura–, era una tarde de invierno, bastante crudo en el pueblo, sin mucho que hacer, por lo que decidimos tocarle el timbre a Arturo. Cuando llegamos, había algo que nos intimidaba: era una casa altísima, antigua pero siempre impecablemente pintada, las rejas eran verdes y negras, la puerta era dorada y negra; todos en Pringles sabían que el poeta se encontraba en su casa si su Fiat 128 también lo estaba.

Al ver el auto, decidimos tocar el timbre, no recuerdo bien quién lo hizo, pero sé que nadie contestó. En ese momento se nos acercó un hombre de mediana estatura, casi calvo y con una campera violeta inflada, prendida hasta el cuello

—¿Qué quieren? —dijo Arturo. Llevaba bolsas de nylon, por lo que ambos supusimos que había salido a hacer los mandados. Los poetas también hacen mandados, pensé.

—Queremos conocerlo —comentó mi amigo. Al entrar a su casa, comprobamos que era tal y como la había descripto Aira en *La Cena*. Había marionetas colgadas del techo y las paredes, muebles antiguos que servían para sostener más juguetes. Una pesadilla para cualquier persona que tuviera que limpiar.

Fue por esa época que falsifiqué mi DNI para poder entrar al único boliche del pueblo. Si me preguntan si lo haría hoy, les diría que no, que no lo haría. Todas mis amigas también lo hicieron, era un todo un arte, había que borrar algunas partes del número que le seguía al segundo 9 de 1993 o 1994, de modo tal que quede como un cero o un uno. La realidad es que esos documentos eran muy pocos creíbles, pero el dueño del boliche ganaba más con menores que sin ellos.

Con mis amigas nos colábamos a las fiestas de otras personas. La clave era saber quiénes estaban invitados y mediante una red de contactos hacer que nuestros nombres aparezcan en la lista. Una vez nos presentamos usando nombres que sabíamos que estarían en la lista, con la suerte de llegar antes que ellas y poder entrar al salón mientras que las verdaderas dueñas de los nombres no.

Recuerdo una mesa grande todos los domingos, lloviera o tronara, hubieras dormido o no, había que levantarse. Mi abuelo se sentaba siempre en la cabecera y mi mamá preguntaba siempre a mis primas y a mi cómo lo habíamos pasado anoche. Con mis primas y posteriormente también con mi hermana, teníamos un pacto de silencio, tan silencioso que nunca lo hablamos, pero todas sabíamos que la única respuesta a esa pregunta era “bien”.

Siempre pensé que ir a un psicólogo vuelve más locas a las personas. Una amiga que hoy estudia psicología llevaba consigo siempre una libreta y anotaba todo lo que le iba a decir a su terapeuta, anotaba cosas hasta borracha, antes de ir al boliche. Un día mi mamá llegó a casa y me dijo:

—Mañana tenés turno con la psicóloga, para hacer un test vocacional.

Cuando llegué a lo de Ketty –sí, ese nombre tenía mi psicóloga– me sorprendió que no hubiera ningún formulario para llenar, sólo me iba a hacer una pregunta en toda la sesión:

—¿Por qué estás acá?

— Porque mi mamá me sacó un turno...

— ...

— ...

Y así pasó la primera de tres sesiones pagas. Le dije a mi mamá que quería estudiar Letras o Periodismo, ella contenta, yo también.

Elegí Periodismo y La Plata.

Al principio me resultó una ciudad inmensa, que poco a poco fue achicándose hasta el punto de convertirse en un pueblo grande. Todavía no sé usar las diagonales, a veces cuando nadie me ve cruzo la calle por el medio. El primer año mamá me mandaba encomiendas con comida y dinero, lo escondía en los lugares más inusuales. Una vez estuve tres horas de reloj, a la madrugada, buscándolo: estaba escondido en un paquete de papas fritas cuidadosamente cerrado. Otra vez desistí de encontrarlo después de estar desde las cuatro hasta las siete y haber ido a cursar con sólo dos horas de sueño, pero unos días después, al abrir un frasco de café instantáneo, me encontré con un sobre que contenía otro sobre, que guardaba el dinero. A todo esto, mi mamá disfrutaba con que yo tuviera que adivinar el paradero del dinero, supongo que la iniciativa de esconderlo era más un acto lúdico que la prevención de un posible robo.

El comisionista pasaba por casa a las 6 am. Podía hacerlo tranquilamente a media mañana, pero mi departamento quedaba de pasada al

de su hija, donde dormía cuando llegaba y siempre tenía una excusa diferente por la que despertarme.

La última vez que me enviaron una encomienda fue en la madrugada de un día en el que rendía un parcial. El hombre me tocó timbre a las cinco y media con el pretexto de que yo debería estar estudiando, porque mamá le había dicho que tenía examen. Obviamente estaba durmiendo y él lo sabía. A partir de ahí no acepté una sola encomienda más.

La persona de mi familia con la que mantengo más contacto es mi abuelo. Es un vasco que usa boina todo el día, que tiene Facebook, Whatsapp y una relación no blanqueada del todo con una mujer más joven que él. A veces llega a confundir la ficción con la realidad e inventa verdades históricas que nunca existieron. Mi abuelo es el único que entiende que yo nunca haya presentado un novio: una madrugada, él me vio bajar del auto de un chico con el que salía. Al otro día tuvimos almuerzo familiar y yo no sabía cómo mirarlo, hasta que nos quedamos solos.

—Vos no hagas como tus primas, no presentes nada ¿Cuánto te pensás que les van a durar estos pibitos?

A la hora de vivir sola, las aptitudes gastronómicas son fundamentales, las mías eran nulas. Sobreviví a “arroz con” casi un año, hasta que mis ganas de comer comida de verdad se amigaron con mis cualidades culinarias y el bolsillo no dio más para el delivery.

Muchas de las personas que me rodean son vegetarianas o veganas. Yo soy del tipo de personas que no logra asociar al bife con la imagen de la vaca feliz que venden las carnicerías y lo primero que digo cuando voy de visita a mi pueblo es ¡QUIERO ASADO!

Trabajé en radio dos años, un formato magazine, bastante divertido, en el que tenía una columna informativa y además formaba parte de la producción, todos éramos un poco de todo. Era la única mujer del equipo, lo cual no me molestaba, pero tenía que lidiar con un co-conductor que hacía chistes sobre todo mientras yo daba la noticia de una mujer que había sido encontrada muerta en una bolsa de residuos con signos de violación. Estas cosas hicieron que de un día

para otro me encuentre hablando de fútbol y botineras, cuarenta y cinco minutos de mi vida cada semana; riéndome del operador que hacía gárgaras con una Sprite y que después de tragar el líquido, me invitara a salir. Salí una vez con él.

Cuando me fui de la radio, comencé a idear un proyecto de revista digital que va tomando forma de a poco. Al principio todos mis amigos comunicadores me apoyaron en la idea y después quedamos el servidor y yo. Hice voluntariado en una organización social por tres años, dos yendo a diferentes barrios y uno en el área de prensa. En ese último año decidí que iba a elegir la orientación de planificación.

Con el fin de entrevistarle –y conocerlo- le mande dos mails a César Aira, ya que no da entrevistas en el país y cuando va a Pringles todos lo ven menos yo. Después de enviar el mensaje, mi vida se volvió un constante F5. No contestó sino hasta el segundo mail, en el que dejando de lado lo formal, caí en la desesperación y el patetismo:

“Hola César, mi nombre es Florencia Di Paolo y soy de Coronel Pringles. Estudio Comunicación Social en La Plata y comencé a producir una revista web con el apoyo de unos compañeros de cursada. Por este motivo, me interesaría hacerle una entrevista, usando quizás esta circunstancia para conocer una persona a la cual admiro. ‘La Cena’ llevó a que cada vez que circule por el trayecto de la Avenida 25 de Mayo, entre el cementerio y La Virgen, no pueda evitar imaginarme zombies que persiguen a las personas mientras recorren el lugar en calidad de deportistas. Por eso no soy deportista.

Sé que no quiere brindar entrevistas en el país, por lo que le propondría viajar a otro lugar para entrevistarle; pero mi condición de estudiante económico-dependiente de mi madre me lo impide. Aún así, quizás pueda reconsiderar su disposición, pensando que ningún medio se enterará de que usted le dio una entrevista a otro medio, leído sólo por los padres de los escribientes y quizás algún abuelo moderno que haga uso de la tecnología. De no ser

posible, apelaría a la opción de que algún día las vueltas de la vida me lleven a trabajar para un medio extranjero (aunque no estoy muy segura de que eso ocurra).

Espero su respuesta y una propuesta de trabajo de Le Monde, desde ya muchas gracias.

*¡Saludos!
Florencia"*

Sorprendentemente, esta paparruchada tuvo una respuesta negativa, pero una respuesta al fin:

*"Querida Florencia,
si yo fuera bueno lo habrías conseguido, con tu persistencia y tu encanto. Lamentablemente ahora soy malo, y no se me importa nada de las ilusiones de las jóvenes periodistas. Es mucho más cómodo así. Te pronostico un gran futuro en tu profesión. Besos.*

C^m

1 Posdata de Enero del 2016: Fui con un amigo a tomar mates a lo de Arturo Carrera en Pringles. Tomar mates es un decir, porque tomamos coca cola. Habíamos llevado masitas de confitería pero Arturo es más de lo salado. Llovía muchísimo y desde la ventana de la cocina que da al patio veíamos una palmera enorme. En las paredes había posters con hortalizas dibujadas y palabras que no recuerdo. Hablamos mucho con Arturo, nos contó anécdotas de Osvaldo Lamborghini y de Alejandra Pizarnik, él era muy amigo de ella. Nos mostró una faceta de la poetisa que casi nadie conoce, nos dijo que era divertida, que le gustaba robar en librerías, que le pedía ropa prestada a su mujer y nunca se la devolvía. Una vez hizo que Silvina Ocampo llamara a la abuela de Arturo, italiana, con la excusa de decirle algo a Arturo, pero con el único objetivo de que ambas hablaran y no logaran entenderse. Cuando el escritor llegó a su casa, su abuela le dijo en italiano que había llamado una mujer con voz de oveja. Alejandra le enviaba a la anciana cigarrillos de color rosa que fumaba de forma extraña, sin tragar el humo. También una colonia francesa que la mujer se ponía en exceso y, según afirmó el escritor, apestaba toda la casa.

De Lamborghini contó que bebía mucho y que un día en su estadía en Pringles le tocó las tetas a una mujer que aseguraba que tenía senos pequeños. Le dijo que eran perfectos, que no se preocupara. También dijo que estaba paranoico porque creía que la mujer que limpiaba la casa quería matarlo, por eso no dejaba que entrara a su habitación. Según Carrera, Osvaldo formulaba una hipótesis desde lo absurdo con bases científicas, sobre cualquier cosa, y se lamenta por no haberlo grabado nunca. Podríamos haber estado horas hablando con Arturo, pero, de

En mi cuarto año de estudio, comencé la carrera de Letras. Tengo una especie de don para cargarme de cosas y otro que me hace dejarlas sin cargo de consciencia alguno. A veces cuando tengo que hacer muchas cosas no hago nada, porque el hecho de pensar en todo lo que tengo que hacer me hace no saber por dónde empezar y el tiempo que me lleva entender que no tengo tiempo de hacer todo es el que paso sin hacer nada.

vez en cuando, él paraba de contar sus anécdotas y nos pedía que le contemos algo nosotros. En una de esas pausas, él retomó la conversación diciendo que César Aira estaba en Pringles, que estaban saliendo todos los días a comer a un restaurant diferente. Dijo que en un rato seguramente iba a pasar a saludar. Mi amigo me pateó por debajo de la mesa, ambos sabíamos que nos íbamos a quedar hasta que sonara el timbre.

Sonó.

Escuché que Arturo le comentaba que había unos chicos que lo querían conocer. Y las voces -o la voz de Arturo, que era la única que lograba escuchar- se hacían más fuertes a medida que atravesaban el pasillo y las habitaciones que conducían a la cocina, al final de la casa. Lo vi parado en el portal, dispuesto, y no tanto, a ser contemplado por dos pendejos cholulos. Era alto, vestía una remera de Bazinga. Podría haberle dicho que era el Sheldon Cooper de la literatura, pero mejor no. Tampoco le dije que yo era la Florencia de los mails. Arturo le dijo que leíamos sus libros y él levantó los hombros, nos saludó con un beso y se sentó. Se quedó mirando las masitas y comió varias, casi toda la bandeja. Tenía una voz retraída, como si al hablar el aire se quedara en su garganta. No miraba a nadie a los ojos, exceptuando a Arturo, algunas veces. Este le ofreció soda, porque nos habíamos terminado la coca. Antes de que él llegara, estábamos hablando de la plaga que son las palomas y la conversación fue mutando a las plagas en general. César contó que una vez su mujer o su hija, no recuerdo quién, quería alquilar un departamento y él había visto una rata a través de una ventana que daba al patio. Dijo que si lo alquilaba nunca saldría al patio y al final desistieron. Mientras contaba eso, me di cuenta de que tenía que pestañar en algún momento, así que lo hice. Después hablamos de los restaurantes, de dónde irían a comer esa noche. César comentó algo sobre Redondo, un restaurant que, previo a su llegada, Arturo dijo que no le había gustado. Pero esa vez no dijo nada, les dije que los raviolones de verdura de ahí son muy buenos, que también los venden en una panadería del centro. Arturo dijo que seguramente le había errado con la elección del plato. Decidimos irnos porque ya era tarde. Antes de partir, el poeta quiso que viéramos el patio, ya había dejado de llover. La casa de Arturo era hermosa, parecía un museo. Esa noche recibí un mensaje de WhatsApp de mi prima que me decía que estaba cenando en Redondo y que estaban los escritores que me gustaban. Le pregunté qué estaba comiendo el que no usaba anteojos, el más bajo, me dijo que no lo sabía pero que seguro era pasta porque tenía una quesera al lado suyo.

Otras veces pienso que si planificara una campaña política como mi vida, llevaría a la ruina a cualquier partido político. Hay momentos en los que necesito leer algo que me guste y algo que me guste es cualquier cosa menos lo que tengo que leer para alguna de las dos Facultades. Ahí es cuando opino que elegí bien la carrera; hago tiempo para algo cuando no tengo tiempo para nada.

Cuando estoy sola en mi departamento y trabajando en la producción de un trabajo práctico o algo que implique estar frente a la computadora, no puedo escuchar música que me guste si aspiro a terminar lo que estoy haciendo, porque me pongo la música al mango y empiezo a cantar, en ocasiones armo coreografías. A veces, cuando estoy acompañada, también lo hago. Así que más de una vez me he encontrado tarareando canciones de Tan Biónica al mismo tiempo que contesto preguntas sobre un texto de Barbero.

Todas las semanas voy a alguna librería a revolver todo y no comprar nada. A veces sí compro, pero tienen que ser libros de escritores que me gusten o que me llamen la atención por algo. Miro novedades, me indigno con que Pilar Sordo sea bestseller, reviso las mesas de saldos con la esperanza de hallar un libro bueno y la desazón de no encontrarlo. Anoto títulos que me gustan, alguna trama en una contratapa, saludo al librero y pienso que voy a volver por ese libro, estaba bueno y no era caro, porque ahora los libros están re caros y ese no... Doy la vuelta, entro a la librería, compro el libro y ahora sí, hasta la semana que viene, cuando el libro que compré esté intacto sobre mi mesa de luz, voy a llevar otro, porque ya los voy a leer, pasa que estoy con muchas cosas ahora.

Cruzado de Matías Cerletti a Florencia

Hace tiempo que me estoy viendo con una mujer, tiene cerca de 44. Vive en mi edificio, dos pisos arriba de mi departamento y me lleva casi 20 años de diferencia. No está casada pero se ve con un hombre. Es profesora de filosofía en la UNLP, creo que eso la hace más linda. Me gusta porque lee libros que no conozco, no me suenan ni los títulos. Yo siempre estoy queriendo aparentar, ella me frena y me dice que no hace falta. Entonces me dice que lea Foucault, Kant y Sartre, yo quiero meter esos libros en los espacios vacíos de mi biblioteca pero es imposible porque están caros. Ella me los presta, yo los leo despacio y marco las oraciones que me hacen pensar. Cuando algo me hace pensar levanto la cabeza y no digo nada, pasan unos minutos hasta que me doy cuenta de que estoy divagando y vuelvo al libro, a la mujer, a la comida. A veces como en su casa y llevo una cerveza, un vino, un faso. En general no puedo aportar mucho y a mí eso me genera problemas. Ella dice que no le importa, que con mi cariño está bien pero yo me siento mal por no aportar nada, se lo digo y ella me dice que lea Chejov.

Mi vieja me manda encomiendas con comida y plata cuando me hace falta. Esconde tan bien los fajos de billetes que no sé si disfruta el hecho de que tenga que encontrar la plata en el lugar menos

pensado o tiene miedo de que la roben los choferes de la combi. Nadie más que los choferes podrían acceder a la caja, tendrían todo el tiempo del mundo para revisarla y no se me cruza por la cabeza que al abrirla se les ocurriera abrir el café, las papas fritas o encontrar dentro de la remera planchada algunos billetes. Si para ella eso es un juego, por mí está bien.

A Julia la conocí el 2 de abril cuando se inundó La Plata. Todos los vecinos bajamos a dar una mano a la gente que quedaba atrapada en la calle, después nos empezamos a cruzar en el lobby y en el ascensor. Un día en una charla casual me dijo que vaya a la casa y fui, nuestra relación se construyó de a poco, como cualquier relación. Es morocha, pelo ondulado, fuma, se conmueve, tiene la piel suave y un tatuaje en los lumbares de una mariposa negra. Le gusta la moda y me contó que viajó a Francia casi solamente para conocer las casas de ropas más fabulosas de París. Al principio eso no me gustó, quería que fuera revolucionaria, después la quise así, porque sé que es revolucionaria a su manera. Cada vez que cogemos y me mira con una sonrisa me da a entender que estamos a nuestra manera revolucionando las normas culturales. La sensación que me queda después de estar con ella es de agradecimiento, aunque nunca se lo digo.

El viernes pasado a la madrugada recibí una encomienda de mamá pero ni bien llegó la entré al departamento y me dormí. Me levanté a la una, comí, vi televisión y escuché radio, hablé por Facebook con mi abuelo y me fumé una tuca de flores que tenía entre un montón de cenizas en el cenicero. Me acosté de nuevo y me levanté a las 8 para ver el WhatsApp de Julia, había hecho una fondue de queso por primera vez y me invitó a probarla. Me bañé y como me parecía horrible caer sin nada en las manos, me propuse bajar a comprar un vino. Fui a la biblioteca, al cuadernillo donde guardo la plata: nada. Solamente contaba con quince pesos, me sentí en bolas. Me acordé automáticamente de la caja de las encomiendas, el tesoro perdido de donde saqué un cepillo de dientes, tres paquetes de galletitas dulces y dos de saladas, una foto con mi abuela que le había pedido a mi vie-

ja, unas latas de atún, milanesas congeladas y fideos. Ningún sobre. Agarré la caja, me asomé por la ventana y la tiré al tarro gigante de basura. Llamé a mi vieja.

—Comunidad Movistar... Tono.

—Tono...

—Tono...

—Tono...

Con las uñas limaba una mancha de mugre negra en el mantel. Y seguramente estaba apretando los dientes y no parpadeaba, la cara de loca que pongo cuando me desespera depender de los demás. También me daba un poco de tristeza saber que si lo que hacía mi vieja era un juego esa llamada le estaba cortando la ilusión.

—¡Flor! ¿Cómo estás?

—Bien má. ¿Dónde dejaste la plata de la encomienda?

—No sé —se reía.

—Dale decime, esta vez decime porque la necesito ya...

—¿Vas a salir con un chico? —seguía riendo.

—Con unos amigos má, y necesito plata.

—Buscala, está en la caja.

—Es que ya me voy, me están esperando acá.

—Dale, buscala que está ahí.

—Ya sé, pero hoy no...

—Te doy una pista: no está ni en las milanesas, ni en las Bagley, ni en la bufanda. ¡Más fácil que eso!

—¡Ya nos tenemos que ir má! ¡Estamos llegando tarde! ¡Decime dónde está la plata, por favor!

—Eehh pará... Está en la caja Flor.

—Sí, pero en dónde.

—En la misma caja, en la caja.

—¿En la caja de cartón?

—Sí, en la caja, pegada con cinta.

—Gracias má.

Corté y corrí por las escaleras para agarrar la caja de la calle. Seguía ahí. La agarré, la llevé adentro y me senté en el lobby a revisarla, cada pedazo, cinta de embalar que tocaba con desesperación tironeaba y arrancaba no tenía billetes. Volví a subir y antes de volver a llamar a mi vieja para decirle que la plata no estaba más, la encontré hecha un rollo adentro de una de las latas de atún que se ve había vaciado y limpiado antes de mandarla. Me puse contenta por mi vieja, la llamé y le dije que la había cagado, que había encontrado la plata en la latita de atún. A lo de Julia llevé helado.

Descubren agua en Marte (Autobiografía de Facundo Solfa)

Después de cumplir tres años, empecé a viajar a Mar del Plata muy seguido con mi abuela. Casi siempre nos quedábamos en lo de mi tío Lucio, que vivía en un departamento en un noveno piso. Mi tío era un mujeriego incurable. El edificio estaba sobre la avenida Colón, cerca de la calle Corrientes. El centro estaba a dos pasos. También había un Sacoa y una heladería "Italia". Mi tío me llevaba a pasear cargado a caballito por la peatonal y me hacía decirles piropos a las chicas. No me acuerdo bien de qué serían esos "piropos", pero mi abuela y mi vieja se enojaban cuando les contaba. Una vez, fuimos a la playa y mi tío se puso a hablar con unas chicas. Yo me aburrí de esperarlo y me fui a jugar a la orilla. A la media hora o tal vez menos, quise volver y me di cuenta de que me había perdido. Me largué a llorar y alguien me llevó con el bañero. Después de pasearme un rato por la playa, mientras la gente aplaudía, encontramos a mi tío. Él no se había dado cuenta de que yo no estaba con él hasta que escuchó los aplausos.

Cuando era un poco más grande, mi tío me hacía escuchar The Police. Lo escuchaba todo él día, y yo sabía cantar por fonética casi todo el disco: *Roxanne, Message in a Bottle, Cant Stand Losing you, Every Breath you take, Walking on the moon...* En esa época, él laburaba en ICQ, un

local de informática. No me puedo acordar ahora si estaba recibido de Ingeniero en Informática o si estaba estudiando. Lo cierto es que no solo tenía su propia computadora en su departamento sino que siempre había alguna otra que se traía del laburo para arreglar y las conectaba en red. A la noche, nos poníamos a jugar. Casi siempre me ganaba él, encima se me cagaba de risa y me gastaba; me jodía tanto que me hacía llorar, entonces se despertaba mi abuela y nos retaba a los dos.

Cuando estaban terminándose los 90, en uno de los viajes a Madrid, conocí a la nueva novia de mi tío. Con las anteriores casi siempre me había llevado bien, pero con ésta no. Era una yanki (en realidad nicaragüense, pero ella, sus hermanos mayores y su madre, se habían rajado a EEUU cuando triunfó la revolución Sandinista), que había ido de intercambio para estudiar nosequemierda y no se por qué cuernos terminó enganchada con mi tío. Mi tío estaba recontrareempelotudizado con ella. Me acuerdo de estar almorzando juntos, él con ella sentada en la falda y haciéndole avioncitos con la comida. Mi vieja y mi abuela lo retaban cuando lo veían haciendo cosas así. A mí mi tío ya casi no me daba bola.

En el '99, después de un par de idas y vueltas, mi tío decide irse a vivir a Estados Unidos, a Nueva York, a Manhattan, a la capital del mundo. Va a casarse con la novia nicarayanki y su familia. Me acuerdo de haber ido con toda mi familia a Ezeiza. Nos sacamos una foto: yo salgo con una musculosa de un equipo de basquet, estoy parado encima del carrito de la valija y estoy tomando gaseosa de un vaso de plástico de McDonalds. Mi tío está en el centro, sonriente. Mi abuelo está a su derecha, serio, con gesto torvo; el mismo gesto de malo que tiene en todas las fotos que no lo han tomado desprevenido. Mi viejo y mi padrino sonríen con naturalidad, mi vieja tiene una cara de culo terrible. Mi abuela tiene una mueca rara. De Ezeiza en esa ocasión solo me acuerdo que hacía frío. Ah, y de haber comido por última vez en un McDonalds con él ahí, en Ezeiza. Mi tío siempre me llevaba a McDonalds, a pesar de las puteadas de mi vieja.

Cuando recién estaba empezando noveno fui a ver a un doctor por una bronquitis. La bronquitis no pasó a mayores, pero el doctor, mientras me escuchaba la respiración con el cosito ese de escuchar latidos, que ahora mismo no me acuerdo cómo se llama pero que todos sabrán a cuál me refiero, me dijo que tenía la columna desviada. Yo siempre había tenido una pequeña joroba, que todos atribuían a mala postura, y que si me decían “parate derecho” podía solucionar. Pero según el médico, podía ser algo más grave que la postura, así que fuimos a Mar del Plata a ver a un traumatólogo. Lo que yo tenía (tengo) era escoliosis y sifosis. Una deformación de la columna, que causaba una joroba porque –insértese acá explicación médica– y que ahora no había mucho problema porque todavía no había pegado el estirón, pero que cuando creciera me iba a transformar en Quasimodo. La única solución era usar como hasta los 20 un corsé ortopédico que te dejaba como Robocop. A la noche lloré. Al otro día, mis viejos quisieron consultar a otro especialista para tener una segunda opinión. Vimos a un doctor que, sino me falla la memoria, se apellidaba Lopizo. El nuevo doctor me confirmó el diagnóstico previo.

Mi tío había vuelto a Argentina de visita por última vez en el 2002. En el 2003 vino solo su mujer. Después, se repitió el mismo ciclo; siempre estaba por venir para fin de año, pero al final se le complicaba y no venía nada.

Cuando empezaba primero del polimodal el Dr. Lopizo me dio el alta y pude dejar de usar del todo el corsé. Nunca me puedo acordar bien en qué escenas todavía lo llevaba o en cuales ya había dejado de usarlo. Ese mismo año empecé a hacer natación, para ayudar a fortalecer los músculos de la espalda. En Chaves no había pileta climatizada, así que tenía que viajar a Tres Arroyos los sábados a la mañana. Nunca me privé de salir, recontramarme y fumar como un escuerzo un viernes, y aún así al otro día estaba arriba a las nueve de la mañana para ir a nadar.

En segundo del Polimodal armamos una banda de rock con algunos compañeros para participar en los Torneos Bonaerenses. Se llamó Géminis, porque eran todos de géminis, menos yo. En los bonaeren-

ses llegamos hasta la fase regional pero perdimos. Igual seguimos tocando juntos, hicimos un par de fechas en bares, "compusimos" con ayuda de otros amigos cuatro temas, de los cuales grabamos dos y llegamos a viajar para tocar en otros pueblos. Teníamos un perfil de Fotolog de la banda y todo.

Un día, un tipo tocó timbre en casa y atendió mi vieja. El tipo buscaba a su hermano, Lucio Furlani. Mi vieja pensó que sería algún amigo perdido de mi tío que no se habría enterado de que se había ido a vivir a Nueva York. Resultó que el tipo era un policía de civil. Mi vieja pensó que era una joda hasta que le mostró una placa. Venía a traerle una citación judicial. Mi tío había tenido un quilombo legal por piratería en Internet varios años antes, cuando vivía en Mar del Plata y yo todavía era muy chico como para registrarlo. No sé qué pasó con esa citación, ni por qué vinieron a buscarlo casi diez años después del despedote.

En tercero del polimodal, después del viaje de egresados, la profesora de Lengua renunció porque durante la semana en que no estuvimos se dio cuenta de que la estresábamos. Un poco antes ya nos había renunciado la de Inglés, después de que le escondimos la bufanda adentro del tarro de basura. Durante el año, la popularidad de Géminis empezó a decaer; lo último que hicimos fue hacer un playback para el video de promoción del fin de la secundaria, y nos separamos definitiva y oficialmente cuando nos fuimos a estudiar.

En el 2009 me fui a La Plata a estudiar periodismo. Vivía en una pensión llena de borrachos, fiesteros y extranjeros. Había pibes y pibas de México, Colombia, Perú, Francia, Bélgica, Australia, Canadá, y otros países que ahora no me acuerdo. Yo en esa época salía con una chica colombiana. Ella estudiaba perio también, pero yo no la conocí por la facu; era dos o tres años mayor que yo e iba bastante más adelantada en la carrera. Resulta que era amiga de unos colombianos de la pensión y la conocí en una de las fiestas que habíamos hecho. En la pensión compartí la habitación con El Poio, un pibe peruano que estudiaba Ingeniería Civil, a veces tenía pesadillas y se despertaba gritando. La habitación comunicaba con la terraza por una puerta de

chapa que no cerraba del todo bien, y aunque en invierno entraba un frío de cagarse, estaba buenísimo porque los dos fumábamos, entonces podíamos salir y no llenar la habitación de humo.

La pensión tuvo que cerrar porque la dueña se patinaba en jodas más de lo que ganaba con los alquileres. De ahí me fui a vivir a con Adolfo, Gárgamel y el Hobbit. Caímos en un departamento en un primer piso que quedaba en 5 entre 53 y 54; era viejo, grande, y feo. Más o menos, una vez por año, alguien tiraba demasiadas porquerías por el inodoro y se obstruía el caño entre la planta baja y el primer piso. Llegaba un momento en que se iba todo al carajo y empezaba a salir por la rejilla de nuestro baño agua, mierda, papel y todo lo que el resto del edificio tiraba por el inodoro. En algún punto, Adolfo (que se llamaba Martín, medía 1,60 y jugaba al rugby) se fue a vivir a un departamento de una tía y en su lugar vino El Pajarón. El Pajarón trabajaba con Gárgamel en un local de reparación de teléfonos: venía bien, hasta que tuvimos que empezar a esconderle la comida, porque arrasaba con todo lo que encontraba y no era capaz de convidar ni unas Don Satur para el mate. Al final, el Pajarón se fue y al mes siguiente Gárgamel también decidió irse porque el alquiler de a tres se hacía caro. Entonces con el Hobbit decidimos no renovar el contrato y mudarnos. Ahora vivimos en 47 entre 10 y 11, en un sexto piso, en un departamento un poco más chico, un poco más nuevo y un poco más lindo. Nos vemos la cara una vez al día para tomar unos mates, quejarnos de la facultad-laburo-minas-amigos-fútbol-política y criticar al vecino de enfrente que escucha Tan Biónica y canta como el Chano. Después, cada cuál se encierra en su habitación para no tener que soportar los ruidos del otro. Mi vieja dice que parecemos un matrimonio.

Una de las tantas veces que me llama mi vieja, atiendo. Hablo un rato con ella, me pasa con mi viejo; hablo un rato con él, me pasan con mi abuela; hablo un rato con ella, me pasa con mi abuelo. Después de hablar un rato, me pregunta cuándo voy a ir. Le digo que dentro de poco, cuando haya algún fin de semana largo. Me dice que está bien, que se alegra, pero que ya que voy, que me quede un buen tiempo:

por lo menos un mes. Trato de explicarle que me es imposible quedarme tanto tiempo en Chaves, por la facultad y demás. Al final, mi abuelo entiende: no está hablando con su hijo, sino con su nieto. La culpa de toda la confusión la tuvo mi abuela, que siempre nos cambia los nombres y cuando le pasó el teléfono le dijo “tomá, habla con Lucio”.

En el 2012 quise hacer el curso de guardavidas para tratar de compensar mi paja en perío. Dejé de fumar. Cuando terminé de cursar, me tocó hacer guardias de práctica en Punta Lara. Al segundo día tuve mi primer rescate: un chabón re pasado de escabio entró en coma en el agua y lo tuvimos que sacar del río y hacerle RCP. Lo resucitamos una vez, volvió a entrar en paro, le hicimos RCP de nuevo, llegó la ambulancia, se lo llevaron a la salita. Todo esto pasó a la mañana; a las cuatro de la tarde encontramos de nuevo al mismo flaco, durmiendo la mona abajo de los arbolitos de la costa.

Me anoté en Letras por la parte de literatura. Un jueves, después de Latín, me vino a hablar una coreana. Pensé que me iba a pedir algo, pero resultó que era una predicadora del cristianismo o algo así. Nos pusimos a charlar de la historia de Jobs. Me contó que tenía una hija que se había licenciado en la facultad de perío, en planificación, y que ahora estaba trabajando en EEUU. Mi tío, el hermano de mi vieja, hace un par de años se separó de la nicaragüense con la que fue a casarse a Yankilandia y ahora está en pareja con una chinita que tiene como veinte años menos que él. La coreana me propuso encontrarnos el jueves de la semana siguiente, en el mismo lugar y la misma hora, para charlar del Antiguo Testamento: le dije que sí.

Vuelvo a Chaves lo menos posible. Lo único que me mueve a ir es mi familia. En los primeros años extrañaba estar con los amigos que dejé en Chaves, que son los de toda la vida. Ahora, las pocas veces que voy y nos vemos, nos juntamos a tomar mates y mirar cualquier partido de fútbol que estén pasando; o si es a la noche, nos emborrachamos, salimos y hacemos cosas de borrachos. Salvo con ellos, que son cuatro o cinco, no me trato con nadie más de mi edad en el pueblo. Durante mi último viaje, nos juntamos con toda la prole a comer un asado en

la casa de mis abuelos. Suena el teléfono: "ese es Lucio", dice mi vieja y lo putea porque siempre llama a la hora de la comida. Lo atiende mi abuela, habla un rato; le pasa a mi abuelo, habla otro rato; me pasan a mí. Hablar con mi tío implica pasar por el tópico de "cuándo te recibís". Igual, él se caga de risa, me dice que al final voy a tardar más que él. Me pregunta sobre minas. Me dice que me cree un perfil en Coachsurfing.com, que es una especie de página web de gente que hospeda gratis a viajeros en su casa ("Las rusas son lo más, van a la cama de una", me recomienda); que él se metió y que es genial. Le digo que sí, que lo voy a hacer. Después nos despedimos y le doy el teléfono a mi vieja.

Cruzado de Silvana Casali a Facundo

—¿Pensaste en matarte, Facu?

En lo único que quiere pensar Facundo a esta hora de la madrugada es en NADA.

Toda la mañana cursando, toda la tarde preparando el final de Europeas I, toda la noche cocinando un pastel de papas para darle la bienvenida a su tío, ese que se pasaba de copado y que ahora volvía a Argentina, a su departamento de Mar del Plata, paso previo por el depto platense de Facu.

“Una semanita juntos, así reconstruimos ese vínculo que teníamos cuando eras chico” le había dicho hacía un mes por teléfono.

Facundo se había entusiasmado. Desde 2003 que no veía al tipo que había sido como su hermano: un hermano mayor, mujeriego, que le compraba bigmacs cada viernes a la salida del colegio y con el que se pasaba toda la noche jugando en la compu.

La villana que los había alejado -la maldita nicaragüense e inmigrante ilegal que en su viaje hacia el sueño americano había arrastrado a su tío- ya no estaba: lo había desechado como si fuera un celular viejo. Todo podía volver a ser como antes. Su tío volvería a ser el atorrate de siempre, con la buena noticia de que Facu había crecido y ya no sería sólo la carnada: ahora los dos podían salir a pescar.

Sí, esa semana iba a estar de pelos.

Que Facu esperara que su tío estuviese igual que cuando lo despidió en Ezeiza demostraba que todavía mucha idea de la vida no tenía. Doce años pueden hacer estragos en el rostro de una persona, más si ésta se pasa 20hs diarias bajo el sol lujurioso de Miami.

—¿Tío?

—Sí, estoy arruinado, no digas nada. Dejame pasar.

No era tampoco tan así, pero había pasado de ser el galán piropeador peinado con gel a esto, esto que Facu está viendo ahora.

De tener ese pelo oscuro hacia atrás, siempre prolijo, a esto: un tipo que mira para todos lados, que cierra con doble traba la puerta, que tiene el peinado Larry de los tres chiflados.

—Tenés cara de cansado, es eso —dice Facu mientras lo abraza.

—No tengo más ganas de vivir, eso es lo que pasa.

—¿Eh?

Facu se acordaba de que la comida preferida de su tío era el pastel de papas. Para su cumpleaños, su abuela cocinaba uno y sobre él soplaban las velitas. El último cumple que Facu recordaba antes de que su tío partiera a yankilandia había sido el 28 de febrero de 2003, un pastel de papa con treinta y dos velitas. Esa tarde Facu había vomitado; hacía mucho calor y su tío le había propuesto brindar por primera vez con vino.

— ¿No te gusta? Puede que le falte sal.

El tío mira hacia el plato, arrastra con su tenedor las pasas de uva para un lado, el puré de papas para el otro. Desde la pantalla suena la risa del conductor de programa chimentero, que ahora se acerca a cámara y pregunta “¿hay alguien ahí?”, pero ni Facu ni su tío miran hacia la televisión. Facundo adoptó el vicio de tener algo siempre encendido, para no sentirse solo. También lo hace cuando está acompañado. No lo sabe, pero no resiste el silencio.

—Está riquísimo, Facu.

—Lo disimulás bien.

—Nada, no te preocupes. Estoy algo inquieto pero ya se me va a pasar. Contame de vos. ¿En qué andas?

Facundo razona lo siguiente: “si le empiezo a contar de mis victorias amorosas se va a sentir orgulloso de haberme enseñado el arte del piropro, se va a acordar de que hace diez años fue feliz persiguiendo mujeres y se va a olvidar de la maldita nicaragüense e inmigrante ilegal”.

—Entonces me pasa a su amiga, que también es colombiana pero estudia Veterinaria y me dice de hacer un trío. Tío. Eu, ¿me estás escuchando?

—Siento que me estalla la cabeza ¿tenés algo para que tome?

— ¿Algo como una aspirina o algo como un whisky?

—Aspirina, aspirina ¿Cómo voy a querer whisky si se me parte la cabeza?

— ¿No te acordás de la vez que me enseñaste que para la resaca había que seguir tomando? ¿No te acordás de ese primero de enero cuando te encontré en el patio tirado al sol tomando un vinito?

—No me acuerdo.

— ¿Y si mejor te tirás a dormir? Ya te armé el colchón.

—En un rato. Traeme una aspirina y seguí contándome. ¿Qué pasó con las colombianas?

—La amiga me dice de hacer un trío.

—Ahá ¿Y?

—Le dije que sí.

—Qué bueno.

Llamar a su madre para explicarle que su hermano fue cambiado por otro, a la 1am, no sería prudente.

Llamar a su abuela para explicarle que su hijo fue cambiado por otro, a las 2am, sería un desquicio.

Llamar a las colombianas para pedirles ayuda a las 3am, pondría en riesgo sus planes libidinosos.

Facu da vueltas en la cama mientras su tío evidentemente no duerme: tiembla. O está dormido -respira como una persona que está durmiendo- pero tiene sacudidas musculares y Facu puede ver que

cada tantos segundos da unas patadas mortales. Debe ser una pesadilla. Maldita nicaragüense e inmigrante ilegal.

Suena el celular de su tío, lejano pero nítido. Facu se levanta des-pacio, va hasta el comedor y ubica el sonido sin prender la luz. Ahí está, sobre la mesa, el iphone que se ilumina y se apaga. En la pantalla aparece un número largo; claro, larga distancia, piensa.

—¿Hola? Emm ¿Hello? —dice Facu en un susurro para no despertar a su tío.

—¿Tienes miedo, pollito? —La voz de una mujer sensual deviene en una risa— *Tuuu tuuu tuuu.*

Maldita yegua nicaragüense e inmigrante ilegal. Ni una más, piensa Facu.

Vuelve a su habitación pero ahora su tío tiene los ojos abiertos. De la frente le caen gotas de sudor. Los pocos pelos a los costados de su cabeza están engrasados, como si se hubiese pasado los dedos muchas veces.

—¿Uy, te desperté?

—Sí, por suerte. Estaba soñando algo horrible.

—¿Querés contarme?

—No, no, volvé a dormirte.

—Te sonó el celular y yo...

—Dormite, no pasa nada, dale.

Mañana a primera hora llamo a mamá, piensa Facundo. El cansancio va ganando su cuerpo. Le espera un día largo pero si por lo menos pudiera dormir estas tres horitas...

—¿Pensaste en matarte, Facu?

—¿De qué hablas, tío? (La puta que me parió).

—Nada, nada. Volvé a dormirte.

—¿Estás pensando en matarte?

—Olvidate, dormí.

—Las bolas, decime qué te pasa.

—A veces pienso en la muerte—. El tío gira sobre su cuerpo, apoya la cabeza sobre la palma de la mano y mira a Facundo con ojos tristes.

—¿Desde cuándo? —Facu imita el gesto pero su mirada es de curiosidad.

—Desde hace un tiempo; unos meses antes de separarme de tu tía.

—Sem, tía.

—Bueno, ella.

—Todo va a estar bien.

—No, no creo. Le debo plata.

—No le debes nada; maldita inmigrante ilegal.

—Mucha plata. Me va a matar, pero eso no me asusta.

—¿Qué te asusta?

—Te acepto el whisky, el dolor de cabeza ya se me pasó.

—No tengo whisky, tío.

—¿No tenés o no querés convidarme?

—¡No tengo!

—Ah, ¿y por qué me ofreciste, entonces?

—Era un chiste.

—¿Mañana te levantás temprano?

—Y... dentro de hora y media.

—Ok. Yo me levanto con vos y voy a la terminal a sacar un pasaje.

—¿Por? ¿No te ibas a quedar toda la semana conmigo?

—Así quería, pero sonó mi celular.

—¿Y?

—Durmamos, Facu.

En el medio de la mañana, Facundo se despierta; su tío no está.

Entre sueños, Facu apagó la alarma del celular y siguió de largo.

Sobre la mesa del comedor, un papel:

Te salió rico el pastel de papas, Facu.

Autobiografía de Matías Cerletti

Nazco doce años después que mis cuatro hermanos: Gabriel, Emilio, Claudio, David. Ellos me ponen nombre. Los cuatro son distintos y cualquiera puede hacer de papá. A los cuatro años me enfermo del riñón y tomo corticoides. Me gusta ir al Hospital de Niños con mamá, comer medialunas y tomar café con leche en el buffet. Una cantidad de mamás amontonadas en los pasillos charlan con sus bebés en brazos y me las quedo mirando. Hay oscuridad y pienso que en el ascensor del hospital una vez se cayó un nene.

Mi mamá va a la capilla del hospital mientras yo duermo. Se hace amiga de una madre que tiene a la hija muy enferma y le pide que se quede a cuidarla porque se tiene que ir urgente. Tiempo después le pregunto qué fue de esa nena y me dice que murió. Cuando terminamos con los estudios en La Plata esperamos al micro en la terminal por unas horas, sentados en los bancos de madera, en un lugar que no esté cagado por las palomas. Después de muchos años me curo del todo, mi mamá me dice que tengo que agradecerle a Dios porque él me salvó. Yo creo que fue ella.

Emilio encuentra un sobre de cartón arrugado en el placard, son las cartas de amor que papá y mamá se pasaban clandestinamente

en su juventud. Yo le pido que me deje verlas, me dice que no y las vuelve a guardar. Me pone un límite: “son de mamá y papá”. También juego en el monte con Hernán, mi mejor amigo, siempre jugamos a que estamos en un apocalipsis. Una vez fuimos a un cumpleaños de un compañero de la escuela y me basurearon por comer con la boca abierta, Hernán los puteó y nos volvimos a mi casa. Cuando crecemos un poco más él se va con un grupo de amigos que se parecen mucho a esos que me jodían por comer con la boca abierta. Me quedo solo. Me peleo a las piñas con mis compañeros y para darme confianza pienso que mi viejo, mis hermanos o Dios están ahí arengando para que gane:

—¡Dale, rompele la cara! ¡Hacelo mierda!

Gabriel estudia programación y me enseña a jugar en su primera computadora que funciona con Windows 95, es en blanco y negro. Después aprendo a usar el Word y escribo una historia de fantasía ambientada en Egipto. Empiezo en los talleres literarios que dicta la Biblioteca Popular Mariano Moreno. Escribo terror y mi familia identifica lo que hago porque el dolor es parte de todos los relatos. También dibujo muertos y mutilados, los quemo con ácido de marcador fosforescente amarillo y a veces verde, los ensarto en picas, los cuelgo del cuello y hago que se agiten en el aire.

Después Emilio me aleja sin quererlo de la fantasía dándome para leer *La Patagonia rebelde*, *Operación Masacre* y *Mafalda*. Siento odio. Entonces hay que empezar el secundario y me dejo llevar por el rumor histórico de que la escuela de la Base es mejor, prepara mejor, enseña mejor. El micro nos deja en la entrada porque no puede ingresar y los militares que hacen guardia tampoco le levantan la barrera para que pase, los civiles y los estudiantes entramos todos juntos y enseñamos la TIN, que nunca me acuerdo qué significa, pero es la tarjeta que necesitamos para entrar y algunos chicos de mi edad no pueden pasar porque todavía no la tramitaron. Para llegar al colegio tenemos que caminar por una calle ancha, de un lado está el barrio militar y del otro están los edificios grandes oscurecidos por el tiempo. Hay máquinas, comedores, edificios enormes que son depósitos y más de diez

hangares distribuidos en todo el predio. Mientras nos adentramos al corazón de la base los edificios se juntan cada vez más, se achican las calles que tienen tejido olímpico de ambos lados y alambres de púa. Se escuchan andar los motores de la usina y los gatos que andan sueltos, mientras nosotros en procesión caminamos en masa hacia lo inevitable. Los suboficiales con sus uniformes rompen el silencio de la mañana con gritos de mando que aflojan las lagañas, y yo que lo veo de afuera me caliento y pienso que nunca podría soportar la falta de respeto. Los aspirantes agachan la cabeza y obedecen, obedecen, obedecen. Imagino que es un campo de concentración.

El pelo me pasa los hombros y el profesor barbudo de física me dice que me lo corte. La de inglés me pide que me ate el flequillo, ni loco. Mi mamá me corta el flequillo mientras duermo. Me peleo con la directora, con algunos de mis compañeros, con otros me hago amigo porque los siento tan parias como yo y los defiendo del resto de los chicos. No vuelvo a hacer un mejor amigo, pero ahora me junto con varios distintos.

Ese año viajo a Río Negro donde está viviendo David, en esa semana llegan a Cipolletti unos amigos de él de Verónica que hacían viaje de mochila, uno toca la batería y le pido que me enseñe, me pregunta por qué, le digo que quiero aprender ese instrumento como ningún otro aunque no sé bien porqué en realidad. Toco la batería, consigo trabajo, me paso a la escuela del pueblo porque el horario de la escuela de la Base no me da para trabajar. Ahorro y me compro una batería, para los dieciséis ya tengo una banda y tocamos en el pueblo, en Freedom, el único pub que tenemos en Verónica.

El humo de cigarrillo nos da en la cara, los viejos rockeros nos convidan cerveza mientras gritan en un inglés fonético, gangoso, canciones de Led Zeppelin. Creo que quiero vivir eso el resto de mi vida. Recién levantados, muertos de frío tenemos que ir a tocar y el guitarrista se asusta porque piensa que no voy a subir al escenario, así que me dice que no lo estoy disfrutando y que es eso lo que tengo que hacer, esa idea me dura hasta hoy.

Me enamoro de Juliana, que no está enamorada de mí. La conozco mientras hacemos el curso de confirmación, espero cuatro años para poder darle un beso. Nos besamos y me siento eufórico, hago lo que tengo ganas aunque sé que cuando se me pase la euforia voy a angustiarme y a pensar demasiado como siempre. Sin darme explicaciones deja de darme bola y le dice a un amigo mío que no siente nada por mí. Me angustio. Veo que a mi hermano le da resultado la terapia así que voy yo también porque quiero dejar de creer en Dios pero no puedo, pienso que él me salvó la vida y quiero no estar enamorado de Juliana y tampoco puedo.

Voy a la misa con la remera de los Fabulosos Cadillacs, la remera anuncia la gira: Satánico pop tour. Voy con cadenas y pantalones negros cortados, la gente me mira y me acomodo en los asientos del fondo. Me hago amigo del cura y lo ayudo en la misa. Le digo que lea *La Patagonia rebelde*, y me dice que no puede. Dejo de ir a la iglesia pero me sigo viendo con el cura, nos juntamos a comer, a tomar mates. Un día siento que me intenta tocar y no voy más.

Un año viene David con Carolina, su novia, les cuento que estoy triste, él me dice que lo que me falta es olvidarme de Juliana y coger. Cojo con quien puedo, discuto con mi papá de política y él me calla porque dice que yo no viví lo peores momentos de la Argentina. Empiezo a quedarme callado en la mesa de los domingos.

Dejo de ir a Verónica porque no puedo entrar a mi casa sin sentirme para el culo, prefiero retraerme en el departamento de La Plata. Al principio mi mamá me llama todos los días, entonces le digo que no me llame todos los días porque sino no tenemos de qué hablar. No me llama más.

Pierdo el habla. Estudio Comunicación Social y no sé cómo preguntarle al colectivero cuál micro me lleva a mi barrio. Entro al departamento y no saludo a nadie, a uno porque está en la computadora todo el día, al otro porque se sienta con las piernas cruzadas, al otro porque está ahí parado esperando a que lo salude. Los odio. Empiezo a llorar todas las noches antes de irme a dormir. Me acuesto pensando que ojalá me muera mientras duermo, agarro un cuchillo de la cocina

y me encierro en la pieza. Cierro la puerta aunque estoy solo. Es sábado y los chicos con los que vivo se volvieron a Verónica. Fumo medio atado de cigarrillos como para llenar el vacío con humo. Me acuesto en la cama y empujo el cuchillo contra la muñeca, busqué en internet cómo se hacía. Tiro el cuchillo contra el piso y pateo la cama, lloro un rato largo hasta que me agarra frío. Me tapo y me duermo. El lunes busco por toda La Plata psicólogos que atiendan por IOMA. Es difícil encontrar alguno. También decido no fumar más faso estando solo por miedo a que me agarre un ataque de pánico.

Mi psicóloga se sienta en frente en el sillón individual tapizado de gris y me pregunta qué me trae por ahí. No sé, le digo mientras juego con un almohadón que tiene el diván, pero lloro mucho y me quiero matar. IOMA me cubre un año, a los dos años y medio de terapia ya no tengo tanta plata como para seguir. Puedo empezar a tomar micros, a hablar con las personas, dejo de odiar a mis compañeros de departamento. Me acuerdo de una conversación que tuve con Claudio donde predijo que iba a ser depresivo. Me río. Me pongo de novio con Rocío, que es mi amiga y tengo miedo de que si sale mal no seamos más amigos. Dejo que pase porque quiero que pase. Ahora de verdad creo que lo que siento es amor, ella me hace sentir bien conmigo mismo. Ahora dibujo expresiones en las caras: triste, contento, serio, fumado, desquiciado. Cuando me aburro de eso, recurro a torturarlos hasta que es imposible pensar que pueden seguir con vida.

Los invito a mis viejos al departamento. Almorzamos y hablamos de la facultad, después salimos al balcón y yo prendo el cigarrillo delante de ellos, el primer cigarrillo delante de mis papás.

—Ahora fumás —me dice ella y él me pide que no tire las cenizas por el balcón porque puedo quemar a alguien.

Cuido a los hijos de Gabriel y Mirta, su esposa, me pongo contento y nervioso. Llego sin dormir algunas veces, otras un poco borracho. Una vez nos enojamos mucho, yo les dije que se calmaran, y la nena gritó:

—¡Viniste para arruinar a esta familia! —creo que es una respuesta fantástica. Viven lejos y me cuesta ir todos los días, pero me hacen bien.

Quiero militar, pero pierdo las ganas. Cada vez que me angustio por sentirme muy alienado al sistema voy a mi biblioteca y leo las anotaciones que hice en *Los siete locos de Arlt*, retomo la última página donde está el dibujo que me hicieron Pilar y Máximo (dos amiguitos que hice en las únicas dos veces que fui a la Olla popular de Plaza San Martín). Voy a donar sangre a la facultad. Converso con la doctora de las entrevistas previas, le comento que estuve enfermo del riñón y le digo que no tengo problema en mamarme y que a veces me da miedo. Me dice que me quede tranquilo pero que no todos zafan de eso, que tengo que estar agradecido y cuidarme más. Pienso que si me volviera a enfermar estaría deprimido porque ya no serían mis papás los que cargarían con la enfermedad.

A veces me encuentro de pasada con Hernán. Él nos está ayudando en la lucha contra el monopolio del transporte público de Verónica, que aumenta los pasajes sin aviso y maneja las reglas y los horarios de viajes según su beneficio. Hernán siempre fue de tener los pies en la tierra, muy buen jugador de ajedrez, alguna vez nos juntamos a fumar.

Estamos sentados en la mesa con los ojos chinos y recordamos. Prendemos dos o tres fasos y hablamos del monte, de sus perros, de sus viejos y de los míos.

—Vos sos como un personaje de mi infancia —me dice y yo me quedo pensando.

Manual del perfecto suicida (Cruzado de Florencia Di Paolo a Matías)

Prólogo

Este manual está científicamente testado para asegurar una muerte segura a todos sus lectores. Desde la Asociación de Suicidas Anónimos (ASA) le recomendamos la lectura completa del material antes de consumir el suicidio para cerciorarse de utilizar el método que se adapte mejor a su personalidad. No estamos a favor de la tenencia de armas de fuego, por lo que no encontrará cómo dispararse en la boca gatillando una escopeta con el dedo chiquito del pie.

Para aquellos que no tengan urgencia por terminar con su vida, pueden esperar a la edición especial, que contará con una soga, un frasco de Neuryl, un cuchillo con afilador y un libro de Ernesto Sábato a elección.

Esperamos que la presente edición sea de su agrado y alcance todas sus expectativas, ante cualquier duda o reclamo puede llamar al 0800-2227576.

Dejar fuera del alcance de los niños o personas felices, no nos responsabilizamos de muertes accidentales.

Capítulo 1: ahorcamiento

Materiales:

Soga resistente

Silla/ mesa o mueble que soporte su peso

Un gancho o barra que también soporte su peso

Opcional: crema o aceite para utilizar alrededor de su cuello

Recomendación: trate de reducir el consumo de harinas en los días previos al acto, de este modo su cuerpo será más liviano y se asegurará de que la sogá lo soporte.

Procedimiento:

1. Cuelgue la sogá en un punto más alto que su estatura.
2. Asegúrese de que, parándose sobre el mueble, la sogá llegue a rodear su cuello.
3. Haga un nudo triple William (ver tutorial en el canal de Youtube).
4. Embadurne su cuello con la crema o el aceite.
5. Introduzca su cabeza dentro del nudo.
6. Tire con sus pies el mueble.

Capítulo 2: corte de venas

Materiales:

Elemento cortante afilado (puede cerciorarse cortando un trozo de carne).

Venas

Opcional 1: bañera llena de agua, en lo posible tibia para que sus poros se abran, lo hace más dramático y el agua funciona como anticoagulante. Absolutamente recomendado para suicidas higiénicos que piensan en la persona encargada de limpiar la escena.

Opcional 2: sedantes, no sentirá el dolor intenso de las cortaduras y se sumergirá en un sueño profundo del que nunca despertará. Además, si lo de las venas no funciona y ha utilizado el opcional 1, se terminará ahogando.

Procedimiento:

1. Llene la bañera e introduzca su cuerpo dentro (puede estar desnudo o no).
2. Tome los sedantes.

3. Haga las incisiones 2 cm debajo de donde comienza su muñeca. Primero clave el cortante y siga en línea recta manteniendo la profundidad del orificio.

Capítulo 3: suicida volador

¿Alguna vez soñó con la libertad de volar como Superman? Este método es el indicado para usted.

Materiales:

Una terraza de algún edificio de más de tres pisos, o balcón.

Vecinos a quienes escandalizar.

Opcional: puede atarse algo con peso, como un mueble, para asegurarse una caída más rápida.

Procedimiento:

1. Subir hasta el lugar elegido.
2. Atarse el objeto a elección (puede que necesite la ayuda de alguien para llevarlo hasta allí. En ese caso elija a un perfecto desconocido del que pueda deshacerse por unos billetes y lo deje en paz).
3. Arrojar el objeto y contar hasta tres.
4. Arrojarse usted mismo.
5. Si es posible, grite.

A continuación puede leer un modelo de carta suicida, que usted puede completar para dejarles a sus seres queridos:

Queridos/as:

He decidido terminar con mi vida por cuestiones que no los/las incluye bajo ningún punto de vista. Para cuando lean esta carta ya estaré muerto/a, sepan que hicieron que este mundo sea menos horrible para mí de lo que podría haber sido, pero igual era horrible.

Los/las querré eternamente,

.....

Firma del/la suicida

Autobiografía de Silvana Casali

Mientras mi mamá termina de desayunar, mi papá me alza envuelta en una frazada vieja y me carga en el asiento de atrás de la rural, sin preguntarme si tengo ganas de hacer pis. Lo hace para no despertarme del todo y que no me pusiera del malhumor. Además después de todo me llevaban a la casa de mi abuela materna, con una cama tan caliente como la mía o más.

Con mi abuela me divierto a veces, pero extraño a mi mamá que siempre está trabajando. Mi papá también trabaja mucho, pero es a ella a la que espero cuando vuelvo del jardín y me quedo sentada en el sillón verde contra la ventana, esperando escuchar el motor de su auto. Tengo cinco años y puedo advertir perfectamente el ruido que hace el motor del Fitito rojo cuando dobla por la esquina.

En el jardín también me divierto de vez en cuando. Tiene un patio chiquito pero con árboles y plantas y arbustos, cada vez que salimos recorro los canteros que rodean el tobogán para agarrar semillas. Las busco de cada especie y las meto en el único bolsillo que tiene el guardapolvo verde. Muchas veces mi mamá me pide que las saque antes de lavarlo, para evitar que se rompa el lavarropas, pero siempre me olvido y además mamá no se enoja.

Tengo tres hermanos por parte de mi papá. Cuando era chica y me explicaron que mis hermanos eran medio hermanos, yo entendí que mi papá había engañado a mi mamá. Cuando alguien me pregunta si tengo hermanos y me dice "ah pero son medio hermanos" a esa persona no le hablo más. Con ellos no juego, porque no viven conmigo y son más grandes.

Mi hermana me lleva catorce años. Y cuando yo tengo cuatro queda embarazada. En un viaje que hacemos a La Plata, mi tía nos da un tupper con pionono de dulce de leche. A la vuelta, en el auto, cada vez que abro el tupper para agarrar un pedacito, mi hermana me pide que lo cierre, creo que el olor le da náuseas. Yo lo cierro sin llegar a agarrar nada y al rato me olvido de sus náuseas y vuelvo a abrirlo y el olor le vuelve a dar náuseas y me grita que lo cierre. Igual no importa, porque no me gustan los postres que tienen dulce de leche. Salvo los panqueques. Cuando la dejamos en su casa, mi hermana se queda con el tupper y con el pionono adentro.

El del medio me lleva doce. De chica odio a todas sus novias. Un día estamos en su habitación los tres. Él decora con afiches la pared de madera. Me acuerdo de uno en blanco y negro que dice ¿Dónde está Cabezas? Mi hermano, de espaldas, dice "¿Me pasas la cinta scotch, gordita?" Cuando se da vuelta, ve que las dos estamos tironeando de la cinta. Trata de componer: "uy, voy a tener que decir gordita uno y gordita dos". Pero desde ahora y para siempre yo soy la dos.

El menor me lleva diez. Mientras soy chica es mi preferido; por eso, cuando viene a cenar, le escondo las llaves de la casa de su mamá para que no se vaya. Casi siempre se queda a dormir y le molesta que yo deje la luz prendida de la habitación porque tengo miedo, pero no me lo dice hasta que ya somos grandes. Me enseña a jugar al ajedrez y seguro después se arrepiente porque es lo único que quiero hacer. Cuando le cuento que vi un fantasma en la casa me dice que él, a mi edad, también lo vio. Sabe que lo espío cuando le está dando un beso a una chica que le gusta, pero no se enoja.

No tengo amigos. Tengo una compañera, bastante mala, que es lo más parecido a una amiga. Y que va a ser mi mejor amiga cuando me cambie de colegio y la encuentre, de casualidad, en la primaria. Carola. No le creo que es ella, pero insiste: se pone la remera del colegio en el que nos conocimos, se levanta el pullóver y me guiña el ojo. Nos hacemos amigas, aunque sigue siendo malévola.

Este verano la encontré; mejor dicho, me choqué con su panza de siete meses en el festival de la cerveza, en Santa Clara del Mar. Hacía dos años que no hablábamos. Me presentó a su novio, me dijo que su bebé se va a llamar Alex y me guiñó un ojo.

En el jardín también está Rocío. Rocío Borombón. No sé si el apellido es así o se lo inventamos con Carola. Un día le digo a Rocío que seamos amigas. Ninguno de los chicos quiere acercarse porque tiene olor a pis. Yo quiero ser su amiga y cuando se lo propongo y le ofrezco mis caramelos, Rocío agita las manos como una paloma y se va corriendo. Cuando giro descubro a Carola en el piso, revolcándose de la risa: “¡la que se hace pis encima no quiere ser tu amiga!”.

Cuando no quiero ir al jardín, me quedo jugando a las escondidas con mi abuela. Termino de contar hasta diez, me descubro los ojos que tengo aplastados contra el palo de colgar la ropa, en el patio, y salgo a buscarla. En la cocina no está; voy a su pieza y miro debajo de la cama: nada. Me fijo, disimulada, en el hueco que deja la puerta del comedor, pero no aparece. Mi abuela siempre elige los mismos lugares, entonces me asusto, porque pienso que me abandonó, y aunque tomo coraje y voy hasta al baño para ver si me equivoqué, si está detrás de la cortina de la bañadera, ya estoy llorando. Me transpiran las manos, y cuando estoy convencida de que usó el juego para abandonarme, escucho un ruido. El picaporte se mueve y entra mi abuela, riéndose y amagando a correr para gritar “¡Pica!”, pero me ve, me mira, desiste, y mientras me limpia los mocos, me ruega que no le cuente nada ni a mi mamá, ni a mi papá. Recién me acuerdo del asunto cuando ya es de noche, estoy en el auto de mi mamá volviendo a casa y desde el asiento de

atrás, sentada en el medio, le cuento que la abuela me hizo llorar. También hay días en que no lloro, como la vez que mi abuela me despierta, me viste y me pone la campera verde para ir a pasear al centro y sin querer me agarra la pera con el cierre, pero es tan poquito lo que me engancha de piel y tan rápida su reacción (me habla sin pausa de todo lo que vamos a hacer y dice Mc Donalds) que me la banco.

Ese día yo la voy a poner triste a ella. Primero, me niego a ir a la sección infantil para que me pinten la cara con maquillaje. Mi abuela me explica que todas las nenas lo hacen, que puedo pedir que me dibujen una mariposa o dos en cada cachete, pero le digo que no, porque me da vergüenza (le digo eso, pero pienso esto: si me pinto una mariposa en la cara, las personas me van a mirar y van a ver que me falta el diente de adelante, van a pensar que soy fea y mi abuela se va a sentir mal. Lo hago por ella).

Después vamos a Mc Donalds, donde me niego a sentarme sobre las rodillas del payaso para que me saquen una foto.

Cuando estamos comiendo, ella se da cuenta de que no como, que más bien estoy jugando con el grillo que vino en la cajita feliz y, primero, me obliga a comer. Después descubre que sólo como las papas fritas, y me obliga a comer específicamente la hamburguesa, bajo la amenaza de no ir al pelotero. No sabe que odio jugar con esos nenes que tienen las manos pegajosas.

Finalmente, le confieso que no quiero comer la hamburguesa, que la carne me va a caer mal y que por favor no me obligue. Recién ahí, cuando me dice “come sólo las papas fritas” y hace la mueca del siete de espadas, la quiero más y pienso en contarle algún secreto que nos hermane; estoy por decirle que cuando mi mamá cocina bifes mastico la carne pero voy al baño y la escupo en el inodoro, o si tengo suerte puedo esconder los pedazos debajo del puré chef, pero al final desisto y me dedico a girar la tuerca que el grillo tiene en la espalda para sacarle un cri-cri. Una noche, cuando tengo cuatro años, me despierto llorando y les digo a mi mamá y a mi papá que sé que, en algún momento, se van a morir.

A los cinco años, el oftalmólogo dice que tengo que usar anteojos. Cada mañana, mis papás me piden por favor que abra los ojos, que las gotas no arden, y yo, que me niego una, dos, tres y cuatro veces, no lo hago a propósito, instintivamente los ojos se me cierran, no puedo negarme ante la cara cansada de mi mamá, los abro, largo unas lágrimas que se mezclan con el medicamento mientras siento el ardor llegando casi hasta el cerebro.

Por esa época está Guido. Lo conozco en la guardería del hospital donde trabajan mis papás y me enamoro. Tiene rulos. Se ve que hablo mucho de él en casa, porque un día mi mamá me dice que lo invite a jugar. Cuando estamos en el asiento de atrás del Fitito, yendo para casa, me doy cuenta que estoy casi desnuda: tengo en la mano algo que puede destruir nuestra incipiente relación. Controlo de reajo que Guido mire a la calle, llevo mi mano al bolsillo de mi campera verde, agarro el chupete y lo empujo hasta el fondo. No lo suelto en todo el viaje. A Guido lo vuelvo a encontrar cuando tengo nueve años, en la pizzería La Nieve, en una esquina del centro de Mar del Plata. Está rapado.

Llego a la primaria con unos anteojos grandes de color rosa y todo el tiempo tengo que apoyarme el índice en la nariz para que no se caigan, “los tenés que cuidar porque son de vidrio” dice el oftalmólogo con sus lentes chicos.

En las fotos escolares todos salen bien menos yo, porque siempre el reflejo del sol que se filtra por las ventanas va a parar a mis anteojos. En las fotos todos sonríen, yo también, pero –y esto pasa cada año – de cada vidrio de mis anteojos salen dos líneas de luz que me convierten en un superhéroe fallado. Mientras todos se ríen y escucho a mi amiga decir “déjenla, es un problema de la cámara”, me recuesto sobre la mesa y me quedo así hasta que se hace la hora de que me vengán a buscar.

Casi en el secundario, Lucas por fin me invita a su cumpleaños. Me gusta Lucas, a él le gusta Luciana. Voy a su cumpleaños con el regalo, no me acuerdo si una colonia o una cartuchera; tengo una trenza finita de cada lado, raya al medio, vestida de celeste, un corpiño que

realza unas tetas que no tengo, tan puntiagudas que me cruzo de brazos casi toda la tarde. Cuando estoy por ir a hablarle, Juan, uno de mis amigos, se me cruza y me dice “lindas trenzas, cuatro ojos”; y mientras lo dice me da un pequeño empujón, cómplice, ofensivo porque inesperado, que me hace dar la espalda contra la pared, en cámara lenta, mientras veo cómo Lucía le dice algo a Lucas, se ríen y, de la mano, se van al fondo del salón, más atrás de donde está la mesa con las porciones de pizza y los chicitos, que ya están bastante al fondo.

Los anteojos no llegan al secundario, tampoco Lucas. El oftalmólogo dice que no los necesito, Lucas dice que se cambia a una pública. Entra al colegio un chico nuevo, del que me enamoro.

—Hola, soy Gonzalo.

—Ella es Silvana. Gonzalo es vecino mío y de Lucas —nos presenta Martín.

—¿Qué Lucas?

A los dieciséis me cambio de colegio porque quiero ser veterinaria y porque mi mejor amiga ya se acostó con el chico que me gusta. En la nueva escuela tengo un profesor de Historia que nos explica por qué los setenta no fueron una guerra. Un día nos hace cerrar los ojos y escuchar “La memoria” de León Gieco.

En ese mismo año viene de Italia mi tío Renzo a presentar una obra de teatro. Cada mañana entra temprano a mi habitación, porque le gusta que desayunemos afuera. Pruebo, por primera vez, un submarino. Me regala tres libros que, dice, son claves:

El proceso
Cuento de navidad
Robinson Crusoe

Antes de irse, le muestro lo que escribo. Una poesía y un texto deforme. La única devolución es: "releé la primera oración que escribiste y la última. Ahí está lo que quieres decir".

Conozco a un chico en una fiesta de fin de año de unos amigos de mi hermano Gabriel. Quedamos en vernos a los pocos días, yo estoy pensando qué carrera seguir, él me recomienda un libro de filosofía de quinientas páginas que leo en tres días. Nos dimos unos besos. El último verano que estuve en Mardel quise saber de él, hacía rato no leía nada suyo en las noticias de Facebook. Me eliminó. En la portada tiene una foto de su novia con una beba en brazos. Me anoto en Filosofía. Como dudo, hago también el ingreso a Psicología. Y me anoto en Historia. Y en Teatro. En la planilla de inscripción preguntan qué actor nos gusta. No conozco ninguno, en el momento lo único que me suena es Luciano Castro. Anoto su nombre, para no dejar el casillero en blanco. Después me entero de quién es Luciano Castro y me quiero matar. En Introducción a la Filosofía, el primer día de facultad, el profesor vende un libro escrito por él. Lo compro porque entiendo que es fundamental para promocionarla. En el patio de la facultad me encuentro con compañeros que se ríen de los que compraron el libro. "O sea, es productor de Moria Casán, ¿entendes? Es lo peor de la gestión". No sé qué es la gestión, pero me río. Y, al mismo tiempo, empujo el libro hasta el fondo de mi bolso.

La profesora de Letras llega a las nueve de la noche, desde Buenos Aires, con su valija, para hablar de los formalistas rusos. Mientras la espero entre 200 personas, en el aula magna, abro *Sexus* de Miller.

Tengo que rendir mi primer final. Práctica histórica. Me paso un mes leyendo. Mi hermana es profesora de historia y tiene 34 años. La noche anterior me llama y me dice que todo va a estar bien. Yo tengo ganas de vomitar. Cuando salgo de la mesa con un 9 en la libreta, me encuentro con un compañero que acaba de rendir un final de Filosofía. "¿Por qué no rendiste uno de TU carrera?".

Digo que quiero dejar Filosofía. Que mejor me voy a estudiar música a La Plata. Mi papá dice que voy a poder ir a la cancha seguido.

Mi mamá dice que hablo boludeces, que cómo voy a estudiar música si me gusta escribir, si dejé el conservatorio, si escucho a "Ataque 77". Me quedo un año más. Curso exclusivamente materias de Filosofía. Tengo un grupo de amigos. Militan en una asamblea apartidaria, hablan de los chinos. Pregunto qué chinos. Me dicen que así se les dice a los maoístas. Nos juntamos a leer a Heidegger, el ser, el verbo que crea a los demás verbos. Les digo que si encuentran el significado de nuestras existencias, me manden un mensaje de texto. Se ríen.

La única chica que estudia, aparte de mí, está loca. Es inteligente. Aprueba todo. Entiende todo. Entiende a Heidegger la primera clase. Un día me ve sentada en el pasillo, porque siempre llego temprano, se sienta conmigo y me cuenta que está en tratamiento psiquiátrico. Que no sé qué de los transmisores de serotonina, que para que no se le vayan del cerebro tiene que tomar una pastilla, y creo que otra para generarla, y que su psicóloga es una copada. Todos los que llegan se van sumando, van sumando pastillas. Esa noche lloro. Pienso que a mí también me pasa eso de la serotonina. Voy a un psiquiatra. Dice que estoy bien, me recomienda un par de películas, como *Across the universe*, dice que me parezco a Evan Rachel Wood. Le pido a mi mamá que le pregunte qué tengo. "Dice que sos idealista, que ya se te va a pasar". Le digo que tengo miedo de terminar como mis compañeros, que estudio Filosofía para parecerme a José Pablo Feinmann. Me pregunta si me acostaría con Feinmann

—No, claro que no—miento.

Llega el segundo final. Voy a la biblioteca a prepararlo, pero cada vez que llego, en lugar de sacar los apuntes de Heráclito y Parménides, voy a la sección literatura argentina y leo a Cortázar. Puede que algo ande mal. O no. Pero como creo que sí, dejo Filosofía.

Un día lo conozco a Feinmann. Me firma un libro, le digo que estoy en crisis con la carrera, que quiero estudiar Periodismo. Me dice que los periodistas son opinólogos.

El día que me voy a La Plata le digo a mi mamá que seguro no me gusta el ingreso y vuelvo al mes, pero al segundo día la llamo y le digo que me quedo a vivir.

Cuando vuelvo a Mardel de visita voy a almorzar con mi abuela y mi tío. Cuando era chica él tenía un quiosco, yo comía todas las golosinas. Mi mamá ponía límites y mi tío los sacaba. En fin de año traía los cohetes que le sobraban. Yo usaba las estrellitas y los chasquibum. Cuando tuve edad para prender cohetes me daba miedo. Cuando quise hacerlo, me enteré de que a los perros les hacía mal.

Un día mi tío se acercó a la iglesia con su mejor amigo. Dejó de pasar quiniela en el quiosco, porque era vicio. Dejó de vender cigarrillos, porque era vicio. Íbamos juntos a aprender guitarra. Mi tío quería tocar en la misa. Una vez me convenció de tocar, pero como dejé de creer, no volví. Él sigue hasta hoy.

Cuando llego a la pensión de plaza Italia, el primer mediodía que vuelvo del curso de ingreso, pongo la olla al fuego para cocinar lentejas. Voy a la pieza, siento olor a quemado y vuelvo a la cocina: destapo una olla con lentejas y sin agua.

La habitación es chica y tiene piso de madera y un techo alto que a la noche cruje. La chica que duerme ahí cubrió todo el lugar con cajas y cartulinas que están llenas de tierra. De noche me subo a la cucheta y me quedo mirando un agujerito en el techo esperando que una cucaracha me caiga encima.

El baño está al aire libre, en el pasillo. Siempre me visto en mi habitación. Una mañana, mientras me visto, veo una araña pollito sobre el estante, entre los útiles de mi compañera. Desde ese día me voy a dormir a la casa de mi abuela que vive en Gonnet. Se llama Italia, tiene 92 y me espera con pizza y *Los Simpsons*. Cuando la veo así, levantada esperándome, no puedo hacerla coincidir con la suegra que le hizo imposible la vida a todos. La abrazo fuerte, le agradezco la bienvenida, y mientras agarro una porción de pizza empieza a hablarme mal de mi mamá y bien de la ex mujer de mi papá.

El primer día de facultad conozco a la Decana. Habla mucho de Néstor. Miro a mi izquierda y una chica de pelo corto y aro en la nariz la mira seria. Busco complicidad en ella, pero sólo me mira. Cuando la decana termina de hablar, nos paramos y aprovecho que pasa delante de mí y le hablo:

—Uff, qué bajada de línea ¿no?

—Soy kirchnerista —me responde.

Al otro día nos encontramos en la misma comisión y nos hacemos amigas. Tiene aros y tatuajes por todos lados, yo uso protector solar cuando salgo a la calle. Eugenia llama a su mamá cuando quiere, yo tengo que pedirle a la mía que deje de llamarme tan seguido. Sabe el recorrido de todos los colectivos de La Plata y algunos de Capital. Cuando salimos, a veces, me quedo en su casa a dormir.

Con mi mejor amigo aprendo las canciones de “No te Va Gustar” o de “Las Pastillas del Abuelo”. Cuando termina el ingreso, le confieso que no me gustan esas bandas.

Eugenia dice que no entiendo el proceso histórico que estamos viviendo. Le digo ¿y el genocida de Insfrán? Al otro día me dice:

—Vos sos kirchnerista, lo que pasa es que todavía no te diste cuenta.

Me mudo a un departamento en 14 y 61 con una lavandería en la puerta. Por doce pesos me lavan las sábanas, las toallas y la ropa. Una noche me olvido de ir a buscarlas y cubro el colchón con repasadores y una toalla. Mi vecina del departamento de arriba es una mujer que limpia a la medianoche, muchísimos muebles que corre y tira y estalla contra el piso que es mi techo.

Mi vecino de al lado no es estable. Van cambiando. Pero todos, al menos dos veces por semana, suben el volumen a “Dread Mar I”. La primera vez me la aguanto, porque estoy contenta de vivir sola. La segunda vez me levanto de la cama, abro la puerta, y me arrepiento. La tercera vez agarro el gas pimienta. Le golpeo la puerta. Nada. Le toco el timbre. Nada. Espío por la cerradura: hay un hombre de unos treinta mirando la computadora. Me cuelgo del timbre. Vuelvo a mi departamento y pienso en llamar a la policía, pero la policía me da

miedo, así que prendo la televisión y me duermo con “Los Simpsons” de fondo y con un lejano *Y ahora estaaaas, tú sin mí, y qué hago con mi amooor, el que era para ti, y con toda la ilusióooooon...*

El vecino del fondo no hace ruido, es un tipo grande, con anteojos culo de botella. Una noche bajo a sacar la basura y me lo cruzo en pijama y pantuflas, con un gorro celeste con pompón y un sobretodo de cuero.

Desde que vivo en La Plata, mi hermano se separa de su novia después de ganar el Pro.Cre.Ar, mi otro hermano es papá por primera vez y mi hermana se separa, se pone de novia, saca el Pro.Cre.Ar y es madre por tercera vez. Mi abuela se hace cantante de tango y aprende a usar Facebook. El otro día me etiquetaron en un sorteo para un libro y ella comentó que los amaba a todos. Después subió una foto en la que tengo nueve años y estoy sentada en las piernas de una estatua de Ronald Mc Donald. La oculté de mi biografía, la llamé y le pedí que dejara de etiquetarme.

Silvana Casali: biografía no autorizada de una escritora kirchnerista (Cruzado de Facundo Solfa a Silvana)

A un año de su consagración, luego de ganar el Concurso de Relatos Breves Osvaldo Soriano, promocionado por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, con su relato "Huesitos", repasamos la vida de la escritora marplatense: los traumas de su infancia, su relación con el conductor televisivo Eduardo Feinmann y su conversión política al kirchnerismo.

Silvana Casali nació en Mar del Plata a principios de la década del 90 o a finales de los 80, los datos no quedan claros, pues la escritora se ha negado a especificar su edad con certeza. Desde el principio, nos encontramos con que Silvana no tuvo una infancia fácil: la ausencia de sus padres (y en especial su madre), quienes parecen no haberle prestado demasiada atención, le dejarían una angustia que atravesaría toda su vida hasta la actualidad; en su paso por la escuela no se libraría de sufrir bullying (sus compañeros se burlaban de ella porque usaba lentes), e incluso experimentaría una serie de fracasos amorosos desde la precocidad de la guardería (su primer interés romántico la rechazó por usar chupete).

Ya adolescente, Casali tuvo un comienzo dudoso en la facultad de Filosofía de Mar del Plata. Según la biografía oficial, la joven dudaba de si su vocación estaría realmente en la filosofía o en alguna rama más artística, como la actuación (se declara admiradora de **Luciano Castro**) o la literatura. Todavía faltaba mucho para que llegara a consagrarse en el mundo de las letras, pero ya, desde ese entonces, manifestaba su interés por autores clásicos indispensables, como **Julio Cortázar**, y hasta se atrevía a leer autores más osados como el pornográfico **Arthur Miller**. Por otro lado, su pensamiento filosófico sigue la orientación de un conocido profesor de la facultad, al que Silvana prefiere no mencionar directamente, pero sobre el cuál se dice que está vinculado a la vedette **Moria Casán**; Casali afirma haber sentado sus bases filosóficas en un libro de dicha personalidad, el cual compró siguiendo una recomendación de **Alejandro Dolina**.

A fines de su primer año en la carrera, sintió la necesidad de dejar la facultad y quiso irse a la ciudad de La Plata a estudiar música, siguiendo un impulso infundamentado: aquí intervino su madre, haciéndola entrar en razón (para los que no leyeron la biografía oficial de Silvana: la mamá le dice de forma muy cruda pero práctica que no sea ridícula, que qué va a estudiar Música, si tiene menos música que los **Ataque 77**). De todos modos, ese año no se animó a abandonar el nido y se quedó en Mar del Plata. Comenzó a militar en un partido estudiantil de izquierda apolítica, donde debate con otros compañeros de la carrera sobre la influencia de los chinos en la política nacional (vale aclarar que aquí hubo un malentendido: ella creía que se trataba de los propietarios de los supermercados chinos, pero sus compañeros se referían a los disidentes cubanos trotskistas anticastristas).

Los compañeros de la facultad de Filosofía son dignos de hacerles un retrato: la propia Silvana se encarga de hacer una detallada lista de los malestares psíquicos que aquejan a sus compañeros. La autora de *Huesitos* no pudo evitar sentirse envuelta en la vorágine de problemas mentales, por lo que comenzó a ir al psicólogo, convencida de que tenía las mismas neurosis que los otros estudiantes. Pese a la insistencia

de Silvana en considerarse insana, los diagnósticos médicos siempre la declararon sana. Cabe preguntarse: ¿serían acertados aquellos diagnósticos? Si fuera así, ¿entonces por qué insistía ella en su inestabilidad mental? ¿No existe a caso alguna patología con ese diagnóstico?

Pero entonces, llegaría el gran momento de quiebre en su vida y que la llevaría definitivamente a alejarse de la filosofía: por primera vez se encontraría cara a cara con **Eduardo Feinman**, su amor platónico no reconocido. En la reunión, Silvana le confesó al distinguido conductor televisivo que los estudiantes de Filosofía estaban dementes y que no quería terminar como ellos, por lo que prefería estudiar periodismo. En respuesta, Feinman le dio a entender que los periodistas son todos unos charlatanes. Queda claro que es un poco extraña esta respuesta proviniendo de alguien que actualmente ejerce el periodismo, pero se puede teorizar algo al respecto: en realidad lo que pasó es que Feinmann sí quería que Silvana estudiara periodismo. Entonces, poniendo en juego el mecanismo de reacción psicológica ante la prohibición, lo que hizo fue darle una respuesta negativa para que, siguiendo un patrón de rebeldía, Silvana se empeñara todavía más con estudiar esa carrera. Así fue que, con el apoyo de su ídolo (aunque para ella la intervención de Eduardo pasaría inadvertida), Casali por fin se decidió a superar su relación de dependencia con su madre y tomó el impulso necesario para irse a vivir a La Plata.

Si bien hasta ese momento ya había dado indicios de un coqueteo político con las ideas izquierdistas, sería en la ciudad de las diagonales donde la escritora terminara de definirse. Sin duda, fue determinante el ingreso en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FdPyCS), dirigida por la decana ultrakirchnerista **Florencia Saintout**. En su biografía, la autora dedicó un párrafo a describir el método de cooptación e imposición ideológica que se opera sobre los alumnos de dicha facultad, ya desde el primer día del curso de ingreso. Es en esa misma obra en donde Casali, quien antes de ingresar en la FdPyCS se definía así misma como anarquista, cuenta cómo comenzó a sentirse cada vez más identificada con el oficialismo, hasta el punto de

que, cuando su mejor amiga (una estudiante joven y militante de La Campora) le dijo: “*Vos sos kirchnerista, lo que pasa es que todavía no te diste cuenta*” no se atrevió a desmentirla.

Además del choque ideológico del ingreso en la Facultad, Casali tuvo varios problemas para instalarse en La Plata. Sufrió, en primer lugar, con la vida de pensionista, en mayor medida a causa de su falta de conocimientos para cocinar. Su abuela paterna, quien vive en Gonnet, tampoco fue de mucha ayuda, ya que el deshilachado vínculo que la mujer tiene con la esposa de su hijo (la madre de Silvana) hizo que la relación con la nieta sea difícil; pese a los intentos de la anciana por ponerle color a la relación, la nieta no podrá superar la trama de rencores familiares que pesa sobre ella. Más adelante, decidió mudarse a vivir sola al departamento donde vive actualmente y en el que tiene problemas con sus vecinos: el consumo de estupefacientes y la costumbre de poner la música a un volumen excesivamente alto son una constante de conflicto, Silvana ha tenido que replantearse sus bases ideológicas, llegando al punto de considerar como legítima la idea de usar gas pimienta para zanjar una discusión.

A pesar de haber planteado una endeble y tímida resistencia, finalmente Silvana pudo adaptarse rápidamente y sin problemas al bunker ideológico del kirchnerismo platense que es la Facultad de Periodismo. Se cuida de no admitirse como partidaria, pero no se priva de citar a la mismísima Cristina Fernández de Kirchner, por ejemplo, y lejos de las ideas libertarias de la primera juventud, no niega mostrarse afín a la intervención policial en la solución de los conflictos privados, aun con remordimientos por sus viejas creencias.

Actualmente, la escritora se ha llamado al silencio, aunque hay rumores de que podría estar preparando una nueva publicación. Casali estaría pasando por una dura depresión y no tiene tapujos en admitirlo: “*Siempre tengo un rivotril en mi mochila*” confiesa ella misma. Así mismo, hay rumores de que Silvana podría haber sufrido presiones por parte de los nuevos participantes del Concurso de Relatos Breves Osvaldo Soriano, el cuál ganó el año pasado y que este año la tendrá

como jurado: *"Están todos tratando de sobornarla"*, advirtió un compañero de la Facultad que no quiso identificarse. Desde el periodismo independiente nos preguntamos: ¿podrá Casali mantenerse fiel a su criterio o cederá, como en el campo ideológico, a los métodos kirchneristas de lavado de cerebros? Esperamos que sea lo segundo.

Si te gustó esta nota también te puede interesar:

- Encuesta: *¿Quién será el próximo Malharro?*
- Dudas en el LITIN: *¿Se divorcia la dupla Cremonte-Arias?*
- Denuncian robo de cabritos en veterinaria: *los parrilleros en la mira*
- Polémica en el buffet: *dicen que cuesta diferenciar la azucarera del salero.*

Autobiografía de Ezequiel Maestú

El apóstol Pablo y el profeta Ezequiel. Por suerte mis compañeros de jardín y del primario nunca lo supieron. Vivo, con tan solo un par de horas, rodeado de gente que nunca antes vi: mi familia. Mis pulmones llenos de líquido son lo que obliga a mis abuelos, tíos y bisabuelos a viajar hasta Neuquén, a verme como un pescado encerrado en terapia intensiva. Mi abuelo paterno prometió un regalo al primero que le diera un nieto, por lo que se armó una pelea de egos entre sus hijos. Mi abuelo materno dice que abro los ojos por primera vez y lo veo a él, está convencido que es por eso que tenemos el mismo color de ojos. El cura del barrio también está en el hospital, tiene los dedos mojados de agua bendita y dice unas oraciones mientras los pasa por mi cabeza.

Mi familia siempre va a misa los domingos. Es casi un ritual. Mi viejo se arregla, se pone una camisa planchada por mi vieja, se perfuma y se afeita para estar prolijo. Se acomoda el cinturón agarrando la camisa adentro del pantalón. Ella se seca el pelo, se maquilla y se peina, siempre preocupada por no ponerse un escote que se considere muy provocador para una iglesia. Yo mientras espero en el asiento para beber del auto, juego a ponerme y sacarme el chupete y a revolver la mamadera por todos lados, decorando con leche todas las ventanas.

No me gusta tomar mamadera y aprendo rápido a tomar la leche en taza. Mi vieja labura todo el día así que es mi abuela la que me da la merienda. Mientras yo tomo y como vainillas, ella saca una lata vieja de galletitas llena de crayones. No me gusta dibujar, mejor dicho sí. Lo que no me gusta es esperar sacar la tapa y encontrar las galletitas más ricas del mundo y que en su lugar haya crayones. Mi abuelo hace lo mismo, pero guarda agujas de cocer, peor todavía. Los agarro, el celeste y el blanco, que no sirve para nada. No sé escribir pero veo a Racing en todos lados, en la hoja, en los parciales de los alumnos de mi vieja, en mis paredes. Racing, Racing, Racing. Mi abuela corre atrás mío puteando a mi viejo y culpándolo de haberme quemado la cabeza con un club que encima es porteño. Yo lo declaro culpable también, y me encanta. Tengo cuatro años y mi única obsesión es una vieja pelota de goma, que parece de básquet, pero no me importa, para mí es de fútbol. Las pelotas de tenis también, las de rugby, todo se pateo y hace gol. Paso días enteros usando la misma camiseta y me enojo con mi vieja cuando la lava sin mi permiso. Tengo unos botines plateados, hermosos, que me regaló mi abuelo y rompo todas las macetas del patio de mi viejo.

Empiezo el jardín. Soy el último de la fila, el más alto y el más tímido. La conozco a Florencia. Usa un guardapolvo a cuadritos blancos y rosados. Leticia, su mamá, es amiga de la mía. Tiene la nariz levantada y en punta, como si fuera un chancho. Siempre está resfriada y con los ojos chinos. Florencia es mi primera novia. Tiene el pelo lleno de rulos, color oro y bien perfumado. “La nena del pelo de los resortes” le digo a mi vieja. Me hace acordar al cuento de “Ricitos de oro” que me lee mi abuela a la noche, eso me gusta.

En mi casa se ven muchos noticieros y hablamos de toda la gente que muere por día. Mi viejo cierra todas las puertas con llave aunque estemos todos adentro. Yo veo todas las puertas del barrio abiertas y no entiendo por qué hay que cerrarlas, pero lo hago igual. A veces cuando pasa alguien que no conozco caminando por afuera de mi casa, me da miedo y subo el volumen del televisor. Mi abuela dice que mi papá es

un exagerado y mi abuelo dice que somos esclavos. ¿De qué? Le pregunto yo, grave error. Me mira y empieza uno de sus discursos:

—Esclavos del legado de una dictadura hijo —dice. También dice que somos hijos de una generación pobre, de gente que no se anima a ir a una plaza por miedo a la represión. Que mataron a la política y a las ideas. Que nos cortaron los cables de la garganta dejando inconexos el pensamiento de la voz y que la gente está cada vez más violenta por culpa de la televisión. Muchas veces dice otras cosas pero no lo escucho porque ya estoy pensando en Florencia, o en Racing o en cualquier otra cosa, ya no sé.

Es de noche y mi abuela me lee varios cuentos, *Caperucita y el lobo* y *Los tres chanchitos*, pero el que más me gusta es *Don Quijote*. La parte de los molinos me encanta. Me fascina la idea de un gordo y un flaco peleando contra los gigantes. Escucho varios párrafos sin interrumpirlos en mi mente, imagino hasta el peluquero de Don Quijote. Cierro los ojos y me sumerjo en lo más profundo de mi sueño, el único lugar donde puedo alcanzar todo lo que quiero, ser solo Ezequiel, sin profetas, apóstoles, ni noticieros.

Alan es mi primer mejor amigo. Hijo de padres chilenos. Su mamá, Luz, es como mi segunda madre. Lo conozco del barrio, de regar las plantas de la vereda con mi abuela y de la cola de la panadería. Hago la tarea apenas termino de almorzar, porque es el requisito básico para poder salir a jugar, y corro lo más rápido hasta su casa, que queda en frente de la mía. De tantas horas con él, me vuelvo un poco chileno. “Má, voy donde Alan” o “hay que lavar la loza”. Lo que no tomo como propio es la forma de desayunar y de merendar. Huevo revuelto, panceta, jugo de naranja, tostados y leche chocolatada o café con leche. Todo junto.

Es 1999, estamos por cambiar de siglo mientras asume De La Rúa como presidente. También nace mi hermano, Matías. Pido elegir su nombre para que pueda crecer sin la carga de tener el nombre de un apóstol. Mis viejos acceden sin mucho preámbulo. Les gusta mi interés en mi hermano. Tengo una colección de perfume “Paco” y “Pibes” que se acumuló cumpleaños tras cumpleaños y tengo además a mi

primera perra. Se llama May y está en la calle. Tiene una cucha con su nombre y no le gusta el alimento balanceado de perros. La saco a pasear todos los días. Tiene un entrenador de perros que es un chanta y habla todo con z. Mi viejo se da cuenta que lo único que hace es robarle la plata y no lo llama nunca más. Cumpló siete años y mi viejo me da mi primer laburo. Regar todos los días las plantas del patio y del frente de casa a cambio de cincuenta centavos. Quince pesos para un nene de mi edad son un tesoro. Descubro que lo único que quiero coleccionar son camisetas de futbol. Tengo la del Ajax de Holanda, regalo de mi abuelo materno, Hugo. Compró todas las de Racing desde que nació y consigo una que me encanta: la del Real Madrid del gordo Ronaldo. También tengo una colección de pelotas que me gusta patear contra el paredón del patio de mi casa. Mi viejo me dice que si estoy enojado me desquite pateando lo más fuerte posible.

Mi barrio puede enseñarme todas las cosas que no me saben enseñar mis viejos. Sus callejones y sus descampados en el medio me enseñan cómo vivir en soledad. Las calles del Huiliches son el terreno perfecto para una cancha de futbol. Sin pavimentar, tierra, piedra y viento. Por suerte no llueve mucho en Neuquén, cuando pasa, las calles se inundan hasta la vereda, aunque se secan mucho más rápido. Entre idas y venidas armamos el clásico barrial con los de "la otra cuadra". Los arcos son dos ladrillos. Mi cuadra no pierde nunca, lo que nos da cierto prestigio. Ganamos varias *Coca-Colas*. Adela, la vieja de enfrente de mi casa siempre nos mira, hasta nos festeja los goles. De la vieja de al lado no tengo ni idea el nombre. La conocemos por "la que no devuelve las pelotas".

Ahora, en la escuela primaria, ya no soy el último de la fila, aunque no estoy muy lejos tampoco. Me aprendí de memoria el himno de Neuquén, también el nacional, pero sólo para los actos. Izar la bandera es un orgullo. Mi abuelo me dice que San Martín es mejor que Batman, está loco. Pero igual le creo.

Mi casa tiene un patio enorme y verde. Mi viejo le dedica sus fines de semana a la jardinería. Tengo una huerta: zanahorias, tomates, rú-

cula, lechuga, papas y zapallos. Ideamos con mi abuela un sistema de riego con una botella llena de pequeños agujeros. Hicimos pulverizadores con agua y jabón blanco para espantar los pulgones y llenamos vasos de plástico con cerveza para que las babosas se ahoguen.

Todo es distinto cada vez que juega Racing. Amanezco con una sonrisa y hasta Mati tiene su camiseta puesta. Una hora parecen mil, trato de levantarme lo más tarde posible y el tiempo pasa más rápido. Me toca vivir la parte más pesada de la historia del club.

Es domingo. Estoy sentado en el sillón con mi viejo, enfrentados al televisor. Racing, primero, juega contra River, segundo. El aire es tan pesado que me cuesta hacerlo entrar por la nariz. Las cortinas cerradas. Aprendo lo que es depositar todos tus miedos en una cábala. El comentarista levanta el tono de voz; desborde de Vitali que tira el centro, el arquero de River no puede agarrar la pelota y da un rebote. Bedoya, el colombiano, llega de frente, corre como un toro y golpea con violencia la pelota con su pierna zurda. Explota el ángulo izquierdo del arquero al mismo tiempo que una avalancha que sale de Avellaneda llega a mi casa. Gol. Mi viejo estalla. Agarra con fuerza una de las sillas de caño y la sacude contra el piso, todo lo que tiene cerca lo convierte en una especie de quitapesares y lo revolea donde el corazón lo manda. Putea. Esas puteadas hermosas, necesarias, que por más desagradables que sean no son más que el alivio de un corazón que nunca dejó de latir, pero que ahora lo hace con más fuerza. Treinta y cinco años sin poder salir campeones y ahora Racing, nuestro amado equipo está por lograr la hazaña.

17 de Diciembre de 2001. El país se cae a pedazos, Racing sale campeón y algo me dice que todo está en su lugar. Se siente otro aire en el ambiente, el cambio está cerca. Mientras festejo el campeonato me acuerdo de las torres gemelas. Veo a un presidente escapar en un helicóptero y por una semana entera siento la sensación de pasar por infinitos badenes. A lo lejos, veo que Racing es pueblo y veo que el pueblo se levanta. A lo lejos, siento que alguien viene a salvarme.

Tengo once años y no soy capaz de elegir un colegio secundario. Mis amigos van a uno público. Yo quiero ir al colegio técnico, pero una red de prejuicios míos y de mis viejos lo impide y termino yendo a un Bachillerato con orientación Ecológica.

7:40 de la mañana. Pibes con cara de dormidos escondidos en un uniforme bordó. Filas de estudiantes que al estilo *The Wall* de Pink Floyd, rezan una oración de entrada al colegio.

No logro adaptarme al lugar, tengo compañeros pero no los considero amigos. Huelo una distancia entre sus palabras y la verdad. Lo conozco a Fabri, él es como yo y es mi único amigo del colegio. Él escucha *Hardcore* y yo La Renga y Viejas Locas. Nos rateamos de las clases de catequesis y cuando hay misa nos vamos a tomar mates con uno de los porteros.

Me doy cuenta de que lo mío son las letras. Mi abuela deja de leerme en las noches y yo empiezo a leerle a mi hermano. Detesto los números y apruebo matemáticas macheteándome el teorema de Pitágoras. Redactar composiciones literarias es mi tarea favorita dentro del colegio. En Literatura leemos textos que critican y cuestionan la autoridad moral que se nos impone. Así, empiezo a tomar conciencia, empiezo a ver quién quiero ser. Devoro en dos horas *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh.

Aparece por primera vez en mi cabeza la idea de un mentor. Florencia, profesora de Lengua y Literatura y Santiago, profesor de Técnicas de Estudio. Se encargan de enseñarme a ver lo que hay detrás de lo que se muestra. Florencia me muestra a Allan Poe y Raymond Chandler, me vuelvo adicto al policial negro. Santiago me impulsa en el periodismo y me muestra la mejor cerveza de Neuquén.

Todos los viajes son iguales. Mi vieja ceba mates para todos y mi viejo le echa la culpa al resto cuando se equivoca en la entrada de la autopista. A mitad de camino nos encontramos con mi tío, mi tía y mis primos. Cuando llegamos a la playa, casi siempre es Necochea, armamos una comunidad paralela al mundo y en quince días comemos entre tres y cuatro vacas, y catorce kilos de churros con dulce de leche. Mi

primo Marcos y yo crecemos y vivimos las cosas con menor intensidad que antes. Quince días de vacaciones en familia nos parecen ahora una tortura. Sentimos la necesidad de estar rodeados de amigos y encontramos un respaldo el uno del otro. Nos volvemos inseparables.

Es 2009 y siento que crezco meses en semanas. La Ley de Medios, Maradona como DT de la selección. Ese mismo año dejo de mirar televisión y armo una lista de gente a la que no vale la pena escuchar. Logro aprender de memoria las definiciones de *capitalismo* y *comunismo*. Tengo diecisiete años y ya no festejo la navidad. Tampoco comulgo más y ahora voy a la facultad. *El Contrato Social* de Rosseau marca mi vida para siempre y *La Republica* de Platón me ayuda a cuestionar cosas que yo daba por ciertas.

Hay alerta por Gripe A y no puedo salir a la calle, se paga la deuda externa y no me entero. Las cenas familiares ahora son rápidas y mudas. A veces me llevo el plato a la habitación porque no me gusta rezar y a mi vieja le molesta. Me vuelvo la víctima de la infelicidad de mis viejos y empiezo a alejarme de todo. De a poco la relación con mis viejos se vuelve tensa. Producto de mis ganas de hablar y de sus pocas ganas de escucharme me voy de mi casa. Estudiar derecho y pelearme con mi primera novia son mis hobbies del momento. El resto del día dedico mi tiempo a trabajar en un kiosco y así conozco gran parte del under del centro de Neuquén. En la casa de Lucía, a quien no veo hace años, se miraban los mismos noticieros que en mi casa.

Es jueves a la noche, escucho por primera vez Serú Girán teniendo 17 años y no me lo perdono. Mientras suena *A los jóvenes de ayer* un amigo le da mecha a un faso que le regalaron y abre un vino en caja. Esa noche me acuesto por primera vez con una chica con la que no me une más que el momento y el alcohol en la sangre. Entiendo así lo que es vivir para crecer, y crecer para olvidar.

Una fuente de acero inoxidable es mi heladera en el frío del balcón, mi campera para nieve es mi sabana y mis cubiertos son un juego de plástico que pedí en una estación de servicio. Mi celular no tiene nunca crédito, pero las llamadas las recibía igual.

—¿Hola?

—Hola hijo. ¿Te querés ir a vivir a La Plata?

—...

—Vos siempre lo quisiste. Creo que es una buena oportunidad.

El colectivo sale un viernes a las 20:30. La ruta se fue tiñendo de campo y los edificios se transforman en cercos de madera y alambre. Las ventanas del colectivo se empañan y me pongo los auriculares para escuchar el partido de Racing.

Me voy sabiendo que nunca voy a volver, sintiendo la sensación de que mis viejos nunca van a estar orgullosos por no ser lo que ellos quieren. Cruzo un par de palabras con la chica del asiento de al lado y cuando me quiero acordar estoy en la autopista Buenos Aires- La Plata.

La humedad me engrasa la cara, no la soporto. De mi espalda cuelga una mochila y un bajo eléctrico. Paro en todas las esquinas, todavía no conozco el orden de las calles y cada tanto me cruzo con una diagonal.

Doy vueltas por todo La Plata buscando la dirección. Llego, una hora tarde, pero llego. Toco timbre y detrás de una puerta antigua de madera, de esas que parece que están hechas para que pasen gigantes, aparece un negro. Tiene la barba bien recortada y me da envidia, la mía siempre está desprolija y crece para cualquier lado. Quiere ser musculoso, pero no lo es, tampoco lo sabe y usa remeras ajustadas que lo dejan en vergüenza. Tiene además miedo de mirar fijo y toda la autoridad que quiere imponer se pierde en el show de sus ojos. De izquierda a derecha, de arriba abajo. Atrás, un gran pasillo lleno de puertas a un lado y ventanas al otro, paredes rojas y poca luz.

La pensión de Tita en 1 y 61 es el lugar en el que pase mi primer año en La Plata. No tenemos lavarropas y hay un gato lleno de pulgas. Hace pocas semanas le pegaron una patada que le abrió la panza a la mitad así que ahora solo duerme. Parece más un cadáver que un gato, pero vive.

La facultad de Periodismo me recibe de la mejor forma y automáticamente me enamoro de su gente y su forma de ver las cosas. Una noche sueño que Eliseo Verón me ceba mates y me dice que

tengo que aprender a leer los discursos. Esa mañana amanezco picado por pulgas.

Cada tanto siento volver al recuerdo de las despedidas en la terminal como si fueran un cuadro de Quinquela Martín. Lleno de colores, de personas y de agua. Puedo ver a mi familia entera saludando. También puedo extrañar el café que me hacía Lucía, sus tetas también.

Vivir en La Plata me acerca mucho a mi primo, que pasa de ser mi amigo a ser mi compañero de cancha. Viajo todos los días en tren hasta Avellaneda. Desde las vías se ve el estadio y es hermoso. Desde que llegué a La Plata no me perdí más que un solo partido. Sentí ser parte de la reconstrucción del club. Las tribunas siempre están llenas de gente, que salta y canta haciendo temblar las columnas de cemento. Las bengalas están prohibidas, así que cada uno ilumina con el flash de su celular haciendo un show igual de hermoso. 14 de Diciembre de 2014, Jugamos a las 20.30, son las 15 y ya estoy en la cancha. Ese día vamos a salir campeones, todos los sabemos. Otra vez soy feliz, pero ahora soy participe de todo. No tengo plata para una cerveza, así que pido un trago para sellar la felicidad y me tomo, con mi primo, un bon-di al obelisco. Son las 4 de la mañana y seguimos ahí. Los jugadores de Racing llegan en un colectivo, fuegos artificiales, cerveza, fiesta.

Vivo un año entero en la pensión y no la soporto más. Me mudo con dos amigos a un departamento en 7 y 56 y me convierto en el cocinero de la casa. No tengo cama, pero tengo suerte y me encuentro una en la calle días después de mudarme. Colchón tengo, aunque está lleno de humedad. Veo por primera vez en mi vida una serie, *Breaking Bad* e intento ver *Game of Thrones*, pero no consigo agarrar el hábito. Formo con 4 amigos más una banda y de a poco mejoro en el bajo. Conozco música nueva, nuevos escritores también, me enamoro perdidamente de la Revolución Rusa y de Lenin. Tengo un cuadro de él y otro de Néstor, hincha de Racing. Racing es pueblo. Seguro Lenin también era de la academia.

Las calles platenses son distintas. Acá no frenan. Ahora laburo de árbitro y hay veces que no me gusta tanto el fútbol. El otro día tuve

que ver de cerca como le bajaban a trompadas tres dientes a uno. Ahora quiero renunciar. Pero pagan bien y necesito la plata.

Mi vieja viene a visitarme por primera vez en tres años. Hace meses que no me afeito. Le pido que me traiga los diarios fachos de Neuquen para ver las noticias. Martín y Joaco, mis compañeros de techo, me ayudan a ordenar y limpiar el departamento. Lavamos los pisos, el baño y hasta las ventanas. Es jueves, son las cuatro de la tarde y no hay ninguna biblia en mi biblioteca. Entra mi vieja por la puerta y antes de saludarme se queja de la mugre. Yo no veo todo tan sucio, tal vez no me importa, así que preparo mates. Tengo un compañero misionero con el que siempre me confunden. Debe ser que tenemos los mismos lentes. Él leyó un libro de cómo hacer mate, así que aprendí de verlo.

—Mirá esas ventanas, ropa sucia, olor a humedad, la cocina es un asco y del baño mejor ni hablar—dice mi vieja.

Me quedo con el mate en la mano, veo como mi vieja limpia todo. En los descansos del trapo contra el piso se hace un tiempo para escucharme. Pide algo de comida a un delivery y comemos todos juntos en una mesa redonda. Le molesta que esté la TV pública puesta apenas prende el televisor. La casa brilla tanto que no deja vernos a la cara.

Los invadirá el pánico (Cruzado de Sofía Feinstein a Ezequiel)

Estaba en medio de la arena, a orillas de un río desconocido. Se abrió el cielo y tuve visiones divinas. La palabra del Señor llegó a Ezequiel, a orillas del río, la mano del Señor descendió sobre él.

Esa voz me dijo — Levántate, Hijo de hombre, porque voy a hablarte.

Cuando me habló, un espíritu entró en mí y me hizo permanecer de pie, yo escuché al que me hablaba. Él me dijo — Hijo de hombre, ha llegado el momento de terminar con esta mentira. Tú me has seguido bien, has encontrado la hipocresía en tu entorno. La has detestado. Has visto a mentirosos resguardarse en las palabras del libro sagrado. Yo te envío para que les digas “así habla el Señor”. Y sea que escuchen o se nieguen a hacerlo, sabrán que hay un profeta en medio de ellos. En cuanto a ti, Hijo de hombre, no te acobardes, ni tengas miedo de lo que digan. Tú les comunicarás mis palabras, sea que escuchen o se nieguen a hacerlo, se rebelarán, intentarán atacarte. Resiste, te protegeré.

Resistiré. Caminaré entre ellos y les diré.

La corbata estaba prolija. Era el último en la fila. Veía el mástil y la picadora de carne. Recitaba la entrada al cielo. El cura no me miraba, yo tampoco lo miraba. Nos hacían pasar de a uno, nos hacían subir las es-

caleras. Delante de mí, una chica se resistió a subirlas. Uno la empujó. El profesor de matemática. Caminé como todos. Subí las escaleras y entré.

Era un dolor interno, te quemaba por dentro. Sentías como tu cabeza se golpeaba contra las paredes. No, no te vayas. Le pedías desesperado. Se iba. Se alejaba. Te decían que repitas. No... Repetías. Lo hacías. Cuál es la segunda ley de Newton. Cuál es el clima del Mar Mediterráneo. Calcule el coseno.... lo hacías. El lápiz se movía por la hoja. Arrastrabas la viruta y se te iba quedando pegada en la mano. Una línea rebelde en un margen, eso sólo te podías permitir. La seguridad de los límites te dejaba continuar en el letargo. La picadora seguía procesando. Era un zumbido que te partía el tímpano. La carne caía en forma de tiras nauseabundas.

Fuiste al baño. Me dolía demasiado, la cabeza me dolía. Me miré en el espejo y tenía ojeras. Había dormido bien, me había acostado temprano, me había despertado antes de que sonara la alarma. Eran las 10.30 del 31 de julio de 2002. Me refregué los ojos. Abrí la canilla y me mojé la cara. Creí que tenía fiebre. Entré a una de las cabinas del baño y cerré la puerta. Las náuseas aumentaron y vomité.

Nunca tuve buena puntería.

Salí de la cabina y el timbre para salir al recreo estaba sonando. En unos segundos, el baño iba a estar lleno de adolescentes vestidos exactamente iguales que iban a usar el baño como refugio para fumar. La cabina había quedado en un estado desagradable. Decidí irme del baño.

El pasillo estaba lleno de gente y, pegado a la pared, caminé hasta la puerta que daba al patio. Necesitaba un poco de aire.

—Ey, qué hacés— Desconcertado, miré para todos lados—... estás pálido ¿Te sentís bien?—Alguien me puso la mano en el hombro. Yo me sacudí. Levanté la vista.

—Perdoná. Me parece que estoy un poco descompuesto. Voy a salir un rato.

El viento constante sacudía los árboles. *Mirabas al cielo, como si nunca hubieras sido consciente de su inminencia. Hijo de hombre. Alguna vez sentiste que este era tu destino. Tu cuerpo mortal es endeble*

pero resistirá los acontecimientos venideros. Has dejado de lado lo que querías. Te has amoldado a esto. Tu naturaleza te obligará a no poder resistirte. Así habla el Señor. Tú lo eres y lo sabes.

Me senté en el piso contra una pared. Estaba mareado. El frío no me preocupaba, ni tampoco las pequeñas gotas que caían. El zumbido me perforaba el tímpano. Tenía hambre. Quería que el tiempo se detuviera y el timbre no volviera a sonar.

La gota que se estaba resbalando por la punta de mi nariz se quedó ahí. En la punta. Cayendo. Detenida. Miré a los árboles y el viento los había deformado, ahora estáticos. Hojas a medio caer flotaban. Me paré. Entré corriendo. Adolescentes vestidos iguales, detenidos, estatuas sin respiración.

Al final del pasillo había una mesa dorada. Una mesa que nunca había estado allí. En ella, una hamburguesa con queso me esperaba. Me senté. El hambre me retorció el estómago. Di el primer mordisco.

—ME ALEGRA QUE HAYAS DECIDIDO HACERME CASO.

Solté la hamburguesa y salté de la silla. Di un par de pasos hacia atrás. Un hombre. Una sombra estaba delante de mí.

—DALE, SENTATE Y SEGUÍ COMIENDO.

Yo no me moví. No tenía ojos, ni cara. Su cuerpo estaba hecho de negritud, no era humo, no eran sombras, no eran telas. Era oscuridad. Su cuerpo no tenía límites, se perdía en el espacio. Estaba sentado del otro lado de la mesa. En su mano izquierda, un par de dados pasaban entre los dedos. Era el único color que resaltaba. El blanco de los dados, el color hueso.

—RELAJATE. DETUVISTE EL TIEMPO. INVOCASTE COMIDA ¿YO TE DOY MIEDO? YO NO SOY NADIE.

Nadie era una buena explicación. Los dados seguían pasando entre sus dedos inmatereales. Nada tenía sentido. Nada podía estar pasando. Me separé de la pared. Me fui lentamente acercando a la silla, sin sacarle la mirada a la sombra que impasible seguía ocupando el otro lugar. Ya sentado, agarré la hamburguesa que había caído intacta en el plato. La sombra estaba ahí.

—¿VAS A HABLARME?

Su cara no tenía expresiones pero su voz denotaba hastío.

—Sí —Le dije inseguro.

—HMMM...

—¿Qué es esto?

—UNA PREGUNTA UN TANTO INADECUADA ¿NO TE PARECE? DETUVISTE EL TIEMPO, INVOCASTE COMIDA... “¿QUIÉN SOS?” ME PARECE QUE ES UN TANTO INADECUADA. VOS LO PODÉS RESPONDER, MEJOR QUE NADIE.

Los dados seguían girando entre sus dedos. Seguí callado.

—¿EN SERIO? NO PUEDO CREER QUE TE TENGA QUE ESTAR EXPLICANDO ESTAS COSAS... BUENO, A VER... EL MUNDO TIENE QUE SER DESTRUIDO Y VOS SOS EL ELEGIDO. TUS PADRES NO SON TUS PADRES, VOS NO SOS VOS, ESAS COSAS. ESA VOZ QUE TE HABLA MIENTRAS DORMÍS NO ES NORMAL. HOY VOMITASTE PORQUE NO ESTABAS SIGUIENDO LAS REGLAS Y POR ESO TUVE QUE VENIR A VERTE ¿ESTÁ CLARO?

Lo miré. Tragué el pedazo de hamburguesa que acaba de morder y vomité.

—EHMM NO SÉ SI NO FUI CLARO O VOS TENÉS SERIOS PROBLEMAS ESTOMACALES. A VER, A VER...

Los dados cayeron de su izquierda y golpearon la mesa. Unos dibujos que no logré identificar quedaron en las caras superiores.

—SENSACIONAL. VAMOS A DESPEJARNOS UN RATO.

Pestañeé. Cuando volví a mirar, la sombra estaba parada al lado mío. Un camino largo estaba delante de nosotros.

—DALE. NO TENGO TODO EL DÍA. ACÁ VAS A DEJAR DE TENER ESAS REACCIONES UN TANTO MUNDANAS.

¿Mundanas?

—Sí, DIJE MUNDANAS.

—Yo no dije nada... — comenté asustado.

—PENSASTE DEMASIADO FUERTE.

—¿Los pensamientos tienen fuerza?

—Y DECÍAN QUE IR A LA ESCUELA TE PODÍA RESULTAR BENEFICIOSO... SÍ. PERO NO QUIERO QUE HABLEMOS DE ESO. TENES UN DESTINO QUE CUMPLIR Y NOS QUEDA POCO TIEMPO.

—No sé de qué estás hablando.

—ME DA IGUAL. APOCALIPSIS. DESTRUCCIÓN. BLA BLA BLA. ESAS COSAS. SUCEDEN CADA TANTOS MILENIOS Y BUENO, HAY VECES QUE TENÉS MEJOR CONCIENCIA QUE OTROS. EN ESTA OPORTUNIDAD NO TUVIMOS SUERTE, PARECE.

—¿De qué estás hablando? ¿Yo ya hice esto antes?

—SÍ, DESTRUISTE JERUSALEM. PERO ESA VEZ ACTUASTE UN POCO MÁS RÁPIDO, ME PARECE, O POR LO MENOS DECIDISTE SEGUIR LAS INSTRUCCIONES. ESTO DE QUE SEAS ADOLESCENTE NO ESTÁ DANDO BUENOS RESULTADOS. VOY A SUGERIR UN CAMBIO PARA LA PRÓXIMA VEZ, NO PODEMOS SEGUIR ESCUCHÁNDOTE CON ESO DE PROBAR COSAS NUEVAS, QUERER SER ADOLESCENTE. BUENO, NO DILATEMOS MÁS ESTA SITUACIÓN QUE NO QUIERO TENER ENOJOS DE ALLÁ.

Luego de decir esto, los dados volvieron a caer de su mano.

Estaba de nuevo parado entre muchos adolescentes vestidos iguales. El timbre estaba sonando. Sonreí y empecé a caminar hacia el aula. Me fui aflojando la corbata. Me pasé la mano por el pelo, intentando parármelo un poco. Vi como la profesora de inglés caía. Sabía qué hacer.

Hijo de hombre. Estás listo. Los invadirá el pánico, habrá confusión en todos los rostros. No saciarán su avidez en el día del señor, ni llenarán sus entrañas. Los convertiré en inmundicia, serán botines de una guerra perdida, despojos de los impíos de la tierra. Llevarán a cabo una matanza que terminará con su olvido ¡Llegará la angustia! Vendrá una desgracia sobre otra, buscarán la paz, pero ya no lo tendrán. Temblarán las manos de todos. Yo los trataré conforme a su conducta y los juzgaré según mis juicios y sabrán que yo soy el Señor.

Autobiografía de Lisandro Monzón

El edificio en el que nazco y crezco está a dos cuadras del Río Paraná, límite entre Posadas y Encarnación. Desde allí se ve el Puente Internacional, el agua y la costanera, la copa de los árboles, las calles de cemento del Barrio Villa Sarita y los perros. Un día un amigo comparte su visión desde esa altura: los techos de los colectivos nunca se limpian. Lo hace desde cierto privilegio. Nadie dice nada. La cancha de Guaraní está a dos cuadras y desde una ventana se ve la mitad del campo de juego. Dicen que veo los partidos. No, digo, ni nunca fui a la cancha.

Hay una foto en la que estoy con zapatillas de lona rojas y un jardinero de jean. El flequillo desparramado y la sonrisa a cámara, rodeado entre varios brazos. No se ve debajo, pero esa remera de mangas amarillas tiene en el pecho el dibujo de un trofeo en medio de papel picado y puños sombreados en tensión. Todos con un vaso en la mano, las sillas desocupadas y música sonando en la galería, pero tu mamá se quedó parada, dice Gerardo década y media después, parada como perdida en el mundo.

Los hombres que habían venido a la fiesta, entre ellos papá, se dividieron las manzanas para buscar a un nene de tres años. Jadeaban al llegar a cada esquina. Caminaron por las casas cercanas pero nin-

guna persona aparecía. A dos cuadras de distancia, fueron los ojos de mi papá los que se encontraron con los de la nena, estaba con una vecina que por algún motivo, sabía dónde podría estar. Cabalgaba sobre esos hombros y sus rulos me picaban la rodilla. Con una mano me rascaba y con la otra agarraba el chupetín que me había dado. Hizo el traspaso a papá y volví a la fiesta, con un chupetín en la boca.

El festejo se hizo en la casa de Ñu Porá, un barrio a diez kilómetros del centro de Posadas, donde mis padres comenzaron a convivir una vez recibidos y trabajando de docentes. Compraron los terrenos y papá diseñó el plano de la casa. Galería, entrada, jardín, parrilla.

La Piccita es un cuarto de dos por dos con herramientas, una escalera plegable, un ventilador con las aspas rosando el techo y los estantes cubiertos por filas de frascos de vidrio, los de mermelada, llenos de tornillos, tuercas y arandelas.

La puerta es de una madera maciza y barnizada, con cerradura y manija de hierro. Tiene un candado que sólo abrimos papá y yo. Subo el escalón y deslizo la bolsa de pelotas hacia afuera. Desato el nudo del poncho de tela y elijo con cuál jugar. Los pedacitos de pasto se pegan al cuero por el rocío.

Fueron tres las veces que entraron para robar: una bici, una caja de herramientas de madera, una licuadora, la ponchada y el taladro industrial de papá. Ya no buscamos nada juntos, allí en La Piccita.

A los muñecos los coloco en fila, sobre el borde del balcón del departamento. Cuando vuelvo de la cocina, mientras cruzo el último umbral, dejo de tomar el agua del vaso. Los muñecos se caen. No tengo llave propia del departamento.

En los años siguientes lanzo cualquier objeto desde el balcón o alguna ventana. La primera vez son lápices de colores. Aguanto la respiración mientras los palitos de madera giran en el aire. Abajo gritan algo.

Agarro un huevo y voy a la ventana. En la vereda, un hombre seca el capó del taxi. Abro la ventana y el huevo cae sobre el capó. Observo entre las cortinas. El hombre agita el brazo. Camino hacia adentro y espero. Repito la acción dos veces más.

Con Chero, un amigo del barrio, lanzamos un pedazo de loza desde la terraza. La cosa traspasa sólo el techo de chapa del lavadero, que está al lado.

Un lunes de tarde, desarmo un autito y le saco el motor. Lo tiro y choca contra la baranda del balcón de la casa de enfrente. Ese día, mientras me sirvo un vaso con agua, papá entra a la cocina con algunas preguntas.

Nací un 2 de mayo. Gusto de ese número 2: es casi el primero. Cada madrugada, mamá y yo bajamos por el ascensor hasta la cochera para ir al colegio. Después de veinte segundos y nueve pisos, la cosa se detiene. Abro la puerta y bajo el escalón. Corro para llegar a nuestro auto.

Fuera del aula, Pedro es el primero que quiere ser mi amigo. Corro con la pelota y relato jugadas en el patio de Ñu Porá cuando, trepado desde un árbol de níspero, me llama con un ruido que hace con la boca. La primera vez lo escucho y no lo veo. Las demás igual, hasta que Pedro grita.

En el equipo del barrio están Pascual, Silvio, José, Zurdo y el mismo Pedro. Los dos primeros son hermanos y el Zurdo es el hijo de la peluquera. José nos saca diez años. Se arman equipos. ¡José!, grita uno. Él camina y el resto lo mira. Yo no.

El día del uno vs uno me toca contra él. Mi plan: conocer la cancha y marearlo. Hago algunos goles. Al final pierdo. El primero no valió, había dicho José. El sol se esconde y papá me llama a gritos desde casa. Pienso en el fútbol.

Cuando tengo mi primera llave del departamento, puedo decidir cuándo comenzar mi torneo. Interpreto una Copa del Mundo, los equipos y jugadores. Diseño el fixture y hago varios bollos con unas hojas hasta unificarlas con cinta. Prendo la luz en cada habitación y saco todo lo que está en el piso.

Vacaciones en Mar del Plata. Acá papá, digo. Gira sobre sí y frunce la cara. Yo también frunzo la cara y me tiro al piso. Las personas recorren las vidrieras y frenan antes de chocarme. Yo no los miro a ellos, sí

a papá. Él apura el paso y me alza de la mano. Quedo suspendido en el aire, moviendo los pies.

Entramos con papá y mamá a un local donde venden sweaters. Me siento a esperarlos en una silla. Salgo afuera. A través del vidrio cuento veinte entradas al probador. Una hora de espera y salen sin bolsas. Papá abre la puerta y camina por la vereda abrazado a mamá.

Le propongo a papá dejar el tejo y el fútbol. De mañana vamos a la Playa Punta Iglesia y me levanto la visera al señalar con el dedo. Papá golpea la madera con el nudillo y presiona la pelota. El mango es más grande que la palma de mi mano. La pelota pica en la arena y la cara de papá se estira. Conozco esa cara, la usa en el epílogo de las discusiones. Ríe. Dice que la pelota picó adentro. Dice haberme ganado. Sos casi el primero, dice.

Autobiografía de Chori Aramburu

Un inútil e indefenso ser humano de cinco kilos apareció en el año noventa y tres. Se sabía de antemano que me llamaría Isidoro, como mi viejo, mi abuelo, mi bisabuelo y como debería llamarse mi hijo mayor, si alguna vez lo tuviera.

—Es gigante —decían las viejas teñidas, con ruidito de pulseras metálicas y perfume exagerado, yo seguramente intuía cierta ironía, al verme diminuto frente a las monumentales y prehistóricas señoras, que quizás me apretaban los cachetes primero y después se preguntaban por qué lloraba.

Llovía, eran las tres de la madrugada y a pesar de que el otoño apenas asomaba, la primera inhalación casi pura del exterior fue seguramente bajo cero. Cosas que pasan en Ushuaia. Mucha gente iba a mi casa para conocerme, era algo así como un gnomo rockstar, status que en mi familia dura cerca de un año.

Tenía siete hermanos, en ese momento, pero entonces no lo sabía. Solo una era de mi tamaño y yo disfrutaba de golpearla, según me cuentan. Ella me puso el apodo. Como no le salía decir Isidoro, me decía “choro”. El “choro” paulatinamente se convirtió en “chori” y dejé para siempre de ser Isidoro, salvo en el DNI y en la facultad, cuando toman lista.

Cuando tenía más o menos un año, mi hermana me uso como tabla de snowboard para bajar por las escaleras de casa. Ella dice que sonó el teléfono y bajó corriendo, cargándome en brazos y se cayó. Todo mentira. Lo que es verdad es la culpa, que todavía le veo en los ojos cuando me mira.

Me quebré una pierna y estuve enyesado durante unos meses, desde los dedos hasta la cintura. Era un bebe bastante pesado como para que la gente me tuviera en brazos todo el día, pero tampoco podía gatear, por el yeso que me cubría la mitad del cuerpo. Por eso, instalaron en el living de casa una especie de hamaca. Era una sillita de plástico colgante, que tenía ajustada una bandejita, donde ponían algún juguete y ahí me dejaban colgado durante horas.

Patético. Como un perro-lámpara o algo parecido. Pero el huesito se regeneró y me sacaron el yeso, justo para la época en que nacía mi hermano. Emiliano hizo un pacto con mi hermana, como en el T.E.G, para eliminar al dictador Isidoro. O por lo menos así lo veía yo en ese entonces y no dudaba en fajarlos cuando podía, o cuando los grandes no me veían.

Lo que conté hasta ahora es una mezcla de recuerdos borrosos e historias que me contaron. O quizás me lo hayan contado tantas veces que inconscientemente les hice un lugar entre los recuerdos. Es algo así como la prehistoria de mi vida. A partir de ahora, voy a contarles las cosas que nadie me contó y por eso intuyo que sí son recuerdos reales, en mayor o menor medida.

Todo empezó con colores. Pero cada color tenía un olor, es difícil de explicar. A veces veo un color brillante, flúor y huelo a plástico o a mierda o a pólvora. Y a la vez viene la imagen de una especie de basquetbolista de traje o de un escenario inmenso, como un valle o una montaña, o simplemente un espejo donde me veo diminuto como una cucaracha entre rascacielos.

Entonces yo les pego a mis hermanos, mi vieja es joven y llora y mi viejo todavía tiene pelo y me agarra del cuello o tira tazas contra la pared y el piso y después se va. Escucho un portazo, lo escucho ahora y tiemblo, existe el olor a portazo, lo siento ahora mismo. Me escond

debajo de la cama de la pieza del fondo y no salgo hasta que todos duermen. Nadie se pregunta dónde estoy.

La realidad está formada por fechas y nombres que guardo como bolitas en un frasco. Lo demás son sueños que dicen cosas pero no tienen mucha importancia. La capital de Alemania es Berlín, Maradona nació el treinta de octubre del sesenta, Uruguay ganó dos copas del mundo. La escalera de mi casa tiene catorce escalones. Los perros te muerden, pero después te curás. La gente se muere y los demás se esconden tras una puerta a llorar, pero, si te acercás lo suficiente, los escuchás.

—Choro tuvo cuatro años desde los tres hasta los nueve —dicen mis hermanos y se ríen. Y todavía no me creen nada de lo que les digo. Lo que pasa es que cuando tenía cuatro años empecé a ponerle nombre a las cosas, a organizarlas en bibliotecas imaginarias, facilitando mi entendimiento y capacidad de relacionar eventos, olores, colores, sonidos, números y caras.

Cuando tenía cuatro años, se retiró el Diego. Las camisetas de fútbol más lindas son las del año noventa y siete. A “Medio”, mi primer perro, se lo llevaron al campo ese año. Al campo santo. A partir de ahí empecé mi curiosidad desesperada, quería saberlo todo y por eso los grandes me odiaban. ¿Por qué se dice por qué cuando uno no entiende algo? Mi viejo se enojaba, pero después sacaba pecho con los amigos.

—Choro ¿cómo forma el Pincha esta noche?

—Bossio; Scaloni, Prátola, Craviotto y Azconzabal; Cascini, París, Mazzuco, Capria; Fúriga y Romeo —decía y mi viejo me tironeaba la crin en paradójica intención de afecto.

Estoy convencido de que a los cuatro años sabía más cosas que ahora, que era más inteligente, más valiente y más seguro. Creo. O quizá, el frasco de bolitas en algún momento se llena, entonces uno olvida la capital de Filipinas, pero aprende a desconfiar de las mujeres hermosas.

“Avanti morocha” sonaba en el equipo de música, era el hitazo de aquel verano. Yo jugaba solo en el patio de tierra y cada tanto entraba para ver qué pasaba adentro. Fue el auge de la casa de mi vieja, parecíamos los Buendía. Para el verano del noventa y ocho éramos trece vivien-

do en una casa de cuatro habitaciones. Además de los nueve hermanos y mis viejos, se habían sumado mi cuñado y Pehuen; el primer sobrino.

Para el almuerzo tomábamos mate cocido con tortas fritas, leche con cereales y galletitas u ollas gigantes de fideos. Para la cena, a veces, los días más lindos, mi vieja hacía milanesas. Eran edificios de mil-langas, una encima de la otra; veinte, treinta milanesas; los tenedores volaban y las manos se cruzaban en el aire sobre la mesa. Nadie se enteraba si yo estaba varios días sin pasar por agua.

Pero el verano terminó y las cosas empezaron a cambiar. Mis hermanos mayores se iban a estudiar o se independizaban, mis viejos se separaban. La casa se hacía más grande junto conmigo.

El año dos mil llegó. Llegó de verdad, abrió la puerta y entró. El cambio de milenio traía consigo un éxtasis general que yo notaba, aunque mucho no comprendía. Los fuegos artificiales frente a la costanera, a las doce; ver a los adultos abrazados, algunos llorando, brindando por los que ya no están y por el futuro que estaba llegando.

A los once años, lo único que me importaba era el fútbol. Durante la semana, era cuestión de esperar la hora de ir a entrenar y a partir de la práctica del viernes, que era el día que se confirmaban los horarios de los partidos, transcurrir, ansioso, hasta la hora de ir a la cancha.

Jugaba en el Club Centro Galicia y me sentía una estrella. Ganábamos por goleada todos los partidos y hasta a veces sentía pena por los rivales. Pero cuando fuimos creciendo, los partidos se volvieron más parejos y cada vez nos costaba más mantener el invicto, sobre todo cuando salíamos a jugar fuera de la ciudad.

Un domingo, jugábamos el Torneo Provincial en Río Grande, que reunía a todos los campeones de la provincia. Apenas empezado el partido, José, un manquito que era nuestro técnico, me mandó al banco. Yo nunca salía, salvo que el partido estuviera liquidado. No entendía nada. José se sentó al lado mío y me miró serio.

—Sos mi jugador preferido Chori —me dijo, sin reparar en que mis compañeros lo estaban escuchando. —Jugás con el frac puesto, pero a veces tenés que ponerte el overol. No podés jugar como en el patio

de tu casa, perdiste tres pelotas seguidas. En ese momento, mientras me miraba los pies, avergonzado, solamente pensaba en dos cosas: ¿qué carajos es un frac y por qué no estoy jugando?

La vida no era un juego, era otra cosa mucho más compleja y si realmente era un juego, yo no entendía cómo se jugaba. Había arcos por todos lados y yo era el único que no los veía. Solamente disfrutaba de correr por ahí llevando una pelota. Para el mundo adulto lo único que importaban eran los goles.

Mis hermanos mayores habían hecho la secundaria en el Polivalente de Arte. Yo dibujaba, así que fui contento al mismo colegio. Siempre me odié con Inti, una de mis hermanas. La cosa cambió un poco cuando me hice amigo de sus amigos y pasamos a tener una relación bastante extraña de complicidad amistosa.

Como mi junta era más grande que yo, la precocidad fue inevitable en algunos aspectos. A los trece empecé a salir al boliche, no me explico todavía como es que me dejaban pasar. Un mundo nuevo y hermoso se abrió ante mí con las primeras birras, los primeros licores del olvido; evadir de algún modo la cotidianeidad de la vida escolar y familiar, mediante el alcohol y el porro.

Una vez, mi vieja me dijo—Choro, tengo nueve hijos y vos sos el peor de todos.

En un cumpleaños de quince, que fui de colado, conocí a Mica. Yo tenía catorce y ella trece. Era flaquita, diminuta, con dos ojazos enormes y negros. No podía parar de mirarla y en un momento, que azarosamente quedé cerquita suyo, la saqué a bailar. Fue instantáneo. Nos mirábamos fijamente a los ojos. Yo me sentía un imbécil, se me atrofió el cerebro y no podía pensar.

Después siguió la fiesta normalmente: las velitas, el tío borracho, la torta, el vals, los adolescentes que se aman en el baño. Y al final, cuando ya me estaba yendo, me acordé que el día anterior me habían regalado un Nokia 1100 usado y muy pituco. Así que volví y con las manos transpiradas le toqué el hombro desnudo, cuando ella giró, con la capacidad seductora de un pelícano, le pedí el número.

Estuvimos saliendo algunos meses. Nunca la presenté en mi casa, pero su vieja era bastante joven y liberal como para bancarse que me coma a su pequeña niña en su propio hogar, así que nos la pasábamos en su habitación. Nunca cogimos, pero transar era lo único que me importaba en el mundo, el resto de las cosas perdían sentido. Y las tetas... ¡No podía parar de manosearle las tetas! Que dicho sea de paso, eran gigantes para una preadolescente tan menuda. O quizás mis manos eran muy chicas en ese entonces.

En un cumpleaños de mi hermana, que se había cambiado al colegio más careta de la ciudad, vi como ciento cincuenta centímetros de pura belleza entraron caminando, Me enamoré al instante. Me acerqué y le dije —Sos hermosa—.Se me cagó de risa en la cara. Al lunes siguiente fui a la escuela y le corté a Mica. No podía mentirle, me había enamorado. Nunca más pude dejar a una mujer.

Tardé un par de meses en conquistar a Aixa, pero cuando lo hice, mi vida cambió por completo. Yo salía a las seis del colegio y ella a las siete de inglés. Cuando ella salía, nos íbamos a caminar por ahí. Ella era más grande que yo, así que sabíamos que iba a llegar el momento de la despedida, cuando ella se fuera a estudiar. Pero cuando llegó, no quisimos hacernos cargo.

Llovía. Fui a su casa hecho un trapo. Vimos tele sin hablar, hasta que en un momento se puso a llorar. Le dije que cuando terminara la secundaria me iría con ella a La Plata y volveríamos a estar juntos. Me dijo que siguiéramos juntos a distancia. Le dije que no. A las tres cuabras me di cuenta de que un año no es tanto tiempo. Así que volví, apagué la televisión y le dije que por lo menos lo intentáramos.

Eso fue en diciembre. En octubre del año siguiente me cansé y mandé todo a la mierda, tenía ganas de cojerme a todas, absolutamente todas mis compañeras y a las profesoras también. Y a las porteras. Había aguantado, estoico, durante todos esos meses sin cagarla (salvo una o dos veces). La llamé por teléfono y le corté, ella lloraba y me puteaba.

Hasta octubre aguanté. Cuando llegué a La Plata, fui directo a su casa, como si nada hubiera pasado, a pedir perdón. Ella estaba cam-

biada: tenía rastas y fumaba porro, usaba unos pantalones raros y tenía un piercing. Me fui silbando bajito hasta la pensión. Llovía bastante, me dio la sensación de que seguía lloviendo desde aquella vez en Ushuaia. Estaba solo en una ciudad desconocida.

En el living de la pensión sonaba un tango. Eran las cuatro de la tarde y yo estaba acostado. Una patada abrió la puerta.

—¿Qué onda con vos que estás todo el día durmiendo? Vení que estamos tomando unos mates —me dijo.

Me paré por compromiso o agradecimiento, tal vez para no complicar más las cosas; no quería preguntas. Los acompañé hasta el comedor y mateamos junto a variopintos personajes, compañeros de la pensión, entre conversaciones obvias, protagonizadas por culos, vinos y fútbol.

Carlitos y Daniel San, los pibes que me levantaron de la cama y me ofrecieron esos primeros mates, al igual que yo, estaban hace unos pocos viviendo en La Plata. Admiraba su actitud al pararse en medio de la Plaza Moreno y sentirse dueños de la ciudad que acababan de conquistar. Un tiempo después, ambos volvieron a sus pueblos del sur. Pero cuando aquellos zánganos todavía les robaban a sus padres, salíamos de noche a recorrer nuestras inmediaciones, como jercas de la ciudad dormida.

Un miércoles, de madrugada, me llevaron a un bar; o al menos así me lo presentaron. Era un pasillo largo y angosto, con paredes pintadas y una bruma londinense. Excitados por la droga y el alcohol, nos apropiamos lo más posible al escenario, pasando a formar parte de un conglomerado tarantinesco.

—El baño está allá al fondo—me dijo Daniel San. Yo encaré con incertidumbre. Llegando al final, había dos puertas abiertas. En la primera había un vago acostado, con la pera en la tabla del inodoro y la mandíbula totalmente descontrolada, me ofreció merca.

Había una banda tocando, de espaldas a la gente, en la sombras. Sólo el cantante y guitarrista estaba de frente. Al tercer tema hice zoom entrecerrando los ojos y noté que el violero estaba tocando con un palo de escoba y no tenía micrófono. De fondo sonaban los Rolling.

Después de dos años, llegaron mis hermanos, Inti y Emi, a estudiar. Nos fuimos a vivir a un departamento y las cosas cambiaron bastante. Empecé a ir a la facultad, dejé un poco de drogarme. Me envolvió una rutina agobiante y nueva, el sombrío recuerdo de Aixa reaparecía. Seguía estúpidamente enamorado.

Una noche, con mis antiguos compañeros de la pensión, salimos a merodear por los boliches céntricos, esperando que finalmente alguno nos dejara pasar a tomar una copa. En general, los primeros tres siempre nos rebotaban, inventando una excusa, camuflando el derecho de admisión. Esa vez no fue distinto, pero al cuarto, cuando estábamos casi vencidos, nos dejaron pasar, tal vez por lástima.

Bailamos como enfermos mentales alrededor de una fogata verde y bebimos cuidadosamente, hasta la última gota del Fernet tibio. A la salida, cuando el cansancio de los pies en la vereda te hace añorar la quietud de la cama; se armó la bataola y ni bien pudimos nos fuimos, antes de que nos pesque la nefasta policía.

Volvimos todos juntos para el barrio, menos Gusty que vivía del otro lado de la ciudad. Nico se quedó a dormir en casa. Tipo tres de la tarde, me despertó con una cara que nunca le había visto.

—Lo mataron al Gusty —me dijo.

Nico lloró un poco y después se fue. Yo me quedé en mi casa, en mi pieza, y no salí por varios días. Perdí como cinco kilos, no podía comer. Temblaba constantemente; no podía leer ni mirar televisión, nada me distraía. Intenté escribir pero no pude, hasta ahora.

Tal vez la escritura sea simplemente una forma de despojarte de las cosas que te duelen, te molestan e incomodan. Pero a veces, cuesta dejar ir algunas cosas que pesan y, aunque te hundan hasta el fondo del abismo, después te catapultan invariablemente a lo que terminás siendo.

Ahora apago el cigarrillo y siento que con el se termina algo más. Los primeros rayos del sol asesinan la madrugada y me incitan a dormir un poco. En la radio suena el polaco Goyeneche con arena en la garganta, anunciando con la voz resquebrajada el final de un tango.

Cruzado de Juan Manuel a Chori

Marlboro mentolado, un asco pero era lo único que había en el kiosco, piensa Chori mientras busca el encendedor. Lo encuentra arriba del televisor. Aprovecha para bajarle el volumen hasta dejarlo en mute. Gimnasia-Estudiantes, va bastante aburrido pero un clásico siempre es un clásico y el futbol es el futbol, que para Chori es pasión. Dejar el televisor en silencio no impediría que se distrajera cada cinco minutos para ver si sucedía algo interesante en el marcador, en alguna tarjeta o lo que sea. De la computadora sonaba Edmundo Rivero interpretando Melodía de Arrabal y en la pantalla una nota a medio escribir que avanzaba con la misma velocidad que el cigarro. Chori, o Isidoro como dice su DNI, se acordaba que tenía que terminar rápido. Entonces se colocaba el pucho entre los labios y tecleaba con rapidez acerca de la precariedad de ciertos bares de rock en La Plata. Algo que no fue un gol interrumpe la escritura.

—¡Hola! Si, diga.

—¿Chori?—contesta una voz femenina.

—Si ¿quién habla?

—Soy yo, Inti. Te llamo porque Martín tuvo un accidente.

—¿Cómo?

—Estaba volviendo a Ushuaia desde La plata y a cien kilómetros de salir el auto en el que viajaba chocó. Por suerte no murió nadie, pero él y el que lo acompañaba están en el hospital.

—¡La puta madre! ¿En qué hospital están?

Chori cortó e inmediatamente se levantó de la silla. Dejó la tele y la computadora prendidas. Afuera una tormenta enfriaba el ambiente. Tomó un rompeviento y salió a buscar un taxi que lo llevara al Hospital San Martín.

Martín era el hermano mayor de Chori, uno de los cuatro que vivían en La Plata. Cuando llegó al hospital sólo estaba su hermana Inti a la espera de alguna noticia, los demás estaban de viaje por trabajo. Sabían que al menos, tanto Martín como su acompañante estaban fuera de peligro. El médico abrió la puerta de la sala de espera.

—¿Aramburu?

Los hermanos se levantaron enseguida. Adentro, el médico les explicó que el auto volcó y que por milagro ambos habían salido ilesos, pero Martín tenía ambas piernas rotas, además de algunos golpes y lesiones menores. Eso le llevaría alrededor de tres meses de recuperación.

—Esta semana la enfermera que estaba de turno entró de vacaciones y estamos sin suficiente personal para atender a todos los internados, por lo que sería imprescindible que alguno de ustedes, como familiares cercanos, se quedaran a cuidar al paciente y ayudarlo con algunas tareas básicas.

—¿Qué tipo de tareas?

—Básicamente atenderlo con las tres comidas al día, ayudar con el aseo y cambiar los pañales de adultos. Será solo por esta semana.

Chori miró a su derecha como intentando insinuarle a su hermana “te vas a encargar vos, obvio” pero a Inti justo le sonó el teléfono.

—Ya me reprogramaron el viaje. Salgo mañana a las 7 am. ¿Te quedás vos Chori? Ya hablé con papá y mamá, están llegando el viernes. Vos podés seguir escribiendo desde acá en la clínica.

A las 23:25 horas del Lunes Chori estaba a punto de hacer la devolución del karma que sus hermanos le habían cargado hacía ya varios años.

Martín había comido hacía ya una hora y pico. Con la notebook entre las piernas, Chori intentaba terminar la nota que había estado escribiendo

—Chori. Tengo sueño ¿Me ayudas con esto y ya me voy a dormir?

Al oír esas palabras, un ligero temblor sacudió el cuerpo de Chori. Lentamente se paró y dejó la computadora arriba de la mesa. Ayudó a su hermano a darse vuelta y acto seguido le bajó el pantalón. Empezó a sentir un olor horroroso. Desabrochó el pañal, lo sacó e inmediatamente la habitación fue invadida por el olor a mierda más poderoso que el mundo haya conocido. El culo todo manchado por la diarrea de un color marrón verdoso iba invadiendo lentamente el resto de la nalga izquierda. Chori tenía que evitar que esto continuara así que tomó el trapo y rápidamente empezó a secar primero la nalga y después el ano hasta que el trapo se tiñó también de color marrón y tuvo que ir a lavarlo. Nunca antes Chori había deseado que alguien le tirara un baldazo de agua fría y entonces levantarse de la cama. Pero el olor que entraba por sus fosas nasales corroboraban lo lejos que estaba de estar soñando. Se acercó hasta la pileta abrió el agua caliente y empezó a enjuagar el trapo cuando el sonido de un pedo bien fuerte lo paralizó.

—Uy Chori —dijo su hermano y luego bajó la voz —Tendría que haber esperado un ratito más...

Autobiografía de Guillermina Lopumo

Lo primero que me acuerdo que leí fue el cartel gigante azul de “Nini”, algún día que fuimos. El Nini estaba donde está ahora, no el que se prendió fuego en 32. Yo era más chica y los recuerdos que tengo, creo que al transcribirlos los olvidaré: aprendí a respirar por la nariz y a comer con la boca cerrada; aprendí que limpiarse la boca con el mantel estaba mal el día en que Rafa me dijo que lo hiciera; a los nueve años entré a la farmacia con mi abuela y mi mamá. Mi mamá le dijo al farmacéutico que yo había sido un regalito justo cuando comprábamos un anillito para regalarme en la noche de navidad del 2001. El anillito tenía una manzana chiquita que me gustaba porque era de color violeta y tenía para regular el ancho del dedo, un poco por eso acepté y otro poco porque en la navidad del 2001 la familia andaba revuelta con la cuestión país. Además no me gustaban los anillos ni los collares ni hebillitas ni polleras ni nada que se atribuían con “ser” mujer.

Descubrí que el básquet era lo mejor del mundo y que quería jugar para siempre. Creí que íbamos a jugar, con Maru, en la NBA, que ya para el 2015 se iba a jugar mixto, como en el club y que la Pepuchi iba a ser la mascota del equipo.

Ya me habían gustado muchas chicas como: Melina, Dolores, Soledad, Gisell, Verónica, Mariana, Silvia, Andrea, Silvina, Stella, otra Andrea,

Daniela, Carla, y chicos como: Emilio, Sebastián, Hernán, Nicolás, Joaquín, Gonzalo, Javier, Gustavo, Esteban, Juam, Tomás y otros. En ese entonces no sabía el significado de gustar, hoy digo que los gustos, gustos son. En un cumpleaños de Eugenia que lo hizo en su casa, nos fuimos con Hernán a un espacio que quedaba entre la florería y la ligustrina, entre caramelos Sugus juramos sentir amor en cada beso que nos dimos.

—¿Qué sentiste? —me dijo cuando nos despertamos de ese beso de aire y saliva dulce y roja. Pensé. No sentí nada, pensé: ¿tendré que sentir algo?

—Amor —dije.

Mentí un poco, pero otro poco se ve que aseguré, porque dijo que él también. En ese mismo cumpleaños, estábamos en el frente de su casa. Sólo puedo llegar a este recuerdo desde un travelling picado que luego se queda expectante como un pibe más del cumpleaños, porque si el recuerdo que viene a la mente es con un travelling que va hacia la izquierda en suave movimiento, salgo al frente de mi casa. Cuestión que le estábamos haciendo creer a alguien que yo ya conocía la casa, que había venido el día anterior. Pero eso no era cierto, era la primera vez que pisaba la casa de Euge, tampoco era cierto que yo había entendido que había que hacerle creer a ese quién lo que me estaban diciendo. Tardé un buen rato hasta que alguno más vivo me guiñó el ojo. Antes sólo pensaba en cómo había hecho para olvidarme que efectivamente el día anterior había estado ahí. Que te guiñen el ojo siempre ayuda, aunque hubiera preferido seguir pensando en que el día anterior había estado ahí, hasta incluso ya me había imaginado el recuerdo, ahí es cuando entra en juego los planos en los recuerdos.

Me gustaba jugar con los varones porque no se hacían mucho problema por nada. En el jardín mis amigos eran Juani, Seba, Emilio y Gaby. Ahora que me pongo a pensar en eso no me acuerdo si eran mis amigos o lo que yo recuerdo como amigos. Me acuerdo de un partido del mundial 98 que vimos en el jardín y entonces googleo y termino mirando fotos de Germán Burgos y me acuerdo que los arqueros siempre me gustaron y me gustaban mucho los Germanes arqueros

y de River. Porque en ese momento era de River, y a veces de Boca, como Juani. Juani sigue siendo de River. Leo fue mi mejor amigo en segundo hasta que se fue, así como había venido. Enrique vino a su lugar en el banco que también era en mi mesa y nos hicimos amigos. Su mamá era lo suficientemente gorda como para pasar de costado por la puerta del salón. Venía todos los días a dejarle una bolsita de lengüetazos. Yo me sorprendía con el tamaño pero después Enrique me convidaba lengüetazo de Tutti Frutti y se me pasaba.

Mi abuelo me daba un peso por día y todos los días lo gastaba en el kiosco de la escuela, y después en Cachín, cuando cerraron el kiosco a la mierda. Coincidió con mi hermano en la escuela 6, él iba a sexto y yo a primero. Él era muy amigo del Vasco y yo de Mariana. Mariana se sentó conmigo o yo me senté con ella, no sé, el primer día en la escuela y no nos separamos ese año hasta que se vino a vivir a La Plata. Mariana era prima de mis vecinos. Mis vecinos fueron mis pri-meros amigos, al igual que mis primos. Mis primos vivían en Magdale-na y cada 15 días iban al campo. Antes pasaban por mi casa a buscar el Opel y así trasladarnos al campo. Cuando mis abuelos vivían en el campo, éste se llamaba San Gilberto, ahora calculo que también. El viaje me parecía tan largo como los viajes a La Plata y sólo me tranquilizaba cuando sabía que estábamos cerca porque el camino de tierra daba una curva para la izquierda primero y para la derecha después. Por último seguía derecho y llegábamos del todo cuando veía el mo-lino y mi tía estacionaba frente a la casa vieja con alero de metal y puerta de tejido. Primero miraba la quinta y después la galería de la casa, era vieja con piezas gigantes. Había una habitación dónde creo que dormían mi tía y mi abuela, un pasillo que comunicaba con la otra pieza en la que había unas siete camas, en dónde dormíamos mi abuelo, mis primos, mi hermano y yo. Del baño no me acuerdo. En las piezas el piso era de madera y siempre que me levantaba, mi abuela y mi tía ya estaban despiertas tomando mate. A nosotros nos hacían chocolate con leche caliente y todavía no me hacía doler la cabeza, pasta frola había siempre y era una alegría para mí. La cocina de leña

prendida y las cáscaras de naranja colgadas de un gancho quedaron en el recuerdo bajo la mirada lagañosa de la mañana.

—¿Y el abuelo? —preguntaba.

—Ta ordeñando —Respondía mi abuela o mi tía, o las dos.

¡Qué esfuerzo el levantarme temprano! Pocas veces pude acompañarlo a ordeñar, pero lindas esas veces que había que tomarle la mano y sentir cómo salía el chorrito a presión caliente y escuchar el ruido de chocar contra la lata sucia.

Para aprender a andar en bici mi viejo nos largaba desde la entrada hacia la calle, que cuando era de tierra estaba más abajo, pero lo que se llama “andar en bici” lo hice en el campo, en la caballeriza. Con una aurorita naranja que era de mi papá y mi tía cuando eran chicos. Una tarde agarré la bici, que como todos estábamos medios emocionados estaba inflada, y pedaleé hasta la tranquera. No de corrido, claro. Iba más parejo cuando agarraba la conchilla que cuando agarraba los cachitos de asfalto donde las piedras sobresalían. Las mismas piedras que a mi primo Agustín, le abrieron la cabeza cuando le grité que se tirara de la yegua porque corcoveaba. Me pegué un cagazo bárbaro que se duplicó cuando vi que mi primo más que raspones tenía sangre que le salía de la cabeza. Mi primo no era mi hermano y mi tía no era mi mamá. Mi tía no me dijo nada, pobre.

No sé por qué el “pobre”, mi tía era buenísima.

Con Agustín éramos locos del deporte, sobre todo del fútbol, que era a lo que jugábamos antes y después de comer. Leo también jugaba pero le gustaba más estudiar, la escuela, saber o no sé, cuestión que hubo una época que para que yo pudiera ir a jugar al fútbol tenía que aprenderme una tabla. Cuando me dijo “las tablas” lo que me imaginé fue la tabla de lavar de casa que era de mi bisabuela y que estaba medio de adorno porque teníamos lavarropas. Mi primo Leo “el Magnífico” se sentaba conmigo arriba de la mesa de afuera y me hacía repetir. La tabla del dos me gustaba, la del cinco me encantaba, no por nada es mi número. Odié la del uno y la del cuatro. En otra ocasión, Leo me enseñó que la i era latina. Para mí la i era la i, y era la otra la que venía importada.

Otra tarde jugamos a la escondida y con Leo nos fuimos corriendo a esconder atrás del gallinero. Los caballos estaban atados en el corral de las ovejas y se asustaron, tironearon y rompieron el alambrado a la mierda. Dijimos que se habían vuelto locos.

—¿Qué hicieron?

—Nada, se asustaron.

“Trabajame que soy de campo”, habrá dicho mi abuelo. Para mí, mis abuelos siempre fueron viejos, pero era sólo el campo porque los vi 20 años y es bastante aguantar para dos viejos, hasta para mi abuela que se murió aguantando.

Un domingo a la tardecita después que se fueron mi tía y mis primos en el Río de la Plata por la 11 hasta Magdalena, le pregunté a mi abuelo cuándo volvían:

—En 15 días, piba.

—¿Y cuánto es eso?

—Las semanas tienen siete días, o sea que la semana que viene no, la otra.

—Pero son 14 días.

—Bueno...

Mi abuelo estaba desvasando o sacándole el barro al caballo de mi hermano y yo corría atrás de la pelota esperando que pasaran esas dos semanas. Imaginaba las corridas que nos esperaban, siempre fui de imaginar.

A los ocho años nos vendieron unas cotorritas pichonas a tres pesos. Una se la dimos a mi abuela que se le estresó, se desplumó, se lastimó y se murió. Un loro suicida. Yo había dicho que era loro porque tenía el grito distinto a mi Pepuchi que sin saber qué era lo que distinguía al macho de la hembra, le asignamos a rajatabla el artículo “la”. Otra de las cotorritas mi hermana se la dio a una amiga y se le voló ni bien supo. La otra la tiene una prima de mi abuela, todavía vive y se habla todo, como una lora que tiene quince años. Mi Pepuchi iba a cumplir cuatro años cuando mi papá le dio un pisotón sin querer al abrir la puerta de la cocina. Todavía la lloro. Pobre mi Pepuchi. Amigazas éramos.

Una tarde noche le dije a mi prima más grande que no parecía que fuera mi prima porque tenía 20 años más que yo y para mí, prima era una amiga familiar para jugar. Se rió y le contó a toda la familia, que era “ingeniosa” dijo. Yo quería jugar. En otro episodio, un 25 de diciembre en casa, yo estaba en la pileta jugando con su pareja a los Power Rangers y cuando quise acordar estaba pensando en que él era muy grande. Tenía unas manos muy grandes, una cara muy grande, una cabeza muy grande y me dio miedo, además era colorado y me habían dicho que los colorados transpiraban diferente, cosa que no importaba porque estábamos en la pileta. Pero me paralicé, creí que era gigante y que nadie se había dado cuenta y yo sí, entonces salí de la pileta. Me preguntaron qué había pasado, les dije que me había cansado. Nico era buenísimo, no más que era varón y tendría unos 30 años, lo que me hizo replantear por enésima vez la heterosexualidad obligatoria, aunque claro, no en esos términos.

De chica no quería manejar. En mi casa decían que mi hermana a los ocho años ya rompía las pelotas y que a los cuatro mi hermano ya había puesto en marcha la camioneta en Córdoba. Él sigue jurando que metió una llave que no era. No me interesó nunca manejar. Supongo que habrán sido varias cosas. Como la contaminación. Tendría seis, siete años cuando, yendo para Magdalena, mi papá abrió la ventanilla y tiró un envoltorio de alfajor. Le pregunté por qué había contaminado y me dijo que era un sólo papel, que nunca hacía eso. Menos mal.

Vuelvo.

En casa mi viejo traía estadísticas a casa: “en el país hay 35 millones de personas y 30 millones de autos”; “no hay que tomar más Ades porque es jugo de soja y quita las vitaminas”; “las salchichas están hechas con pata de vaca enferma”, etc.

Siempre estuve muy cómoda con mi bicicleta. Era mía y nadie me pedía nada salvo los mandados. Después el no manejar se convirtió en una especie de resistencia. Muchos de mis compañeros y/o amigos empezaban con sus primeras experiencias. A mí no me llamaba la atención y ya ponía en balance la cuestión del combustible, pero

no sólo por la contaminación, ya no quería saber nada con trabajar y mucho menos tener que esclavizarme para poder pagar el combustible de ese auto que contamina y encima me hace más sedentaria de lo que puedo ser.

Cuando se cumplió un mes de la muerte de mi tía, mi abuela organizó una misa para recordarla pero como en casa nunca nada de misa ni iglesia, con mi vieja nos hicimos un faltazo y nos fuimos a pasar la tarde a Pipinas. Los abuelos de Juampi viven a la entrada del pueblo y vi que él estaba, así que lo pasamos a buscar y fuimos al hotel a tomar un té. Juampi le pidió el auto a mi vieja y nos fuimos a dar unas vueltas. En un momento me insistió para que aprenda a manejar y pensé que bueno, que me voy a poder medir si después ando en auto. Buscamos a mi vieja y después de comentarle, encaramos para el camino viejo.

Hicimos el cambiazo: estoy frente al volante y me acuerdo cuando el abuelo nos hizo, a mis primos y a mí, mantener el volante derecho desde el chiquero de los chanchos hasta la casa. En ese tiempo rogué, recé o pedí por favor que no me tocara la parte donde cruzaba el arroyito que tenía un metro de ancho, porque sabía que aunque no debiera irme para un lado o el otro, lo iba a hacer. Me tocó. Lo hice. Sabía que me iba a ir porque me había pasado algo parecido cuando recién le agarraba la mano a la bici y en un camino angosto venía alguien de frente y, queriendo esquivarle, me iba cada vez más contra su lado.

Vuelvo a Pipinas: pongo punto muerto. Arranco. Que una vez que arranque no sigas dándole al tambor, me dicen, que despacito suelte el embrague. Se para. Que no importa, dicen. Lo mismo varias veces, hasta que sale. Primera, segunda, tercera. Van unas viejas para el mismo lado que nosotros. Para acá viene un auto rojo. Freno. También frena el auto. Nos quedamos unos segundos hasta que se anima a pasar. Era Ale, después le contó a mi mamá que estaba empezando a manejar. Esa tarde la situación nos encontró extrañamente opuestas y ella se animó a pasar. Fuimos hasta el fondo del camino y me dijeron que dé una vuelta en U. Era la primera vez que escuchaba eso. Me fui contra el alambrado, frené a 30 centímetros. Se apagó el auto. Nunca

más dije. Después, otra vez, manejé por Punta Piedras, adentro de un campo. Muchos pozos. Otra vez, de noche, me comí mil pozos en una calle de tierra lindera al pueblo. Y la última vez que manejé fue camino a la represa, más por insistencia de mi hermana que por ganas mías. Se me paró el auto varias veces, la putí varias veces más y me dijo que estaba en pelotuda y le dije que sí, que estaba en pelotuda.

Los segundos diez años transcurrieron de una u otra forma. Sin querer dar cuenta pasó la primaria, la secundaria y qué se yo que más. Seguía jugando al básquet, me hice hinchado del Juventud porque el Verónica nos había cerrado las puertas en plena crisis. Me llamaron para que juegue al fútbol para las Xeneizes y fui aunque era de River. En un picadito que se armó después del entrenamiento, fui con plancha y rompí a la arquera que se había metido a jugar. Ese día me enteré lo que era "ir con plancha". No fui más, además a mí me gustaba jugar al fútbol, no hacer abdominales, que nunca había aprendido a hacerlas. Empecé tenis y hándbol. Clasifiqué dos veces a la final de los torneos bonaerenses en Mar del Plata, la segunda vez los juegos se llamaban Buenos Aires la Provincia. Pasé en disco las dos veces. La primera vez era la primera vez que tiraba uno, la segunda la segunda. Tuve novias y novios. Empecé a leer el suplemento SOY. Jugué al Vóley. Me peleé con mis compañeros de escuela, con mis mejores amigos que decían que los chorros habían matado más gente que los milicos. Me peleé con Carlitos que bardeaba a los bolivianos y paraguayos siendo hijo de formoseños. Me peleé con Jeringa, amigo de la tierna infancia, conocido en el patio de mi tía, que lindaba con su patio cuando le convidé pochoclos rosas. La novia le decía que yo estaba celoso y que había dicho que ella había afanado el reloj que le había regalado. Me enteré como dos años después. Un día fue a mi casa, la novia, y me dijo que me iba a cagar a palos, que me esperaba en la plaza. Yo le dije que no tenía nada contra ella, pero que iba a ir. Fui. No apareció. Me encontré con Luli y Flor y nos tomamos un helado cuando la heladería estaba donde hoy está el Cauti. Mi vieja me preguntó qué onda yo con las minas, que en el pueblo andaban diciendo que qué se yo. Le dije que

nada que ver y me fui al cumpleaños de 15 de Sofí, en aquel momento llamada la Tana. Mi tía, la de Magdalena, se enfermó de cáncer y tras unos meses de internadas y recuperaciones se murió. Yo había pasado a primero polimodal y seguía en la base. Tenía buenas notas, no era que estudiara tampoco. Mi mamá de golpe y porrazo me dejó de hablar y yo no hice mucho esfuerzo por saber. Mi papá me llevaba al campo y fue un invierno frío pero lindo. Mi abuela lloraba, mi abuelo se ponía mal y le decía a su “mamma” que por qué se había llevado a su hija. A su hija se la llevó el cáncer en todo caso. No sabía que mi abuelo era medio espirituoso. Dejé de salir de mi casa: ni al boliche, ni a lo de mis amigos, ni a la plaza, ni a básquet. Pasaba entre ocho y nueve horas en la escuela, la sentía más acogedora que mi casa, al igual que mis compañeros. Donde ya no estaba Jeringa, pero seguía Carlitos que ya nos habíamos arreglado una noche de corsos, previo a la sacada a bailar en el boliche. Salía de mi casa para ir a la biblioteca y los viernes a comprar el Página/12. Los suplementos los guardaba en la escuela. Salí con Agustina, Andrea y alguna más que no recuerdo el nombre. Cuando llevé el boletín del segundo trimestre mi mamá me felicitó por las notas pero me dijo que quería hablar. Yo ya había notado que me faltaban las cartas que me habían escrito algunas chicas de la mochila. Y ya había descubierto que las guardaba en el cajón de los pañuelos, abajo del papel afiche. Me preguntó por las cartas, y me dijo que no era fea y que algún chico seguro se daba vuelta cuando yo pasaba por algún lado. Le dije que no me gustaban los chicos, que algunos sí, pero que no me importaban. Que aunque ella pensara que era un problema, no era así. Me dijo que no pensaba que sea un problema. Le dije que no iba a volver a básquet. Seguí con mi rutina de encierro. No podía controlar el llanto, los gritos, las piñas y patadas a los muebles, arrancarme los pelos y putear a todos. Empecé a escribir como una forma de ponerle palabras a lo que no sabía qué. Llegaba de la escuela, tomaba la leche, miraba la tele y me encerraba en la pieza. Hacía la tarea, estudiaba, lloraba y no salía. En varias oportunidades mi mamá me dijo que vaya a ver a

mis amigas, le dije que no quería ver a nadie y seguí con la cara pegada a la almohada.

Nos reunimos un par de veces en el Honorable Concejo Deliberante con el título de Concejales Juveniles. Con Matías representábamos a primero de la base. En segundo también fui pero Mati se había cambiado a la Edem, así que nos acompañábamos con Josías. En tercero no se hizo, y una vez cuando salí de básquet (que en segundo año había vuelto) lo vi al concejal D'amico del Pro en la plaza hablando con su camarada (JA) de fórmula y les pregunté cuándo nos iban a citar. Dijo que pronto. Otra vez lo crucé en el supermercado y me dieron ganas de gritarle que era un mentiroso y un incapaz.

Empecé la facultad a regañadientes, porque no quería estudiar pero menos trabajar. Quería vivir en el campo, aprendiendo y leyendo cuando yo quisiera no cuando el sistema educativo me dijera que tenía que hacerlo. Me hicieron el segundo holter porque las palpitaciones del cuore eran cada vez más fuertes. No salió nada raro. Viví en una pensión de monjas, conocí a pibas re piolas, salí con una boliviana, me peleé con más gente. Voté a la Masetti. Odié radio, me gustó la profe de audio y muchas pibas más. Jugué al fútbol para el Verde, jugué al básquet en Estrella de Berisso. Empecé a pensar que todos los miedos que tenía se hacían realidad y cada vez que pensaba que me iba a morir, estaba convencida de que me iba a morir y la pasaba muy mal. Silvana me ayudó mucho, nos ayudamos. Fui a ver El Otro Yo y a los Wachiturros la misma noche. Dormí en la calle. Me quise morir al menos tres o cuatro veces por día todos los días. Las palpitaciones derivaron en ataques de pánico. Tuve una novia muy chota que no me dejaba ir cuando le decía chau. Perdí mi primer MP3 un primero de enero en San Clemente. Años atrás, también el primero de enero me quebré el dedo chiquito de la mano derecha. Me quedó más abierto. Odié el viaje de egresados. Me peleé con los coordinadores, con amigos, con los que se cruzaran. Pateé una paloma en la peatonal de Mar del Plata. Fui a ver a la Fragata cuando volvió. Tomé clonazepam. Alcohol. Y porro. Pinté una pared de mi pieza de verde. Me saqué

tres anillos de 15 y una cadenita. Le dije a mi mamá que me gustaban las chicas y que no iba a hacer nada. Me dijo que ella era feliz si yo era feliz. Nunca me hubiera esperado eso. Salí corriendo de cultura, dejé cuatro de seis materias en un año. Rompí una lima en el taller de chapista y cuando le dije al profesor que había sido yo no me creyó. Hicimos carrozas de primavera y sacamos segundo y primer puesto en los años 2006 y 2007. Me cagué a piñas con un amigo. Tuve una bici de salto, volé en una subidita y aterricé en la plaza de espaldas. El pajero de tránsito me tomó los datos por andar en bici en contra-mano. Me enojé con todos los profesores de educación física. Hice dieta y logré no comer harinas y golosinas por un mes y medio. Me encantaba Estudio País y estaba enamorada de la chaqueña. Chateé un poco con la ex de Agustina. A los 12 la peluquera me cortó el pelo tan cortito que no podía hacerme una colita y tuve que usar el pelo suelto. A los 17 me corté otra vez el pelo. Con las pibas de básquet del Juventud salimos quintas de cinco en la liga APLABAFE, éramos buenas amigas. Hicimos chocitas arriba de los árboles con Maru y Anto. Le pagué cinco pesos a una compañera de natación para que me pase el mail de Emma Watson y lo que me pasó fue: emmawatson@hotmail.com, ni inspiración tenía. Los fantasmas que siempre me habían dado miedo empezaron a agradarme, porque cuando tenía miedo ellos me acompañaban. Conocí a Antonela antes de saber que la conocía, me enamoré ya habiendo creído en eso y me peleé como la más pajera. Viví sola. El miedo que sentía era por verme imposibilitada a alcanzar en la práctica lo que pensaba. Por eso me quedaba tirada, sin creer que lo mínimo que hiciera significaría un cambio.

Vi como obligación a lo que mis padres llamaban oportunidad. Oportunidad de estudiar... Saqué el libro de las carreras de la biblioteca me compré una buena cantidad de caramelos y leí: las que ya me gustaban era Historia, Filosofía, Antropología, Trabajo Social. Me interesaba irme a Trelew porque flashaba con que Ailín, mi mejor amiga, luego devenida en novia (ex) cuando volviera de su estadía en Australia, volvería al sur. La Universidad Don Bosco era la que me

copaba, pero era religiosa, al menos tenía el nombre. Menos mal que no, porque Ailín volvió a Verónica y luego a Australia donde se casó con su novio Joe. También vi una carrera interesante que era algo así como entrenadora técnica de básquet, duraba tres años, era privada y se hacía en Salta. No quería privada, aunque fantaseaba con la idea de vivir en aquella provincia. Leí Comunicación Social, reunía varias materias que me gustaban, mi mamá me dijo que mi prima había estudiado eso y pensé que era un bajón para mis abuelos maternos tener dos nietas de la misma profesión, después se me pasó. Mi viejo no dijo nada hasta que mi mamá le dijo que diga algo y dijo que hubiera elegido una carrera seria como Agrimensura. Él jodía con Agrimensura, pero a mí no me cabía ni medio tener que medir los campos y ganar fortuna por los límites de las propiedades privadas de soretes propietarios de tierras. No quería saber nada con los alambrados, ni con los soretes. Además me había llevado matemática desde sexto grado. También me llevé naturales en octavo, pero zafé biología porque la coordinadora dijo que ya me había pasado la nota. Para remendar ese error en noveno también me la llevé con una profesora que hacía que me olvidara la lección cuando me miraba con esos ojos penetrantes. Comí sanguchitos de salame y queso con Pepsi de lunes a viernes en la escuela. Caí en la cuenta de que siempre había escrito: anotaciones, relatos, cosas en papel y que imaginaba historias y las seguía desde que me acordaba. Hasta un diario que se llamaba "Diario Larguirucho, Fran fumate un pucho" en el que con Candy contábamos los sucesos graciosos del aula y Figo hacía las caricaturas.

Voy a una psicóloga muy buena. Me hace reír. La quiero mucho. Juego al fútbol en Juventud en el pueblo, estamos invictas y clasificadas a la semifinal. Cuando me imagino que meto un gol me emociono mucho y el pensamiento es más fuerte que la realidad tangible, entonces después no lo meto. Estoy contenta con la Facultad, ya no tengo ataques de pánico, milito activamente en la Masetti ¿activamente se dice? Hablo, aunque soy callada. Me encanta el profesorado. Desde los 20 no como carne, dejé bastante las harinas y me controlo con

las golosinas, aunque a veces me pego algún que otro atracón. Me mudé con una compañera amiga, tenemos plantitas de alegría y otras también. A veces tengo la raya al medio y otras al costado. A veces me gusta más cocinar que comer. Me gusta la lluvia y las tormentas, pero sobre todo los días nublados, que son los que más me dan ganas de vivir, aunque los soleados también me gustan. A veces me paso con el alcohol y después me pongo mal. A veces me pongo mal de la nada. Me gusta comprar verduras en la feria de Agronomía y juntar los huevos en Verónica. También ir al fondo con el Perri y pensar. Por ahí extraño a mi abuela y lloro, pero más veces me pongo contenta por la relación que teníamos durante los últimos tiempos. A veces me desespero por las preguntas que se me ocurren ahora, pero después me tranquilizo porque sabía que me iba a pasar eso cuando mi abuela ya no me pudiera contestar. Mi abuela era hija de una toba y un hijo de patrón de estancia que se cogía a todas las indias que estaban ahí. No sé si trabajando o qué. Tengo muchas conversaciones grabadas en el pen que tiene mil virus y espero no perderlas. Me enfermaba mucho y después de que me sacaron las amígdalas no me enfermé más. Me reencontré con Antonela. Tuve una novia muy linda y buena que daba besos voladores. Estuve con una chica que tenía novia y cuando me abrazaba sacaba el olvido. Tomo mate, mucho. Conocí Corrientes, Misiones, Salta y Santa Cruz. Pasé por Santiago del Estero y quedé cautivada con el paisaje de sólo tierra y algún árbol, y algo más que escribí por ahí. Me encontré con Cintia, la ex de mi ex, Agustina, en el Encuentro de Mujeres de Salta. Fuimos al mismo taller: Mujeres y lesbianismo. Le veía cara conocida y no fue hasta que habló y largó el canto hermoso del noreste santafesino, ella también me reconoció y marchamos juntas. Todavía salía con Agustina. Ahora ya no. Quiero visitarla y que me visite.

Me compro siempre zapatillas o chicas o grandes. Siempre me acomodo el calzón porque se me mete en el orto, tengo el típico culo come trapo. No uso corpiño si no hago deporte, no me depilo las piernas, aunque con las ganas que tengo de empezar natación probable-

mente me las vuelva a depilar, pero todavía no sé. Me corto las uñas y me saco los mocos. A veces me los como, otras veces los pego donde puedo: abajo de las sillas, mesa, escritorio, cama, pared...

Cuando estoy en pedo algunas veces me relajo y otras me vuelvo paranoica. Me gusta sacarme los barritos pero muchas veces me zarpo y me quedan las marcas. Viajo todos los fines de semana a Verónica, casi siempre voy a la cancha. Extraño ir al campo. Les hablo a los chanchitos, pavitos, gallinas y al perro. Una pata llegó volando y se quedó. Extraño que llueva. Me encanta el otoño y el invierno. Me gusta leer, obligarme a desconectarme y sólo estar. Me gusta mucho la gente que me gusta y cada vez me peleo menos con mi hermana, aunque consigo fácilmente sacarme. Recientemente me robaron la mochila de la cancha y ando sin teléfono. Cosa que está buena y chota cuando me quiero comunicar con alguien, sigo sin internet. Hace una semana con Mati presentamos un petitorio a la municipalidad para que la empresa que tiene el monopolio del transporte deje de abusar(nos) tanto con el precio, como en el trato y en el servicio. Estoy en plan de comprarme una filmadora, un grabador y unas zapatillas. Pero mucho no me da el tiempo, porque cuando tengo tiempo me cuelgo. Tengo que ir a la ginecóloga porque no está funcionando del todo bien la cuestión ovarística. Tengo miedo que tenga algún problema porque tengo muchísimas ganas de ser mamá, de tener una hija, las dos cosas. Qué lesbiana de mierda. Me estoy viendo con una chica de Magdalena que también juega al fútbol, es muy buena. Conmigo. Jugando también. Me gusta agitar, más si es en un recital de Sara Hebe. Ando en bici y a veces me enoja que me la pidan porque me la devuelven con un ruido que antes no hacía. Tengo paciencia para ver películas pero me gustan más Los Simpson. El mono está gritando y no lo veo. No creo que esto sea todo, pero ya tengo que mandar esto.

Hubo que acomodar lo que quisiéramos así que sigo: Después de la chica de Magdalena me vi con un chico, después con otra chica y con otro chico más. A ella la crucé hace unos días después de haberle dicho que no la extrañaba, pero igual le pegué un abrazo porque fue

lindo verla. Me siento un poco sola a veces, pero más desahuciada me siento cuando no llevo mi diccionario de sinónimos y antónimos conmigo. Meé el patio de una casa porque eran las 2 de la mañana y la Policía no me quiso prestar el baño. Fui a ver a mis abuelos del pueblo, la lora me picó, me acordé de mi Pepuchi y de Jazinte, recientemente fallecido. Recordé que Margarite anda por ahí, medio que no quiere seguir, y que le deben doler unos ganglios enormes que le salieron hace un par y que ahora se le agrandaron mal. Me gustaría ser veterinaria. O vivir en el campo y dejar de estresarme con entregas de la Facultad. Cuando pienso que esto no es nada, que el estrés va a seguir siendo cada vez más grande, quiero ir a tomar una birra con el colectivo y charlar, tener una banda de punk y cagar la vereda.

Veo la bombacha colgada de la sogá que está hace como cuatro días. Quisiera subir al techo y esperar que el martes pase, siempre es mejor cuando el martes pasa. Ojalá esté la bici inflada y que el frío sea mi amigo porque yo lo quiero mucho y ojalá me ponga a escribir más porque estoy lenteja, colgada y aburrida de lo que escribo.

Cruzado de Lisandro Monzón cruza a Guillermina

Guillermina prende la netbook y sonríe cuando la luz azul se activa. Está tan sucia que en la tapa blanca queda la marca de los dedos. Sentada, se saca las zapatillas con la punta de los pies y abre el paquete de Don Satur que encontró al fondo del bajo mesada, perdido entre la netbook y unos frascos de vidrio vacíos. Tiene el pelo mojado y por eso no se saca la campera rompeviento, porque así el agua resbala, piensa y mira hacia adelante, a la nada, confundida como una nena que sufre escuchar que la sigan retando.

Afuera llueve. Agarra un bodoque de galletitas y corre las cortinas a un costado, sin levantarse de la silla. Comienza a acordarse de los primos. De cuando comenzó a andar en bicicleta, sobre la conchilla, porque así era más fácil. Y Agustín se reía y le gritaba de lejos.

—No, no entendés nada prima, acá en el campo se anda a caballo. No se entendía bien, lo decía medio en joda y medio en verdad. Como la vez que se cayó de la yegua. Guillermina se acuerda cómo Agustín había escondido la mirada hacia el otro lado, con los dientes apretados y aguantando la respiración.

Ahora se pone de pie pero queda encorvada, respirando una 's' de dolor. Camina hacia la esquina de ese piso, en diagonal a donde estaba sentada. Las tablas suenan al estirarse con los pasos. Tantea el cable del

velador y aprieta el botón. Sobre la mesita hay un reloj despertador detenido, tiene una capa gruesa de polvo. Guillermina lo agarra y le pasa el dedo gordo sobre el plástico traslúcido, le hace una cruz, la borra y vuelve a apoyarlo sobre la mesa. Se mira la yema del dedo, está sucia. Después gira la mano y la ve a través de un espejo que tiene la mesita. Está roja y marrón, sucia, con las gotas de sangre ya secas.

Guillermina había bajado del colectivo en la última parada, como siempre. Jugaba a pensar qué ruido haría la tranquera al abrirse, si la traba todavía era de alambre, si todo le seguiría gustando, si lo que habría sería eso, una tranquera, y no ya un montón de yuyos. Hizo las diez cuadras que lindan con el asfalto y dobló hacia la izquierda. Y después a la derecha, pensó de memoria, imaginando un coro con los primos. No escuchó nada ni todavía había empezado a llover. Fue de un saque que la empujó y siguió en la misma dirección con una tremenda calidad. Ni siquiera le vio la espalda. Le gritó:

—¡Eh guacho! ¡eh, mi mochila!

Y los pasos que escapaban comenzaron, ahora sí, a confundirse con la batucada de las gotas. Guillermina quiso llorar. Como Agustín, que giró la cabeza y apretó los dientes. Cuando se levantó de la tierra, sin fuerzas para volver a gritar, sintió que aquello sí había sido un golpe. Una piña, qué hijo de puta, pensó. Siguió su camino ya empapada. Con las manos en los bolsillos, hundiéndolas como en un mortero, presionaba lo único que le quedó: un pendrive.

Se encontró con todo junto. La tranquera, la traba de alambre, los yuyos. Buceó con las manos hasta tocar la punta doblada del alambre. Sacó la lengua por un costado y miró hacia arriba con los ojos achinados. Las gotas se le clavaban en la piel. Cuando la corrió pudo sentir que su cuerpo y las tablas de madera crujían. Hizo los primeros pasos y sintió cómo los pies se le hundían en el barro espeso. Por primera vez, volvió a cerrarla ella misma.

Ahora vuelve a correr las cortinas como si se pudiesen desplegar aún más. Desde allí ve la tranquera. Las luces de los postes del camino titilan y se confunden con los rayos. La fuerza de las gotas se multipli-

ca por dos después de que un trueno revienta a su espalda. Guillermina se agacha y frunce el cuello. Cuando camina hacia las escaleras y apoya el pie en el primer escalón, se corta la luz. El velador se apaga y en la pared de enfrente se estampa la sombra de su cuerpo.

Está inmóvil. No sabe donde están las velas, ni si hay. Gira y vuelve a sentarse. Mete la mano en el bolsillo y saca el pendrive para conectarlo. La luna está plena a pesar de la lluvia torrencial. Saca un nuevo bodigo de galletitas. En la pantalla aparecen carteles y suenan timbres de alarma. Virus, virus y virus. Guillermina espera mientras muere, mastica y mastica. Cuando ya no hay signos de exclamación, un cartel emerge desde el costado inferior derecho de la pantalla. Una pila gigante alerta que quedan cinco minutos de batería. Guillermina desenchufa el ya inútil cargador y hace doble click. Piensa y murmura lamentos. Las conversaciones de chat con los primos, las transcritas con la abuela, los relatos hechos en el *bloc de notas*. A cada click una nueva interrupción del antivirus, el cartel de la batería. Las luces del camino hacia la casa van apagándose en tímidas explosiones.

Autobiografía de Juan Manuel Vera

El nombre Juan Manuel estuvo muy en boga en el año 1994. En la escuela, en las clases de básquet, de softbol, de inglés, donde sea que fuera donde me había algún Juan Manuel en el grupo. Tanto mi vieja como mi viejo coincidían en que sus padres llevaban Juan por primer nombre.

Nací un 18 de Octubre en la ciudad de Bahía Blanca. Mis viejos eran dos “pueblerinos” como se suele decir casi despectivamente a aquellos que son oriundos de los pueblos cercanos. Por ese entonces mi mamá tenía 21 años y estudiaba dos carreras. Más de una vez me ha contado que solía escaparse de las clases para darme la teta. Mi papá tenía 24 y no le faltaba mucho para recibirse de Ingeniero mecánico.

Los recuerdos que tengo de mis padres juntos son muy pocos y no son lindos. El que guardo con más claridad es una tarde en el departamento de un barrio de las afueras de la ciudad que luego sería “la casa de papá”. Ellos estaban discutiendo en el pasillo y yo estaba en la cocina, creo que me habían dejado ahí mirando tele para que no escuchara la conversación, pero la verdad es que si estuve 5 minutos frente a la pantalla fue demasiado tiempo. Por lo general las conversaciones duraban poco tiempo y pasaban a ser competencias de gritos y reproches cada vez más subidos de tono hasta que la palabra conversación perdía su connotación original. En un momento no me

pude contener, intervine y fui lo más parecido a un árbitro de boxeo. Mi madre lloraba y le gritaba no sé qué cosa bastante fea a mi papá, que alzaba ambas manos a la altura de sus hombros como atajando el viento, con cara de “yo no hice nada”.

A los cuatro años mi mamá y yo vivíamos en la casa de una bisabuela que estaba internada en una salita médica y tenía esa casa vacía. Al igual que cualquier niño de padres separados, guardaba la esperanza de que algún día se reconciliaran. No había nada que deseara más que nada en el mundo que volver a vivir juntos. Mi abuela (la mamá de mi papá) cada tanto me hacía alguna comida rica y me alimentaba el deseo:

—Tu papá y tu madrecita se querían mucho. Yo estoy segura de que en algún momento se van a arreglar —decía con dulzura. Yo siempre me quedaba tres segundos pensando. Miraba la nada, bajaba la cuchara con la que tomaba la sopa, la miraba a los ojos y le decía:

—No, abuela. Yo no lo creo.

“Los primos son los primeros amigos que se tienen” dice una frase trillada. Tanto mis primos maternos como los paternos son como mis hermanos. Con mis primos maternos, Fede, Ana y Franco, nos llevamos más o menos un año de diferencia cada uno. Yo fui el tercero, soy más grande que Franco. Ellos también tenían casa de mamá y casa de papá.

Ir a la casa de mis abuelos era ir a jugar con los primos. Mi abuelo tenía una camioneta Ford color celeste, que tenía tapa en la caja. En los viajes a la casa de mi tía en Pigue o al pueblo de mis abuelos los grandes iban adelante y los chicos íbamos en la caja jugando en un viaje que era interminable, hasta que paraba y comenzaban los llantos para que volviera a comenzar.

Mi tío Darian es el hermano menor de mi mamá y mi tía. En las reuniones familiares era el encargado de entretener a los neños mientras los grandes charlaban de sus cosas, por lo que inevitablemente se convirtió en nuestro ídolo y figura a seguir. Nos esforzábamos por llamar su atención cuando no la teníamos, usábamos la ropa que ya no le andaba, nos peleábamos por dormir en su cama y por sentarnos al lado suyo en la mesa a la hora de comer.

Muchos almuerzos familiares se volvieron divertidamente conflictivos. Dari se sentaba al lado de mi abuelo, por lo que solo había un lugar vacante a su lado. Cuando la comida estaba lista para servirse, se iniciaba la carrera hacia la silla. Si el ganador era Fede, el más grande, difícilmente lo sacábamos aunque nos uniéramos los otros tres. Si ganaba Ana, uno de sus hermanos la golpearía y mientras tanto otro le robaría el asiento. Si el ganador era Franco, sería zamarreado por los tres a la vez sin ningún tipo de compasión. Yo nunca ganaba esas carreras a menos que me avivara unos minutos antes de la situación y me sentara en el lugar antes de que la comida estuviera lista. Entonces cuando Dari fuera a sentarse yo ya estaría a su lado. Generalmente el problema se resolvía con que nuestras mamás, cansadas de tanto bochinche, se sentaran al lado de su hermano a modo de castigo hacía nosotros.

Mi tío era alto, jugaba al básquet, tocaba la guitarra, hablaba inglés y tenía novia. Era la figura, el modelo de lo que yo tenía que ser. Sobre todo tenía un gusto muy especial por la música, tenía la colección completa *Colección del rock nacional* que había sacado el diario La Nación. Fue por influencia suya que escuché por primera vez a Los Redondos, Los Piojos y Divididos. Sin embargo, y pese al esfuerzo de mi abuelo, no lograron hacerme hinchar de River. Quizás lo único que no admiraba de mi tío.

Empecé el jardín a los cuatro años. En la salita había tres Juan Manuel y recuerdo bien a mi amiga Camila. Mis papás contaban que siempre hacía un berrinche tremendo a la hora de ir al jardín y cuando tenía que volver a casa siempre me encontraban hablando o jugando con ella. La chica que me gustaba se llamaba Sofia, era rubia y tenía rulitos. En el jardín era muy violento. Todos los días mamá o papá tenían que ir a hablar con la señora porque yo le había pegado a alguien o le había tirado con algo a algún chico o chica. Mi mamá se lo atribuía a Dragon Ball Z y me empezó a prohibir mirar tele. Yo me las arreglaba para encontrarme con Goku y sus amigos en la clandestinidad. Mi papá me había comprado toda la colección de películas, no me aburría de verlas una y otra vez. Después de ver una de las películas

me iba a mi habitación, agarraba los muñecos y volvía a reproducir la película pero con los juguetes. Así podía pasar horas enteras.

Cuando empecé la escuela me pasé al turno tarde. Estaba muy emocionado el primer día. Me sentía muy grande a pesar de haber ingresado al primer grado. Con el tiempo mi entusiasmo por ir a la escuela fue disminuyendo. Cuando entrábamos nos formábamos en fila para saludar a la bandera, yo era el segundo más alto de esa fila. Todos los días la misma oración, todos los días la misma rutina. Con la escuela empecé a odiar las rutinas, aunque ese año tampoco fui demasiado a la escuela. Hubo una seguidilla de meses en los que se intercalaban las semanas con clases y sin clases, a causa de los paros de maestros. Mi mamá solía llevarme a esas marchas, según ella, había ido desde siempre: primero en la panza, después en el cochecito, después a upa y de la mano.

Cuando mi tío cumplió 18 se fue a vivir a Bahía Blanca con su primo, a estudiar Ingeniería Mecánica. Desde entonces yo decía que iba a estudiar ingeniería mecánica y a seguir los pasos de mi papá y mi tío. Cuando lo fuimos a visitar a su departamento me llamó la atención un libro gordo con una nena y un libro dibujados en la tapa. Era un libro de historietas que no solté durante dos tres horas mientras los grandes tomaban mate y esas cosas. Antes de irnos mi tío me dijo que me prestaba el libro si prometía cuidárselo más que a nada en el mundo. Así conocí a Mafalda.

Con Mafalda empecé a enviarme con la lectura. El Toda Mafalda lo leía una y otra vez sin aburrirme, muchos de sus chistes los entiendo ahora con 20 años. Mi mamá me decía que yo era como Felipe: odiaba la escuela pero podía angustiarme muchísimo si iba a clase con los deberes sin hacer y me la pasaba leyendo historietas.

Vivíamos con mi mamá en la casa de una bisabuela que como no podía mover las piernas estaba en una salita médica. Era una casa antigua, con los techos altos y piso de madera. En el baño el inodoro, el bidet y la bañadera tenían varios manchones amarillos y anaranjados que denotaban los años que tenían de existencia. Allí vivimos

un tiempo nosotros dos solos. Al mediodía, iba a almorzar a la UTN donde trabajaba mi papá, que estaba a la vuelta de la escuela. Por la noche casi siempre cenábamos con mamá comidas que yo llamaba despectivamente “comida mezclada”: zapallitos con papas y fideos del día anterior; revuelto de arroz con huevos y zapallos, y cosas así.

Una noche mi mamá llegó muy tarde a casa. Se la veía muy angustiada. Yo estaba inmerso en mi mundo de juguetes mientras ella hacía la cena. Cuando me llamó para comer fui de inmediato a la cocina y me senté. Noté que arriba de la mesa había dos vasos y solo un plato de comida, que dicho sea de paso tenía la tan repugnante “comida mezclada”.

—Mamá ¿por qué me haces estas comidas que yo odio tanto? No me gusta, ya te lo dije muchas veces —le dije indignado.

Mi mamá se pasó la mano por la cara lentamente. Trató de explicarme que había que aprender a comer lo que había, que no siempre se podía conseguir todo lo que se quiere. Además me insistió con que había que comer de todo, que vivir a base de carne y esas cosas no era sano. Otras veces la mesa la ocupaban un plato, un vaso y una taza de té.

En la tele la paranoia por los terroristas colmaba la pantalla. Los programas no paraban de pasar una y otra vez la noticia de los dos edificios que habían sido chocados por aviones en Estados Unidos. Todos los días salía un informe nuevo, que habían descubierto un tipo que había entrado con granadas, que habían agarrado a un musulmán, que el presidente estaba indignado y que habían saltado personas desde cien pisos de altura.

Con el correr de los meses mi mamá empezó a llevarme cada vez más a las marchas los días que no tenía clases, es decir la mayor parte de la semana. Por lo general me aburría mucho, ya que eran todos grandes en las marchas, pero cada tanto conocía al hijo de alguna amiga o amigo de mi mamá y me divertía. Un día en una de las movilizaciones vi por primera vez una cámara de televisión. Al día siguiente mi abuela me llamó por teléfono para avisarme que había salido en la

tele con una camiseta de Olimpo y golpeando una cacerola. No era el único, pero quizás era el más joven de la marcha.

Un día mientras pintaba pancartas en la plaza central de Bahía se corrió la noticia de que el presidente había renunciado.

—Guau —me dije por dentro.

Que bueno, de a poco se van yendo todos. Tal y como vaticinaba el clamor popular “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Le pregunté a mamá el nombre del presidente y del gobernador, cosa que le habrá llamado la atención. Ella recuerda muy bien lo que escribí en esa pancarta: “Hoy se fue el presidente De la Rúa, mañana se va Ruckauf, gobernador y pasado el intendente”.

A mi papá lo veía sobre todo los fines de semana. Íbamos al shopping a comer, al Sacoa, al cine o la cancha a ver a Olimpo. El fútbol no me llamaba la atención en lo más mínimo, de hecho solía ponerme la bandera de capa y jugaba a ser “Superolimpo”. Por muchos gorros, camisetas, pelotas, banderas que me regalaran el espíritu futbolero no terminaba de calar en mí. Papá trabajaba mucho durante la semana, pero cuando iba a su casa me divertía mucho. Era el momento que más esperaba en la semana. Solíamos irnos de vacaciones a Monte Hermoso y Sierra de la Ventana.

Un día mamá me contó que íbamos a empezar a vivir con Verónica, una amiga de ella y su hijita, ya que en la casa sobraba espacio. La nena se llamaba Amina y tenía dos años menos que yo. También sus padres se habían separado. Durante unos meses sentí algo parecido a lo que debe sentir la gente que tiene hermanas de su edad.

Mamá no estaba bien de trabajo. Tenía un amigo del instituto que vivía en Neuquén que le contaba sobre sus nuevos empleos en el interior de la provincia. El 15 de Junio de 2002 mientras en casa preparaban la mudanza, yo pasé todo el día en el departamento de papá. Cuando mi abuelo y mi mamá llegaron a buscarme para irnos abracé a papá con todas mis fuerzas, le dije que no me quería ir, que me quería quedar con él. Me hizo la promesa de que nos veríamos pronto y me dio un abrazo tan fuerte que dura hasta hoy.

El lugar donde nos fuimos a vivir se llamaba Rincón de los Sauces. Cuando llegamos no tenía idea de lo que era un sauce. Según mamá era un árbol con un tronco grueso y unas hojas largas que caen como si fuera pelo lacio. La verdad no me acuerdo haber visto muchos sauces ahí. Si fuera por caracterizar algo distintivo del lugar, tranquilamente el pueblo se podría haber llamado “Rincón del Viento”, o “Rincón de la Arena.” Allí vivimos un tiempo con Verónica y Amina hasta que por alguna razón simplemente nos mudamos y ellas también se mudaron. No volví a ver a Amina.

Viví con mi mamá hasta los 14 años, pero empecé a moldear la idea de irme desde ese primer viaje a Neuquén. A los pocos meses de mudarnos a Rincón nos volvimos a mudar de ciudad. Esta vez a otro pueblo más al norte de Neuquén que se llamaba Chos Malal. Era un poco más chico que Rincón, estaba rodeado de montañas y hacía bastante frío. Recuerdo varias cosas de ese lugar, pero lo primero que se me viene a la memoria es un dato que me molestaba: estábamos más cerca de Santiago de Chile que de Bahía Blanca.

El país se veía un poco más tranquilo. Había quedado por fin un presidente fijo después de no sé cuántos desde De la Rúa. Se llamaba Duhalde y no tenía referencias de él, salvo que mi abuela lo quería porque había oído decir que “se había animado a agarrar un país en llamas”. Cuando llegó el momento de elegir un nuevo presidente. Yo iba a Tercer grado. El día del ballottage en la escuela la maestra nos hizo jugar a votar. Salimos del aula, entramos y votamos, tal cual hacían los grandes. Esas elecciones (las de la escuela) las ganó Nestor Kirchner que superó en cinco votos a cuatro al otro candidato Carlos Menem. Las otras elecciones, las de verdad, también las ganó Kirchner. El nuevo presidente era de la provincia de Santa Cruz. A mi mamá no le gustaba, ninguno le gustaba a mamá, pero odiaba mucho a Menem. A Papá le cayó bien que ganara Néstor, en parte porque quería a toda costa que no ganara Menem.

Después de las elecciones empecé a sentir que las cosas iban un poco mejor... Aunque no precisamente por el resultado, sino porque mamá había decidido que volveríamos a vivir a Bahía. Yo estaba feliz

porque de nuevo iba a poder ver a papá los fines de semana, a mis abuelos, a mi tío, a mis primos y a los amigos que había dejado.

Eso sí, cuando llegué a Bahía no volví a la misma escuela a la que iba antes. Me cambié y tuve que hacer amigos nuevos. Ni en Rincón de los Sauces ni en Chos Malal pude hacer ninguna amistad. De hecho en la escuela la pasaba muy mal, ya que al ser siempre el nuevo era objeto de alguna burla.

Estaba contento de estar donde quería estar, pero algunas cosas habían cambiado desde que me fui. Papá seguía viviendo donde siempre y trabajando donde siempre, pero ahora tenía novia. Yo había conocido una novia de él que se llamaba Evelyn, pero hacía mucho tiempo que habían cortado. Esta era más joven y papá se veía más contento. Su nombre era Diana. Había sido alumna de mi papá en una materia de la UTN. Era morocha, de pelo largo y lacio, y alta, aunque no tanto como papá. La primera vez que la vi fue en casa de papá un fin de semana que fui a dormir llegó ella con una nena que era un año mayor que yo. Era su hermana y se llamaba Rocío.

Con Rocío aprendimos a ser amigos maltratándonos. Me gustaba salir con papá y Diana porque sabía que Rocío también iba y podíamos jugar. Siempre terminábamos peleando por alguna u otra razón. Dos años seguidos nos fuimos de vacaciones en carpa a Las Grutas, una de ellas quedó para la historia por cierto día en el que con Rocío nos peleamos tanto que colmamos la paciencia de Diana, que estaba cocinando una ensalada y nos empezó a revolear con tomates. A mamá no le gustó para nada cuando se lo conté. La verdad que a mí tampoco, pero hoy nos reímos cada vez que nos sentamos a almorzar con la familia.

En el 2005 mamá volvió a contactarse con gente de Neuquén, esta vez de la capital de la provincia. Empecé las clases en la escuela a la que iba en Bahía y la segunda semana estaba cursando en otra escuela en Neuquén. Desde el primer día en que pisé suelo neuquino estaba decidido a volver a Bahía Blanca a vivir con mi papá, que ya estaba conviviendo con Diana. Tenía entonces diez años.

De mi estadía en Neuquén no tengo nada demasiado relevante que decir. Bueno en realidad esto último no es tan cierto. En total viví cuatro años en Neuquén capital, de los cuales me mudé cinco veces de casa. Fui a dos escuelas. En la primera a la que fui se cayó el techo en un aula y después de varias semanas empezamos a tener clases en un ex casino que estaban por demoler y que se inundaba cada vez que llovía. Ahí conocí a mi primera novia.

Se llamaba Noelia, y nos empezamos a gustar sin darnos cuenta. Nuestras citas consistían en juntarnos a ver los Caballeros del Zodiaco. Ella tenía unos DVDs con los capítulos de la nueva saga que salió en el año 2002 (la serie que yo recordaba era de los años 80) y como no estaba en español lo mirábamos en japonés. Anotábamos las palabras que se repetían mucho en los subtítulos y después las incorporábamos en la cotidianidad. Por ejemplo, Doshi significa Maestro y Scote significa idiota. Nos sentábamos juntos y decíamos en voz alta

—Doshi es scote ¿O no Noe?

—Si, muuuuy scote.

Nosotros nos reíamos porque nadie podía entendernos, pero todos entendían que nos gustábamos. Todos menos yo. Ella dibujaba muy bien, el día que egresamos de la primaria me regaló un dibujo de Dhoko, el caballero dorado de Libra. Antes nos fuimos de viaje de egresados a Carlos Paz, Córdoba. Viaje en donde ninguna chica quedó sin ser besada, ningún chico quedó sin ser besado. Salvo nosotros.

A los 14 años estaba por empezar mi segundo año de secundaria y mis padres consensuaron que ya tenía edad suficiente para elegir con quién de los dos vivir. Ya estaba bastante cansado de mudanzas, pero estaba dispuesto a hacer una más.

Un día me junté con Noe en su departamento en los monoblocks que se encontraban al lado de las bardas², bajamos a tomar mate a la vereda como siempre hacíamos. Ella conocía mi devoción por mi

2 Nombre que se le da en Neuquén y la zona a las mesetas/montañitas que rodean o forman parte de la ciudad. Son altas pero no llegan a ser sierras y por lo general levantan mucha arena con el viento.

viejo y por la ciudad de Bahía Blanca. Le conté que era muy probable que me fuera a vivir con él. En realidad no era muy probable, era un hecho que estaba por consumarse. Pero como siempre me costó hacerle frente a la realidad le dije eso. Ella entendió. Sin querer entender, entendió. Miró para adelante y luego para abajo. Se desató la cola de caballo que la caracterizaba y moviendo la cabeza, sacó a relucir un pelo negro, lacio y largo con forma de cascada que nunca voy a olvidar. Detrás de sus anteojos, un par de ojos marrones intentaban disimular una tristeza inexplicable. Entonces entendí. Sin saber qué hacer, seguí un instinto que yo consideraba suicida. Puse mi mano en su rodilla y le dije, sonriendo, le dije que estaba feliz de haberla conocido. No me dijo nada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Cómo “nada”? Algo te pasa, estoy seguro...

—Si puede ser. La verdad que no sé qué pasa.

—...

—...

Mudo y paralizado atiné a mirar para adelante. Luego giré la cabeza hacia donde estaba ella, me miraba sin decir nada, mirándome me decía todo.

—Bueno—dije—, yo creo que sé que es lo que pasa...

—¿A sí? ¿Sabés?

—Sí, lo se.

—¿Sabés?

—Sí—dije cerrando los ojos y la besé³.

Catorce años: una edad en la que los seres humanos se caracterizan por tener una tremenda crisis en la cabeza, producto de las hormonas. Cuando digo crisis me refiero a cambio brusco, no necesariamente con connotaciones negativas.

3 Con Noe nunca perdí contacto. Estudió psicología en Neuquén pero creo que dejó. Toca el violonchelo, y hace un tiempo dudó de su sexualidad y empezó a estar con mujeres. ¿Habré tenido algo que ver...?

A los 14 vivía en Bahía Blanca, no tenía amigos ni gente con quien juntarme de mi edad. En realidad los tenía, pero esa gente había crecido cuatro años desde la última vez que podía verlos más seguido que una vez al mes y lógicamente no era lo mismo. Ese año empecé a jugar al básquet. Había jugado de muy chico, pero retomar luego de casi diez años era básicamente empezar de cero. El primer día que fui al club Independiente de Bahía Blanca a averiguar, llegué al vestuario y vi a tres o cuatro pibes de mi edad sentados tomando mate junto a uno más grande que debía ser el entrenador, me miraban con curiosidad.

—Hola ¡Quiero empezar a jugar!

—Hola. Bien ¿Cómo es tu nombre? ¿Has jugado alguna vez?
—preguntó el entrenador.

—Mmm sí, pero hace mucho... más bien diría que no, en la puta vida—todos se rieron.

El entrenador era bajo, no podía ser jugador de básquet con esa medida, cerca de 1,69. Era de pelo castaño corto y tenía los músculos muy bien trabajados. Los pibes lo habían apodado “Petaca”. Durante toda mi vida hice distintos deportes: natación, básquet, fútbol, karate, softbol. Nunca antes el deporte había sido algo tan secundario en mi vida como ese año en el club Independiente. Con los pibes éramos como una familia y Juan Pablo “Petaca” Miraglia era como nuestro hermano mayor. ¡Ojo! Sabía mucho de básquet y era un gran jugador. Un día el entrenador del equipo de primera le había ofrecido volver a jugar, ya que su plantel estaba muy corto y la campaña era una de las peores de los últimos tiempos. Juan tenía 27 años y de más joven supo ser un base fuerte, inteligente y veloz. Como iba mucho al gimnasio y a correr estaba más que físicamente apto para volver a las canchas. Su respuesta fue contundente:

—Marcelo —le dijo —¿Por qué no metés a alguno de los pibes de la sub 19 o sub 17? Yo no puedo volver a jugar para lucirme, estar un tiempo, quedar muy bien y fue. Sería muy egoísta de mi parte. Esos pibes vienen siempre a entrenar y aunque tienen que aprender también tienen unas ganas y amor por el club, eso no se puede desaprovechar.

Juan tenía un compromiso y un amor por lo que hacía que pocas veces volví a ver en otra persona. Contaba siempre que había tenido una depresión muy fuerte a los veintitantos, y que en ese periodo había dejado el básquet y engordado muchísimo. Era difícil imaginarse a Juan gordo, pero en su casa tenía pantalones que le quedaban sorprendentemente grandes de cintura. Siempre hablaba con mucho cariño de sus amistades que lo ayudaron a salir adelante. También por esos tiempos había comenzado a entrenar en las inferiores del último club donde había jugado y al mismo tiempo que nos enseñaba a jugar al básquet habíamos entablado una amistad de fierro. Un pequeño gran consuelo frente a las derrotas que debíamos afrontar sábado a sábado.

Todos los 21 de Septiembre se realiza en Monte Hermoso, una localidad turística a cien kilómetros de Bahía, la fiesta Nacional de la Primavera. Se trata de un fin de semana en la que los jóvenes alquilan casas, se van en carpa o con los padres a pasar el inicio de la primavera a la playa con la mayor cantidad de alcohol y drogas que sea posible. Siempre suelen ir tres o cuatro bandas de alcance nacional, pude ver a La mancha de Rolando, Pier, Divididos, entre otras. Muchas familias de clase media bahiense suelen tener casa de verano en Monte Hermoso. Esa primavera Juan propuso poner su casa para llevarnos a todos los pibes como una actividad para afianzar el grupo y divertirnos el fin de semana.

Llegamos un viernes en combi con los chicos. La casa se encontraba en un barrio muy alejado del centro y la peatonal, donde estaba toda la actividad juvenil. Juan nos estaba esperando regando las plantas de los canteros de adelante. La casa no era muy grande, tenía dos habitaciones y en la cocina había una heladera de por lo menos 30 años. Estaba fenomenal para una casa de verano. Era mi primera experiencia de ese estilo, me preguntaba cómo haríamos para sobrevivir un adulto y nueve adolescentes durante un fin de semana entero en esa casa.

Esa misma tarde fuimos todos juntos caminando hacia la peatonal. El lugar estaba colmado de gente, sobre todo de pibes de nuestra edad que iban y venían sin rumbo preciso. Juan que estaba con noso-

tros nos dijo que nos dejaba ahí y nos dejó una llave de la casa, no sin antes desearnos suerte:

—Bueno, ¡suerte con las chicas! Yo me voy a ver una mina, cualquier cosa me avisan —dijo mientras se prendía un cigarrillo.

Ninguno tuvo suerte ese día, a pesar de las insistencias de Juan que siempre nos alentaba a que seamos caraduras, que nos soltáramos. Para nosotros hablar con una chica y ver un fantasma nos provocaba la misma sensación: nervios, dureza y ahogo. Él nos tranquilizaba diciéndonos que teníamos que apelar a la sinceridad y la cortesía, si hacíamos eso el resto vendría solo.

La última noche con los muchachos queríamos coronar la primavera saliendo a bailar. Teníamos por entonces 13, 14 y 15 años. Salir después de las 12 era toda una locura. El problema era, lógicamente, que nos dejaran pasar. Algunos éramos altos, pero a otros los delataba el acné y la carita. Los más chicos eran Hernán y Nahuel que tenían 13 años y además eran bajos de estatura. Estuvimos en duda hasta el final si salíamos o no. Finalmente Luca se puso al frente del grupo y se dirigió hacia la cola que había en la entrada. El patova dejaba pasar gente sin pedir documentación ni nada. Nos esperanzamos.

A medida que iba pasando la gente faltaba cada vez menos para que entráramos nosotros. El patova pidió algunos documentos, nos asustamos. Finalmente llegó nuestro turno. Primero pasó Luca, nada. Segundo estaba yo, pasé. Entrabamos sin mirar atrás, como para no levantar sospechas. Nos sentíamos transgresores por estar ahí. Cuando entramos estábamos todos. O casi todos. Uriel, el más alto de todos que estaba al final de la fila nos dijo:

—Che le pidieron documento a Hernán y a Nahue.

—¿Y donde están? —dijo Luca.

—No sé, quedaron afuera. Yo pasé no más.

—Y si, teníamos que pasar que íbamos a hacer. Ya fue —dijo Lisandro, uno de los que peor me caía.

El boliche tenía una terraza donde se podía ver a la calle desde un primer piso. Salimos y en la vereda estaban Hernán y Nahuel, puteándonos por quedarse afuera.

—¡Qué pajeros que son! —gritó Hernán con la voz un tanto quebrada —¡Ahora vamos a ir a decirle a Juan!

Había un detalle: Juan no sabía que íbamos a salir a bailar. Nos había pedido que volviéramos temprano esa noche así se quedaba más tranquilo, que al otro día la combi llegaría temprano. Luca se enojó.

—¡No seas tonto, no vayas!

—Vayansé a la mierda.

Los chicos se fueron caminando. Nosotros nos quedamos ahí, puteamos un rato y nos fuimos para adentro a buscar algún trago sin preocuparnos demasiado. Habremos llegado a la casa de Juan a eso de las 6 am. Cuando abrimos la puerta Hernán y Nahuel estaban sentados en el sillón con los brazos cruzados, Juan estaba tomando mate tranquilo... hasta que nos vio entrar.

—¡Ah, miren quienes llegaron! —dijo con ironía —Los grandecitos ¿pero quienes se piensan que son?

Después de decir eso se paró y nos pidió que nos sentáramos. Con mucha ironía y sinceridad, Juan amagó a darnos un sermón, pero nos dio otro.

—A ver... Todo bien con que salgan a bailar y hagan la suya. Pero quiero que me expliquen qué clase de amigos creen que son después de lo que hicieron esta noche.

Un silencio sepulcral dominó la escena. Juan no se movía y nos miraba fijo a todos y cada uno de nosotros. No pude dejar de oír lo que vino después

—Me chupa un huevo que salgan a un boliche o a otro, hagan lo que quieran. Pero en estas situaciones tienen que estar todos juntos. ¿En qué cabeza cabe dejar tirado a un amigo por entrar a un boliche?

Juan está gordo (Cruzado de Chori Aramburu a Juan)

Desnudo, frente al espejo, Juan se mira la panza. Se agarra un rollo y lo mueve para abajo y para arriba. Mañana salgo a correr, piensa, ahora no porque me tengo que bañar. Debajo de la ducha, se da cuenta de que se olvidó el toallón. Se seca con una toalla de mano y, como le da paja cambiarse, se queda así nomás. Al pasar por al lado de la mesa, yendo al sillón, agarra una pizza fría que quedó de la cena, la dobla por la mitad y se la zampa de una. La noche va a ser larga y recién empieza. Agarra la computadora, el kit cenicero-fuego-puchos, la caja de la pizza, una botella de vino abierta desde hace un par de días y se lleva todo hasta el sillón.

—La puta madre, me olvidé el celular en el baño. Ya fue, total nadie me escribe —Dice. Se ríe cuando se da cuenta de que está hablando solo. Se pone serio cuando se da cuenta de que hace un par de días que no habla con nadie, ni ve otra cara que no sea la suya en el espejo o las que aparecen en la tele. Juan se clava las dos porciones de pizza que quedan y se fuma un pucho digestivo. Toma el medio vino, aunque esté un poco agrio, mientras mira un partido de la NBA en la tele. Se acuerda de cuando era pibe, en algún momento fue la promesa de su Club. Además, entrenaba a los pibes de las categorías más chicas y cuando no estaba entrenando o jugando, se la pasaba con los utileros tomando mates. Mientras mira el partido, Juan se imagina que es él el negro que

la mete de tres. Llegó a jugar algunos partidos en la selección bahiense; lo fueron a buscar algunos equipos de Buenos Aires, pero siempre les dijo que no. Después vino la lesión y todo lo demás, no volvió nunca más al Club. Cuando termina el partido, Juan apaga la tele y se queda durante un rato mirando su silueta gorda en la pantalla negra. Después se pone a ver porno. Se clava una y después entra a Facebook. Abre el perfil de su ex novia y mira todas las fotos, desde noviembre del 2015 hasta abril de 2010. Se clava otra, pero esta vez sin porno, solo él y su imaginación. Una profesora de lengua de la secundaria se le arrima al pupitre, le pone una mano en la pierna, lo mira y sonrío.

—Perdón Juan, fue sin querer —dice la profe, pero empieza a mover la mano, amasándole el bulto. Con la otra mano se saca los anteojos y después se suelta el pelo. Tigresa, madura, experimentada. Casada, prohibida, buena manzana. Se muerde los labios y empieza a gemir...

—La puta madre —dice Juan, cuando ve el enchastre. Un guasacazo blanco pegado en el hombro, el otro en la mesa ratona. Limpia la evidencia con una servilleta, hace un bollo y lo tira desde la puerta de la cocina al tacho de basura, pero le erra. No lo levanta, se vuelve a sentar. Mira el reloj en la computadora: 3:22. Pone una película en Netflix, sobre un par de vagos que se la pasan fumando porro. Sabe que es malísima, pero no quiere pensar, sabe, además, que alguna sonrisa cada tanto no viene mal. Suena el teléfono y corre a buscarlo. Es un mensaje de WhatsApp, es de Mariana. Se vuelve a sentar y lo deja en la mesita. Espera un minuto, mientras lo mira fijo, porque hay que hacerse rogar. Después lo mira: "Hola Juan, cómo estás?". Espera otro minuto y responde: "Yo estoy bien, vos cómo estás?". Pasan dos minutos y no hay respuesta. Juan vuelve a escribir: "Qué bueno que escribiste Mari, no sabés cuánto te extraño". Cinco minutos y nada. "Perdoname gorda, me porté como un pelotudo, quiero verte, te extraño" 5:43 y Mariana que no contesta. Juan todavía tiembla, desde que sonó el celular, dos horas antes. Le vuelve a escribir, un poco más tranquilo, pero no hay caso. Pone música celta en Youtube y se recuesta en el sillón. Juan despierta con el sol del mediodía pegándole en la jeta.

Va hasta la heladera y comprueba que está vacía, aunque ya lo sabía desde antes. Junta coraje, se pone un jogging y una remera blanca, manchada y dada vuelta, encara para el chino que está a dos cuadras. Cruza de vereda cuando pasa por el Club y camina rápido mirando hacia el frente, hasta que una voz lo hace frenar.

—¡Hola profe!

—Hola Luca, ¡qué grande que estás! —Le dice Juan. En ese momento aparece el padre del nene y se lo lleva de la mano hasta un Renault estacionado en doble fila. Juan sigue caminando, pasa de largo el chino, llega hasta una plaza y empieza a trotar despacio.

Autobiografía de María Flammini

Nací un 14 de Julio de 1968. En el aniversario de la toma de la Bastilla, inicio de la Revolución francesa. Esto, en el circuito familiar, me otorgó el extraño privilegio de que mi padre, con cinco hijos y ferviente admirador de casi todas las revoluciones de la historia, se acordara sólo de mi cumpleaños.

Cuando mi mamá me gestaba, vivía con mi papá en la casa de sus tíos de Berisso. En mayo de ese año tres buques de Y.P.F explotaron en el Puerto La Plata. Los pedazos de los buques volaron incendiados por encima de la ciudad, mientras los vecinos escapaban aterrados de sus casas. Fue una noche de pánico en la que mi mamá corrió en ropa de cama como tantos otros, y conmigo en su vientre. Tengo imágenes claras de lo que sucedió ese 6 de mayo y de la gente gritando bajo los trozos incandescentes. Es increíble lo que la descripción de los otros y la imaginación pueden construir con tanta consistencia en nuestra mente. A veces pienso que gran parte de la vida es un lento relato donde ensamblamos lo que nos dijeron y lo que realmente vimos. Y donde todo eso que creímos entender, resultó ser otra cosa.

Hay una imagen que tampoco alcanzo a definir como realidad, o del mismo modo que la explosión, es un recuerdo ajeno. Mi mamá tratando de dejarme en la guardería del Frigorífico Swift donde tra-

bajaba, y yo llorando desconsoladamente. Era una especie de galpón muy grande y una mujer estiraba los brazos hacia mí para arrancarme de mi mamá. Estaba triste y asustada, eso lo sé. Por eso me inclino por ubicarlo como el primer recuerdo de experiencias propias.

Cuando tuve edad, me mandaron a un jardín de infantes en Ensenada por el que todavía, cuando paso por la puerta, imagino los pasillos del tamaño y del alto que los veía desde los tres años.

En ese tiempo vivía enfrente de la casa de mis abuelos paternos, Anselmo y Luisa. En una casa de chapa y madera que tenía en uno de los cercos lindantes montones de margaritas. Y en el otro, trepadas sobre el alambre, madreselvas que guardaban en el centro de la flor una gotita dulce, que sacaba por la corola y chupaba. Por las tardes pasaba horas en los canteros de flores de mi abuela jugando a “curar” a las plantas y haciendo comidita con yuyos en una tablita de madera que me prestaba de la cocina. Cuando mi tía se sentaba a ver la novela, yo la peinaba y le ponía los ruleros. Eso me mantenía entretenida y callada mientras mi tío y mi abuela dormían la siesta. A veces mi abuela me arrastraba a dormir la siesta con ella y yo me quejaba sin parar porque era sumamente aburrido. Entonces, para convencerme, me relataba cosas que no recuerdo, hasta que me dormía. O me contaba una por una esas manchitas blancas que salen en las uñas. Me decía que eran “mentiritas” y que durmiendo desaparecía la evidencia de mis engaños. Tardé mucho tiempo en enterarme que en realidad estaban relacionadas con la absorción del calcio. Más precisamente cuando empecé a mentir de verdad y a pesar de eso ya no me salieron manchas. A veces me asustaba con las gitanas. Nos decían a mi hermana y a mí que se robaban a los niños llevándoselos debajo de sus enormes polleras. Lo que me ocasionó cierto resquemor con las gitanas hasta que fui bastante grande.

No alcanzo a entender por qué casi no recuerdo a mi abuelo a pesar de que todavía vivía y sé que fue importante para mí. Ni a mi abuela materna, Ana, que con los años estuvo cada vez más presente. Tengo una fugaz imagen de una noche en la que ella escuchaba ra-

dio Colonia. Deben haber sido muchas noches, porque la voz de ese locutor, que me ponía nerviosa, me generó algo extraño hasta la adolescencia. Algo parecido al temor o la angustia. Sabía que cuando él hablaba, decía cosas que entristecían y preocupaban. Y que de alguna manera que no alcanzaba a comprender, afectaban a mi familia. Empezaba y terminaba el informativo diciendo: “hay más informaciones para este boletín” estirando la última sílaba, con una música de cortina parecida a una marcha militar. Fue comenzando los ´70, cuando mi viejo tuvo que exiliarse y mi abuela vino a vivir con nosotras para ayudar a mi mamá. Yo lo extrañaba. No sabía donde había ido y por qué no volvía. También recuerdo que una de esas noches en esa pieza donde ella escuchaba radio Colonia yo llené palanganas con sangre por una hemorragia nasal que las obligó a correr a una guardia tapándome la cara con una toalla, que casi no me dejaba respirar. Tengo grabada toda esa escena: la cama, la palangana, mi abuela Ana y la toalla. Como una escenografía donde se repite la obra de unos minutos, una y otra vez.

De mi abuelo tengo otra escena corta que es lo único que encuentro a lo lejos. Se había jubilado de la Municipalidad y trabajaba en una estación de servicio, no sé si por distracción o necesidad. De vez en vez, me llevaba con él y me dejaba hacer que apretaba el gatillo del surtidor cuando cargaban el tanque. El olor a nafta me mareaba, pero recuerdo la sensación de satisfacción que sentía cuando los adultos me miraban haciendo cosas de grandes. Hacía los mandados con mi tía Mabel en el almacén del Beto y los sábados ordenábamos las piezas. Con mi abuela jugábamos a la quiniela el número que siempre elegía yo. Cuando ganaba me daba unas monedas para las golosinas, aunque los chicos en esos años no íbamos mucho al kiosco. No había mucha variedad de golosinas. Y eran bastante caras. Estaban las galletitas Manón, que venían en un paquetito de cinco galletitas. Las comía con mate cocido a la hora del desayuno en el jardín de infantes. También había unas mandarinas formadas con caramelos en forma de gajos, que eran bastante feas. Un chocolate que se llamaba Jak,

un lujo que muy a las pérdidas me daban porque era de los más caros. Era un chocolatín con forma de cajita abierta, que traía adentro un muñequito de los personajes de Hijitus, un dibujo animado de producción nacional, que nadie que creció viendo a Disney podría imaginar como divertido. Cuando fui más grande, a los 7 u 8 años me compraba unos chicles de manzana. Los únicos que existían de fruta. Eran muy dulces y tenían azúcar. Las golosinas dietéticas no existirían hasta muchísimos años después. Venían en un paquetito con un juego en el papel. Era así: el envoltorio tenía tres pliegues como columnas de cartón blando con un corte horizontal en el centro. Cada pliegue tenía el dibujo de un animal. Por ejemplo, una jirafa, un león y un oso. El corte permitía que el torso del animal se separara de la parte inferior. De modo que uno podía formar una criatura con torso de jirafa e inferiores de león. O con tronco de león y patas de oso. Era novedoso y guardábamos el envase para jugar durante días. Debo confesar que de adulta busqué esos chicles en infinidad de kioscos. Nunca los volvía a ver. Lo que sí encontré hace poco son las Dorin´s, unas pastillitas con forma de corazón que venían de limón, mandarina y anís. Eran blancas, muy pequeñas y de sabor fuerte. Me acuerdo que las chupábamos hasta que casi no se percibían en la boca. Después le dábamos un mordisco con los dientes de adelante y se hacía polvo dejando un último sabor en la lengua.

No sé si cuando yo era chica no existía el acondicionador para el cabello. O probablemente era muy caro. Pero recuerdo que, cuando me desenredaban el pelo, que usaba larguísimo, para ir al jardín, mis gritos eran tan exagerados que a veces mi tía cruzaba la calle para ver qué pasaba. Cuando ingresé al primer grado mi mamá me lo cortó a la nuca y el primer día de clase en la primaria, la maestra me confundió con un varón y me cambió dos veces de la fila de nenas a la de nenes. Tuve que aclararle cual era mi sexo. Aún me cuesta reconocermé en la foto escolar de ese año. El pelo al ras y los ojos muy brillantes.

A los meses de empezar el segundo grado tuvimos que irnos de Ensenada. A mi viejo, que era delegado gremial en Astilleros Rio San-

tiago y militante del partido comunista, lo buscaba la Triple A. Tuvo que exiliarse. Ese tiempo se desdibuja un poco. Recuerdo alguna noche, a mi tío Negro pasándonos a mi hermana y a mí a través de un paredón a la casa de un vecino. El ejército venía dos por tres a buscar a mi papá a la madrugada. Revisaban todo y rompían cosas. De todo lo que perdí en esos allanamientos, lo que más lamento ahora es los certificados de vacunas. No tiene mucho sentido, pero es cierto.

Yo les decía “los bichos verdes”, y en las pocas ocasiones que llegaron de día, los esperaba escondida con el secador de piso a modo de arma, detrás de alguna pared. No les tenía mucho miedo. La mayoría eran conscriptos del ejército. Supongo que algunos ni sabían bien a que venían. Es un recuerdo neutro. El tiempo desvaneció lo dramático. Un día con mi mamá y mi hermana nos habíamos ido a vivir a La Plata.

Vivimos en casas de gente del “Partido”. Recuerdo una en Tolosa, donde una vez un soldado del ejército tocó timbre y pidió entrar porque estaban en algún operativo esperando a alguien. Se agazapó detrás de la puerta de entrada que tenía un ventiluz y asomó el fusil por allí. Mi mamá quiso mirar por la ventana del comedor y un militar la hizo meter para adentro. No tengo más imágenes. Sólo recuerdo ruido de disparos y algún grito desde la vereda. También recuerdo una pensión para damas, donde una mujer colgaba algodones mal lavados con resto de sangre en la soga de la ropa, y las mujeres de la pensión hablaban en secreto con mi mamá sobre eso. Cambié de escuela, retomé segundo grado en la Dardo Rocha N° 102. Ahí fui campeona de payana. Jugábamos torneos en los recreos. Llevaba un vasito telescópico, como una cajita redonda de plástico que se alargaba en capas y que cargaba en los bebederos de los pasillos. Teníamos patio de mujeres y patio de varones. La frontera era una línea blanca pintada en el piso. Mi maestra de segundo, fabricó un moño enorme de papel color rosa que le ponía en la cabeza al varón que se pasaba de patio y se lo hacía exhibir junto al mástil de la bandera. Yo tenía un compañero, José Ignacio, que se cruzaba adrede y después bailaba riendo y haciendo muecas con el moño puesto junto al mástil. Mi hermano lleva

de segundo nombre Ignacio por él. Se lo puse yo, varios años después de terminar la escuela. La maestra de segundo, creo que se llamaba Mabel, también llevaba un martillo para golpear su escritorio cuando gritábamos mucho. Una vez una nena le regaló una madera para que pegara sin romper el mueble. Cuando llegué a cuarto grado, con dos compañeros más, organizamos una sentada para que nos dejen jugar a todos juntos en un mismo patio. Las nenas nos sentamos frente a los varones pero cada uno de su lado de la línea. Nos dispersaron en minutos, pero logramos hacer realidad ese pedido. No recuerdo si fue enseguida o al año siguiente.

Para ese entonces había vuelto mi papá del exilio. Cuando lo vi, después de mucho tiempo, creo que fue en el aeropuerto, hice como si no lo reconociera, aunque sabía que era él. Íbamos a visitarlo con mi mamá a Padua porque todavía no podía volver a mostrarse por La Plata ni Ensenada. Vivía en la casa de Rebeca, una señora que hacía una torta que podía durar como 50 años sin pudrirse. Yo imaginaba que era una leyenda o algo así. Pero parece que era cierto. No me gustaba ir, pero como hacíamos asado casi siempre, no me quejaba. Un día estaba todo muy raro, mi mamá, mi papá. A la hora de irnos, mi hermana y yo saludamos a mi papá en la parada del colectivo, porque esta vez no nos acompañaría hasta la estación de trenes. Supe que pasaba algo malo. Recuerdo que cuando subimos al colectivo nos sentamos en el último asiento. Cuando arrancó, miré para atrás y vi a mi papá que empezaba a correr detrás por el medio de la calle. Me impresionó mucho y le dije a mi mamá, pero no hizo nada. Si veo una de esas películas en las que alguien corre detrás de un vehículo, se me presenta esa tarde en Padua.

Cuando estábamos por subir al tren escuché que mi papá nos llamaba, agitado de correr. Se acercó hasta donde estábamos, la agarró a mi mamá de la blusa con violencia y le dijo que si quería irse se fuera, pero que mi hermana y yo nos quedábamos con él. Sentí terror. No quería que mi mamá se fuera, ni quedarme con ese hombre del que prácticamente no me acordaba. Otra de esas escenografías fijas con

una secuencia corta y clara en mi cabeza: el andén, el tren que se iba, el sol cayendo, mi mamá llorando y pidiendo “por favor, Oscar”. Como el final de un film del que siempre se recuerdan los últimos cinco minutos. Más tarde, cuando volvíamos en el micro Río de la Plata, mi mamá nos dijo que ella y mi papá ya no iban a verse más.

Hay un espacio difuso. De repente era mi abuela Luisa la que nos llevaba a ver a mi papá. También durante unos meses nos llevó a ver a mi mamá, que tuvo que esconderse un tiempo, al Parque Saavedra. Llevábamos un termo con café con leche y paseábamos las cuatro por el parque hasta la tardecita. En algún banco nos sentábamos un rato antes de irnos y tomábamos el café con leche en la tapa del termo.

Uno de esos días se murió mi abuelo. Pero debe haber sido un poco después porque mi mamá me lo dijo junto con su pareja nueva. Me explicaron que me tenían que decir algo triste, pero que no había que llorar. Entonces, me fui al rincón donde estaba el canasto de la ropa para planchar y lloré en silencio sin que me vieran.

Vivíamos en Tolosa, al final de un pasillo con muchas macetas llenas de plantas. En un departamento diminuto, donde dormíamos todos en la misma pieza. Mi hermana Alejandra y yo en dos camas, y en el piso, en un colchón, mi mamá y su pareja. No decíamos quién era él, nos daba vergüenza. A algunos vecinos del barrio con los que jugábamos les habíamos dicho que era mi tío. A uno o dos, que era el novio de mi vieja. Los chicos no preguntaban mucho. Éramos un grupo grande que jugábamos durante horas en la calle. Y una vez fuimos todos a ver a Piluso y Coquito a la televisión. Un programa para chicos que conducía Alberto Olmedo y Humberto Ortiz. Alejandra y yo nos pusimos unos vestidos con florcitas que eran los de salir. Eran iguales pero de distinto color: con puntillas en el cuello y en la falda, y mangas campanita. Todos los chicos nos sacamos una foto con Coquito. Eso debe haber sido a mediados del '78, empezaba el mundial de fútbol. Veíamos los partidos en la casa de unos vecinos porque no teníamos tele. Eran una pareja sin hijos. El hombre era poeta y cuando cumplí años me escribió una poesía que hablaba de burbujas y de mi mirada.

Yo no la entendí y recién volví a leerla como diez años después cuando la encontré en una caja.

Ese año Argentina ganó el mundial. En la final, gritamos los goles en la casa del vecino y cuando terminó el partido, salimos a la calle donde mucha gente cantaba y festejaba. Yo estaba contenta. Los días comunes no eran del todo divertidos, sacando los juegos en la vereda. Pasábamos mucho tiempo solas con Ale. Volvíamos de la escuela y yo cocinaba algo para las dos. Mi mamá trabajaba o militaba, pero pasaba casi todo el día afuera. Un día se me cayó una botella de aceite, que era de vidrio y muy pesada. Nos apuramos a limpiar y no sabíamos cómo sacarlo del piso. Esperaba un gran reto. Cuando llegó mi mamá, me acarició la cabeza y me dijo que no era nada. Me sorprendió tanto que aun lo recuerdo.

En ese tiempo yo sabía que no podía decir mi apellido en cualquier lado. Entonces, hacía dibujos para mandar al programa de Carlitos Balá y le ponía cualquier nombre. No sé si alguna vez mandamos uno. Todo el que venía a mi casa a reuniones o a charlar eran tías o tíos aunque no los conociera. Mis "tíos" tenían nombres que no eran los verdaderos. Sabía que no podía contar sobre las reuniones a las que me llevaban, ni que iba a ver a mi papá que estaba en Buenos Aires. Era así y no me preguntaba si podía ser de otra manera. Me acuerdo que un tiempo antes había ido con mi mamá a un lugar enorme a hablar por mi tío que estaba preso. Yo no pregunté nada. Nos hicieron pasar a una oficina muy lujosa y un hombre de uniforme me extendió un paquete de galletitas de agua para que agarrara. Mucho después supe que era Carlos Suarez Mason, un militar de alto rango del gobierno. Recuerdo que le dije que no y que sabía que era malo, porque llevaba uniforme. También pensaba que todo aquel que fuera presidente, era mala gente. Y cuando vi a Videla en la final del mundial en la casa del vecino, dije algo que no recuerdo, pero por lo que mi mamá me calló poniéndose un dedo sobre los labios. Después nos fuimos de ese departamento. Nos mudamos a una casa con patio y una pieza para Ale y para mí.

Mi hermana y yo nos hicimos amigas de unos vecinos de al lado que una vez nos invitaron a cenar. Nunca habíamos ido a cenar solas a la casa de alguien. Y no entendí la situación. Toda la cena estuve esperando que en algún momento llegara mi mamá. Eran divertidos, y para carnaval organizaron una fiesta de disfraces en la que me vestí de gitana. Me até en el pelo, con un pañuelo de colores, una cola de caballo hacia el costado. Me puse una pollera larga y me pinté mucho los ojos y la boca. Poníamos una canción que se llamaba Cara de Gitana. Yo me la sabía de memoria y la cantaba revoleando las manos llenas de pulseras. Las chicas bailamos a Rafaela Carrá sacudiendo la cabeza como látigo, y esa noche nos dejaron quedar hasta tarde en la vereda con los disfraces puestos. Ese barrio duró poco. Después, nos mudamos dos veces más.

Mi mamá y su pareja compraron un terreno en Gonnet y pusieron una prefabricada. Fue más o menos para ese tiempo que mi mamá y la mujer de mi papá parieron. Siempre había soñado tener un hermano varón. Esperé muy ilusionada en el Hospital Italiano a mi mamá. Nació Noelia. Seis días después mi papá me llamó: nació Anahí. Cuando llegó Diego Ignacio, un año después, estaba tan aferrada a mis tres hermanas mujeres que me dio lo mismo que fuera varón.

Para ese entonces ya iba a la secundaria. Tenía que ir muy temprano, porque la parada del colectivo me quedaba como a siete cuadras y tenía un rato de viaje. Cuando llovía mucho y con viento, esa zona, que todavía era despoblada, se embarraba mucho y las ramas de los eucaliptos se partían con facilidad. Recuerdo que me ponía unas bolsitas de nylon sobre las zapatillas hasta llegar al asfalto. Y caminaba las tres cuadras de los eucaliptos mirando para arriba para esquivar los troncos si caían.

Una mañana estando en la escuela, sentimos un gran alboroto en el patio. El profesor se asomó y todos salimos detrás. Varios comentaban que habíamos recuperado las Islas Malvinas. Fue algo impactante y a la vez confuso. No teníamos gran conocimiento ni cercanía con el tema, pero todos sentimos algo así como si estuviéramos presenciando la Revolución de Mayo. Estábamos exaltados y nos reíamos y

festejábamos, pero ninguno de nosotros sabía bien que significaba. No veo mucho más en ese período.

Ya vuelta la democracia, a principios del '84 algunos que estábamos familiarizados con la política y la militancia (tal vez no la propia, pero de alguien en la familia) empezamos a juntarnos para formar un centro de estudiantes. Nos la hicieron muy difícil pero casi un año después, Mendonca, Leo, Bruno, Silvana, Esteban y yo fundamos el primer centro de estudiantes que el Carlos Vergara tuvo después del período de dictadura militar.

El centro de estudiantes, las clases de teatro con el Profe Carlos Vallina de Ciencias Sociales y las rateadas en "La Casa Verde" donde nos juntábamos a jugar a la copa, eran mi lugar de pertenencia. En mi casa la pasaba bastante mal y nunca tenía demasiadas ganas de volver. Todo estaba pautado, era como un cuartel. La pareja de mi mamá decidía todo, imponía sus reglas y ella lo dejaba hacer.

A los 17 me puse de novio con Sergio. Él vivía en San Martín, en la otra cuadra de donde vivía mi viejo con su mujer y mis dos hermanos. Empecé a ir más seguido para verlo, también era una buena excusa para irme de mi casa. Sergio fue mi primer amor y la primera persona que en mucho tiempo me hizo sentir importante. Una noche me acompañó hasta la casa de mi papá. Hacía un año que salíamos. Lo abracé y le dije que quería hacer el amor. Se sorprendió tanto que dijo que sí con la cabeza, me dio un beso y se fue a la casa casi corriendo. Unos meses después, fui a visitarlo a San Clemente donde se había ido con unos amigos y tuvimos nuestro primer encuentro. Para nada romántico, bastante dificultoso y lleno de temor.

Al tercer año de noviazgo me fui a vivir a Buenos Aires a la casa de mi papá que se había mudado a Saenz Peña. Iba una vez por semana a cursar a la facultad de La Plata y a visitar a mi vieja. A los 20 con Sergio ya planeábamos el futuro. Como yo soy agnóstica y él quería casarse por iglesia fuimos un día a hablar con el cura del barrio. Le dije que si quería nos case pero yo no iba a tomar la comunión ni nada de eso. El hombre nos miraba sin decir nada. Un tiempo después, la relación

empezó a andar mal. Armamos un viaje a la Costa para recomponer. Discutimos, yo rompí el pasaje y nunca fui a la terminal de ómnibus.

Tengo 47 años y gozo de muy buena salud. Tengo dos hijos, cinco hermanos, una pareja, un ex marido, una viudez, una profesión, un buen trabajo, una casa propia. Voy de vacaciones todos los años, a la psicóloga una vez por semana, estudio una carrera universitaria, milito en un sindicato, aprendo danzas árabes y practico patín artístico. Hasta hace un tiempo, sentía que esto siempre había sido mi vida.

Hace un año, en junio del 2014, cuando mi papá cumplió 70, su mujer (la tercera) le organizó una fiesta un domingo al mediodía en un Centro Cultural. Fuimos tres de sus 5 hijos, Ani y yo que todavía optamos por verlo, y Mijail, mi hermanito de 10 años que aún no puede decidir por sí mismo. Cuando llegué, no pude más que ir hacia la torta. Era enorme, completamente cubierta de grana roja, con una hoz y un martillo en amarillo en el centro. Mi hija le sacaba fotos con el teléfono y se las mandaba a sus compañeros de agrupación política con la leyenda "miren que bizarro". Ese día abracé a mi papá después de por lo menos 35 años.

Hicieron una ceremonia donde cada invitado debía sostener la torta (habían preparado una pequeña para el ritual) y decirle algo al homenajeado. Yo me escondí. Sinceramente, nunca pude hablar abiertamente con mi papá y no tenía nada políticamente correcto que comentar delante de tanta gente. Cuando todos habían hablado sobre el ejemplo de lucha que había sido y la referencia política que significaba en cada una de sus vidas, alguien me buscó y todos empezaron a gritar "que hable, que hable".

Tuve taquicardia y me puse muy colorada. Fue una situación incómoda para todos, no sólo porque hubo un silencio como de cinco minutos. Lo único que pude decirle es que la política le había sacado mucha pierna para ser padre y que sólo le agradecía mi origen, a mis abuelos que tanto amé, a mi tío Negro que fue como un padre y a mis hermanos. Odié ese momento, me pasó lo que evité toda mi vida: quebrarme y llorar en público. Gente que no conocía me abrazaba y lloraba conmigo. Mi amiga, recién separada, a la que había invitado

para distraerla, se me acercó lagrimeando y me dijo “nunca más me invites a un cumpleaños de tu familia”. Después, escuché por primera vez en 45 años, a mi papá ensayando una especie de disculpa histórica ante más de 30 personas. Entonces me acerqué y lo abracé. Quedé tan agotada que cuando volví a mi casa me tuve que acostar. Fue a partir de ese episodio que comencé a revisar algunas cosas y noté cuanto había cambiado mi vida.

Cuando me separé de Sergio vivía aún con mi papá y su segunda mujer, que no estaba muy feliz de que yo viviera allí. Trabajaba de cajera en el Hogar Obrero y había tenido que abandonar los estudios. El día que lo planté en la terminal, llamé a mi hermana Alejandra para ir a su departamento en Palermo a que me consuele. Cuando llegué había una fiesta de los del trabajo. Eran una multitud en un ambiente de tres por cuatro. Yo tenía la cara hinchada de llorar, y al ver esa algarrabía, corrí a la pieza a encerrarme. Al rato salí para buscar algo que tomar y me llamó la atención un muchacho, grandote, muy bonito. Se enroscaba con dos dedos un bigote al estilo Alfredo Palacios, mientras una chica le hacía masajes y otra se reía de sus chistes. Walter, lo presentó mi hermana. Me cayó muy mal. Fue el último en irse, y cuando salía del edificio un tipo se tiró del séptimo piso del edificio de enfrente y cayó a unos metros de él. Quedó tan shockeado que volvió a subir, casi se desmaya y se tuvo que quedar a dormir. Al otro día paseamos por el zoológico y el jardín botánico.

Siete meses después Walter y yo convivíamos y al año y medio de conocernos gestábamos a Malena, mi hija mayor. Vivíamos en un departamento en Villa Urquiza, que él alquiló un día sin que yo supiera. Me llevé con los ojos vendados hasta la puerta y cuando entramos me dijo que ya teníamos casa. Estaba completamente vacío, pero ese mismo día nos quedamos a vivir. Dormimos en el suelo tres meses, arriba de una cama de cajas de cartón que traíamos de los supermercados donde trabajábamos. Teníamos dos sillas que nos prestó el portero. En una fuente de carnicería que él se había robado del Hogar Obrero, poníamos la pintura para pintar el departamento por las tardes y a la

noche la lavábamos y cocinábamos carne al horno. La tarde que compramos el colchón decidimos tener un hijo.

Cuando aún no conseguíamos lugar para alquilar, íbamos muy seguidos a un hotel alojamiento sólo para poder dormir juntos. Una noche volvimos por nostalgia, yo estaba embarazada de siete meses. El señor de la caja nos saludó como a viejos amigos, y nos felicitó por el bebé.

Aumenté nueve kilos en el embarazo. Vomité durante tres meses desde que me levantaba hasta que me acostaba. A veces, cuando pasaba por un negocio de comida y olía a frito o a salsa, paraba en una esquina y vomitaba sobre el cordón de la vereda. El día que rompí bolsa, llegué con dilatación completa a la clínica y mientras Walter iba y venía alrededor del taxi, el taxista me llevó adentro y me hizo la internación. Fue en agosto del '91. Dos o tres meses después, quebraba la cadena de supermercados donde trabajábamos los dos. Nos quedamos en la calle 14.000 personas. Algunos de los trabajadores más viejos se suicidaron. Incluido un compañero mío. Se inició un conflicto gremial, y como Walter y yo éramos delegados del sindicato, una noche nos tocó hacer la toma de la sucursal donde él trabajaba en Belgrano. Malena tenía un mes y medio y durmió en la banda de la caja por donde se despacha la mercadería.

A fines del '91 nos fuimos a Chascomús porque salió un trabajo en una estación de servicio Astra en plena Ruta 2. Estaba amargadísima y bajé mucho de peso. Con el tiempo valoré las cosas buenas que encontré allí, como la gente del lugar. Íbamos a las fiestas de la escuela rural en el medio del campo donde se comía de parado y a facón: pan y carne, carne y pan, como los gauchos de principio de siglo. Y se bailaba en el patio lleno de guirnaldas con un tocadiscos. Los playeros de la Estación me enseñaron a cuerear una higuana y hacer milanesas. Las lagartijas cruzaban por el descampado y ellos las corrían a pedradas para comerlas (yo no llegué a tanto). Me acuerdo que a la noche salía con un paraguas cubriendo a mi hija, porque llovían bichos desde las luces de las cenefas. Eran inofensivos pero caían de a miles. A la mañana cuando abría la puerta, empujaba con un seca-

dor de piso una capa de cinco centímetros de escarabajos dorados. Y cuando hacía mucho calor cruzaban por la playa de estacionamiento las culebras que buscaban la protección del pasto. No duró mucho. Volvimos a La Plata al año y cuatro después me separé.

Walter se volvió a Capital. Yo me quedé en La Plata y conseguí trabajo de empleada doméstica para mantener a la casa y a Malena. Justo por esos días, se había corrido la voz de que andaba un violador por la zona donde vivíamos las dos. Mi mamá me regaló un cencerro para que haga ruido si entraba alguien a mi casa. "Por seguridad", me explicaba. En el momento me pareció que era una broma. Pero como empezó a sacudir el cencerro levantando las cejas y afirmando con la cabeza cómo demostración de eficacia accedí a que lo dejara. Es un recuerdo que siempre me causó mucha gracia. Sobre todo porque aunque me disguste el parecido, yo a veces me descubro haciendo cosas muy raras o sin sentido para mis hijos, como lo hacía mi mamá conmigo.

Empecé a trabajar vendiendo seguros pero me iba muy mal. Entonces, también organizaba excursiones de un día para contingentes y se las vendía a los sindicatos. Así conocí a Juan Cristobal, que estaba en la Secretaría de Acción Social de A.T.E. Era muy jovial pero me llevaba 15 años. Eso me atrajo. Había estado saliendo con hombres de mi generación y no me sentía cómoda. Él estaba en una crisis de pareja y yo hacía cualquier cosa para verlo. Creo que fue esa combinación la que logró que un día, acorralado, me comentara que ese sábado se festejaban varios cumpleaños en el local de la Agrupación en la que militaba. Yo no conocía a ninguno de los que festejaba, ni sabía si él esa noche iría solo, pero después de pensarlo un rato, compré una docena de empanadas y me aparecí. Estaba solo.

Juan fue el padre de mi segundo hijo, Juan Lihuel. Planeamos un proyecto de vida juntos que incluyó mudarnos con mis hijos a una Granja Hogar en Florencio Varela, para chicos en situación de calle. Fue en el '98. Juan Lihuel tenía dos meses. Era un momento de mucha conflictividad y exclusión social donde proliferaron los comedores y hogares para cubrir necesidades.

Me encargaba de cinco hermanitos y mis dos hijos. En la Granja además funcionaba un consultorio pediátrico y juntábamos donaciones de ropa. Yo atendía a las mamás que necesitaban ropa o tenían algún conflicto familiar. La mayoría de la población era boliviana. Me enseñaron como atar una manta para llevar el bebé colgando y a preparar un remedio para la diarrea con cáscaras de granada. Las mujeres de la zona llevaban a sus hijos envueltos en las espaldas mientras cosechaban, y cuando la criatura lloraba de hambre, sin dejar de cosechar giraban la manta hacia adelante y se lo ponían al pecho para amamantar. Teníamos dos granados a los que mis chicos se trepaban para comer frutos. Yo los retaba porque manchaban toda la ropa y ese jugo rojo y pegajoso no salía con nada. Cuando venían a hacer ver a sus hijos al consultorio, las mamás me encargaban granadas a escondidas porque la pediatra las retaba cuando preparaban remedios caseros. En el fin de semana pasaban a buscar las bolsas de fruta y me explicaban cómo procesar la cáscara. Algunos días colaboraba con dos maestros que venían de Avellaneda para dar clases a los adultos de las quintas de la zona, para que completaran sus estudios primarios. Cuando terminaron las cursadas, se fueron un fin de semana a la Costa como viaje de fin de curso. Les preparé una fuente de buñuelos de manzana para el viaje. Ese fue un gran momento del que recuerdo cada detalle porque estábamos todos muy felices.

Después vino una época en que me entristecí y por momentos dudé de mi elección de vida. En mayo del 2000, Juan se quitó la vida y yo me volví a La Plata con mis dos hijos. Viví un tiempo en la casa de mi mamá y su pareja, de donde huí en la adolescencia. Me automeDICABA para sobrellevar el estado en que me encontraba y me despertaba gritando que yo también quería morirme. Lo siguiente que recuerdo es que una mañana de sábado me levanté y ya no lloraba. Cuatro meses después entré a trabajar al Poder Judicial de la Provincia. Alquilé un departamento y me mudé con mis dos hijos.

Al año y medio de haber regresado de Varela conocí a Diego. Fue en pleno estallido social del 2001 cuando un presidente se escapaba

en helicóptero de la casa Rosada. Creo que nos estábamos esperando a los bordes de un sendero. Y al revés de quién arma un bolso y comienza a caminar, nosotros desmontamos dos mochilas muy cargadas para emprender un viaje. Apasionado. Discontinuado. Muy tormentoso. Pero en el mismo camino, y hasta el final.

A los tres años empecé a estudiar enfermería. A los 7 años compré mi casa.

Todo eso y lo que vino después terminó de consolidar la vida que hoy sigo construyendo y eligiendo. Mi psicóloga dice que he sido como una soga en constante tensión y se pregunta si alguna vez viví tranquila. No sé qué decirle. Para ser honesta sigo sin confiar demasiado en el psicoanálisis. Ella dice que eso no es extraño de alguien que no confía prácticamente en nada. De todos modos lo sigo intentando. A veces me gusta lo que soy y otras quisiera resetearme. Pero tengo la enorme fortuna de que me quieran los que me quieren y de que no me quieran algunos otros. Bastante seguido soy feliz. De las pocas cosas en las que confío, es que las asignaturas pendientes las saldamos cómo y cuándo podemos. Eso me relaja un poco. Tengo que decírselo a la psicóloga.

Bichos verdes (Cruzado de Alejandro a María)

Nunca tuvimos amigos en el barrio. Nunca tuvimos barrio. Papá decía nos vamos y nos íbamos, sin más. Esos días llegaba alterado, nervioso. Fumaba un cigarrillo atrás de otro y miraba por la ventana, a cada rato. Juntaba sus cosas, generalmente ropa y libros, y las ponía en una valija azul enorme. Mamá lo seguía sin preguntar. Con mi hermana siempre nos quejábamos. Al principio llorábamos y nos aferrábamos a la cama, decíamos que no queríamos. Mamá nos amenazaba, nos prometía castigos terribles pero no le creíamos, nunca cumplía. Entonces papá se sentaba en la cama y nos contaba alguna historia de viajes, de mudanzas, de hermanas. Era hipnótico. Él hablaba y nosotras aflojábamos las manos, soltando la cama de a poco.

Con el tiempo fuimos naturalizando las mudanzas urgentes. Ya no preguntábamos por qué, como al principio. Nos molestaba pero sentíamos que en aquellas huídas había algo necesario, también algo de divertido. Una vez tuvimos que saltar la medianera. Salimos al patio de la casa de Tolosa y esperamos un rato con los bolsos listos. Mamá nos abrazaba, hacía frío. Papá fumaba y se paraba sobre una piedra para mirar sobre el muro. Ahí viene, dijo. Del otro lado Tío Negro nos esperaba. Papá nos hizo pie y saltamos.

Extrañamos mucho esa casa. En el patio había una mesa de mármol con dos bancos donde jugábamos con mi hermana a los bichos verdes.

Ella ponía cosas dentro de una valija de plástico, creo que era rosa. Yo llegaba desde adentro y le decía que tenía que revisarla. Recuerdo que le decía señora y ponía voz grave, como los bichos verdes que entraban a casa. Entonces ella debía mostrarme y pedirme que no le haga nada.

A veces cambiábamos los roles y ella era la que entraba. Ese papel le gustaba más, se notaba. Venía desde adentro a los gritos, con las botas de mamá puestas, pateaba la puerta del patio. Yo bajaba la cabeza, como hacíamos cuando entraban. Entonces revisaba la valija, sacaba un libro y se lo llevaba. Y que sea la última vez, me decía con tono exageradamente grave, yo no podía contener la risa.

Lo peor era cuando papá no estaba. A veces se iba y no volvía por varios días. Ya lo sabíamos cuando nos daba un beso en la frente. Su boca permanecía más tiempo de lo normal ahí, como aferrada. Nos decía que tenía que irse por un tiempo, que no lo extrañemos y hagamos caso a mamá. Y se iba.

Durante ese tiempo mamá cambiaba, parecía triste. Lloraba en la cama, la escuchábamos. Algunas noches venía a nuestra habitación, se deslizaba por debajo de mis sábanas y me abrazaba fuerte, demasiado.

Una tarde decidimos entretenerla. La convencimos de que jugara con nosotras. En esa época ya vivíamos en Los Hornos, en una casa de gente del partido. Papá se había ido hacía dos meses. Entonces le dijimos a mamá que tenía que esperar sentada en la cocina, le dimos la valija rosa y nos fuimos a la habitación. Nos esmeramos. Nos pusimos botas, unos pantalones de nene que encontramos en la casa y nos pintamos los bigotes. Fuimos al comedor y ella esperaba ansiosa, inquieta. Mi hermana empezó con la inspección, fue una actuación estelar. Hablábamos serias, gritábamos, dábamos órdenes exactas. Marchábamos alrededor de la mesa. Ella nos miraba, no se reía. Hasta que en un momento, creo que fui yo, le pregunté por su esposo —así lo llamé— en dónde estaba, en qué andaba.



Autocruzados es una producción de ficción escrita del Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos (LITIN). Doce escritores jóvenes, estudiantes de Periodismo de la Universidad de La Plata, autoficcionalon sus infancias y sus presentes. Los textos fueron discutidos y corregidos colaborativamente.

El resultado es un continuo significativo sobre un país y una época marcada por un estallido social insoslayable: diciembre de 2001.

Autocruzados es producto de una experimentación promovida por los directores del LITIN que incluyó la posibilidad de que cada autor escribiera su versión de una escena del relato de otro participante. De allí el nombre del libro: al recorrer sus páginas el lector se encontrará con una serie de autoficciones -género literario a caballo entre la biografía y la ficción- cruzadas por una voz narrativa que es tan ajena como generacional, y que da cuenta de distintos rincones geográficos de nuestro país, porque de distintos lugares son los autores que se sentaron a recordar y recrear los primeros y los más recientes años de su vida.

LITIN

El Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos (LITIN) es un espacio multidisciplinario de formación, experimentación y publicación de ficción escrita de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Hasta el momento ha publicado los libros *Siete personajes en busca de un autor* (novelas colectivas), *Antología Dispensario I* (relatos y mushups), *Antología I y II del Concurso de Relato Breve Osvaldo Soriano* (producto del certamen literario que el LITIN organiza anualmente desde 2013) y las producciones digitales *Laura va* (antología de mushups sobre la canción de Luis Alberto Spinetta), *Antología Dispensario II y III* (relatos y mushups), *Breaking Candy* (novelas colectivas) y *Breaking Bones* (novelas colectivas).

FB: Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos